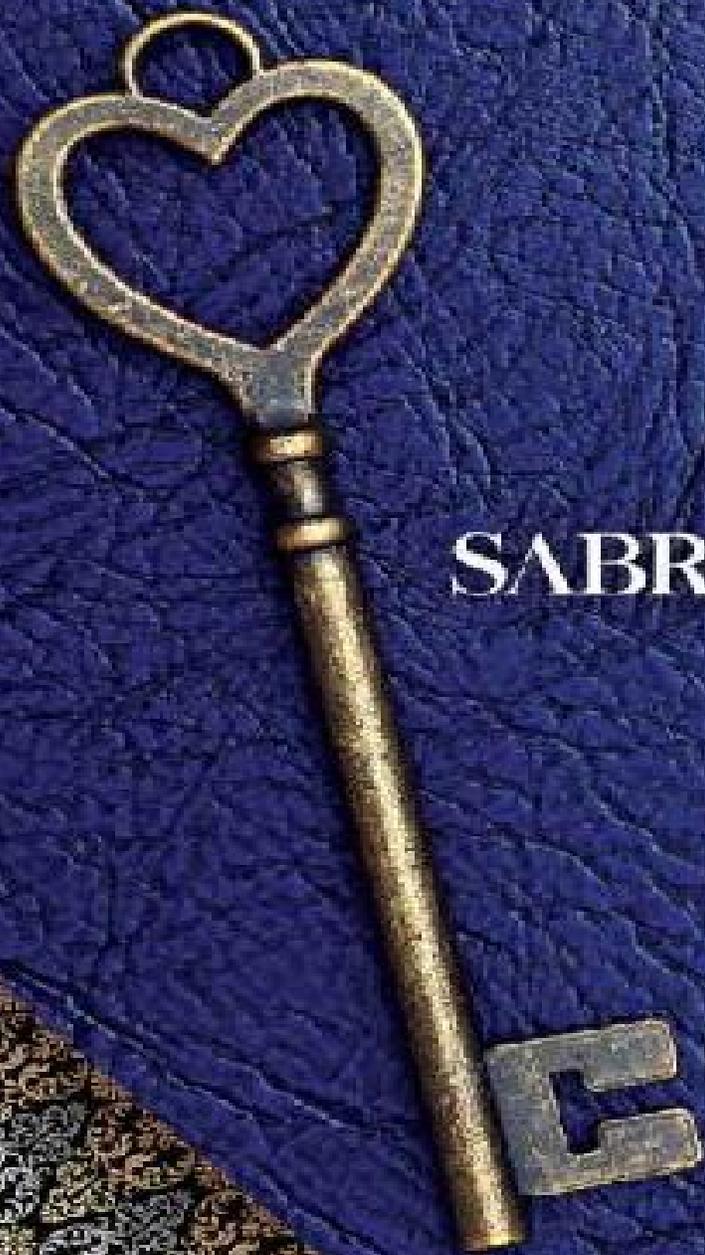


Secreto compartido



SABRINA MERCADO

Secreto compartido

Sabrina Mercado

A mis amigas de hoy y de siempre.

PRÓLOGO

Caminaba de regreso a su casa. Iba cargada con dos bolsas repletas de verduras frescas, carne y queso, que había adquirido en el pequeño mercado en las afueras de Damasco. Agasajaría a los suyos con su comida favorita, *tabule* y *shish kebab*. El pan de pita lo había amasado la noche anterior, a pesar de ello tenía el tiempo justo para preparar todo lo demás. Agradeció una vez más tener la posibilidad que a muchos de sus coterráneos se les negaba: la de comer.

Se detuvo a descansar a la sombra de un tamarisco. Era un día particularmente tranquilo, sobre todo porque el gobierno había decretado una tregua debido a los tremendos incidentes de la semana anterior, la cual al parecer todas las facciones armadas estaban respetando. Así y todo, muy poca gente transitaba por las calles. Aún estaba sorprendida de que la hubieran dejado salir sola, porque como le decían ellos, siempre debía ir acompañada.

A punto de retomar la marcha, tres hombres aparecieron de la nada y la abordaron con ímpetu. Sin resistirse, soltó las bolsas con los alimentos y se echó a su suerte. La introdujeron en una vieja camioneta, tan cubierta de polvo, que era imposible determinar su color. Adentro la encapucharon y amordazaron. Pensó con tristeza que ese era el fin.

PRIMERA PARTE
El enigma de Nadir

“Dile que sí, aunque te estés muriendo de miedo, aunque después te arrepientas, porque de todos modos te vas a arrepentir toda la vida si le contestas que no.”

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

“Cuando te enamores, no hagas muchas preguntas, o el miedo superará tus sentimientos.”

PAULO COELHO

Selma miraba impaciente el reloj. Sabía que era tarde. El autobús 114 que la llevaría a la tan ansiada cita de trabajo se había demorado demasiado en llegar. Hacía media hora que lo esperaba en la parada, hasta que por fin lo divisó. Contra todo pronóstico, venía con mucha gente pero no lleno, y por suerte consiguió lugar en la última fila de dos asientos. Aunque algo incómodo porque estaba sobre elevado del resto (los asientos descansaban sobre las ruedas traseras del vehículo), poco le importó. Se acomodó del lado de la ventanilla, que ya estaba abierta, y se dispuso para disfrutar de la brisa primaveral, mirando de vez en cuando el reloj, ansiosa porque suponía que llegaría tarde a la reunión.

En la parada siguiente subió un joven muy atractivo. Lo vio apenas traspasó la puerta del ómnibus y no dejó de observarlo mientras utilizaba la tarjeta en la máquina de pasajes.

El muchacho levantó la vista y la miró. Ella creyó sonrojarse pues lo contemplaba fijamente, así que corrió la cara hacia la ventanilla y trató de disimular su incomodidad.

Como era de esperar, el chico se sentó a su lado, puesto que no había otro asiento disponible, y la incomodidad de Selma se acrecentó. Al acomodarse, rozó su brazo con el de ella y una corriente eléctrica le erizó la piel.

Ella se había vestido con esmero. La ocasión lo ameritaba. Acostumbrada a vestirse muy informal, no se hallaba cómoda con ese vestidito negro de mangas cortas con pequeñas florecillas y un lazo que se anudaba al costado. La falda, que cubría apenas las rodillas, tenía el largo adecuado para una entrevista laboral. Al menos es lo que ella suponía. Completaban el atuendo unos zapatos negros de taco bajo y un bolso pequeño de gamuza con flecos. Se había recogido el cabello hacia los lados con dos hebillas *tic tac*. Su pelo era largo y lacio, de color negro azabache y brillante como el charol. Contrastaba profundamente con su piel blanca y sus ojos azules.

Él también había sentido la electricidad en su brazo. La sensación le había llegado hasta la nuca y le había erizado los pelos por un momento. Trató de

disimular la impresión mirando algo en su destartalado teléfono celular. La había visto al subir, hermosa y blanca como Blancanieves. Su naricita respingada le confería un perfil casi infantil. Y su boca como una fresa brillante invitaba a saborearla. ¡Qué bella era! ¿Intentaría hablarle?

En ese momento el autobús se hundió en un bache, e hizo que se pegaran tremendo golpe en las asentaderas. Ahí encontró entonces la primera oportunidad de conversación.

–Qué lugar incómodo nos tocó –habló con voz masculina y dulce a la vez.

Selma lo miró y solo sonrió.

«Qué hermosos ojos», pensó ella mientras volvía nuevamente su cara hacia la ventanilla. Eran de un verde profundo, enmarcados por abundantes y renegridas pestañas. Aunque no había podido hacer una composición completa de sus rasgos, vio su pelo corto, castaño oscuro, y notó que estaba bronceado. Bastante a pesar de que recién comenzaba el mes de noviembre.

La distracción de querer saber más de su vecino de asiento la había hecho olvidar de su preocupación por llegar tarde a la cita. Con la excusa de buscar algo en su cartera, agachó la cabeza pero sus ojos miraron disimuladamente hacia su izquierda. Estaba vestido con un pantalón de jean y una camiseta de color rojo. Parecía delgado, y de seguro alto pues las rodillas formaban un ángulo agudo con sus muslos y sus pantorrillas. Abandonó su misión de buscar la nada misma en el bolso y regresó la vista a la ventana del ómnibus. Fue cuando vio la altura de la avenida por la que iban y se dio cuenta de que ya debía bajar. ¡Qué rápido había transcurrido el viaje! ¿Tan entretenida había estado en la tarea de descifrar algo de su objeto de estudio? Qué pena le daba bajar... pero tenía que volver a la realidad. Su entrevista de trabajo la esperaba y si todo salía bien por fin podría mudarse sola después de tantos traspies.

En la inmobiliaria, le habían dado la gracia de un mes de retención de la reserva luego de que todo se desmoronara con Gabriel. ¡Había deseado mucho aquel departamento! Su ubicación cerca de la plaza y sus ambientes luminosos (solo dos, pero ¿para qué más?), lo hacían especial. Amaba el barrio, tan verde y florido... por algo lo llamaban el Jardín de Buenos Aires. Nunca querría marcharse de Villa Devoto. Se había ilusionado tanto con esa nueva etapa de su vida que cuando Gabriel le dijo que no se sentía preparado para compartir su vida con otra persona, sintió que todo se venía abajo. Lo que más le había dolido era eso, que le hubiera dicho textualmente «otra persona».

¿Eso era ella para él? La tristeza fue reemplazada por la decepción. De pronto todo había terminado.

Gabriel le dijo que se quedara con los muebles que habían comprado juntos. No eran demasiados: el *sommier* de dos plazas y media y el sofá para la sala. También tenía la heladera, aunque aún no estaba paga. La había comprado en doce cuotas con su tarjeta de crédito y recién iba por la segunda. Gabriel, en compensación por este gasto se había comprometido a pagar lo tres meses de adelanto del alquiler, cosa que luego de la ruptura ya no sucedería. Y con sus clientes actuales solo le alcanzaba para mantener los gastos personales. Por eso necesitaba imperiosamente el trabajo para el cual había concretado aquella cita. ¡Y estaba llegando tarde!

Miró a los ojos a su compañero de asiento y, con su vocecita dulce y musical, le pidió permiso para pasar.

El joven se sobresaltó y se levantó de inmediato. Ella había supuesto bien. Era alto. Su esbeltez la conmovió por un instante. Se apresuró a pasar e hizo sonar el timbre para que el autobús se detuviera en la siguiente parada.

Bajó acomodándose la falda, y cuando levantó la cabeza en dirección al transporte, el chico se había corrido hacia a ventanilla y no le quitaba la mirada. Selma agachó la cabeza avergonzada y no la alzó hasta que escuchó al vehículo alejarse. Miró su reloj. Estaba retrasada quince minutos. Caminó rápidamente la calle que le faltaba para llegar a la cita y se echó a su suerte.

Salió una hora más tarde radiante de felicidad. La reunión había sido un éxito. La compañía le había otorgado exclusividad para desarrollar la nueva página web de la firma, y también de las subsidiarias que manejaban. El gerente con quien se entrevistó estaba muy entusiasmado con sus producciones para otras empresas por su versatilidad e innovación. Le confesó que estaba dispuesto a otorgarle total libertad para crear una nueva imagen. Solo deseaba que se mantuviera el logo original de la empresa, ya que era una insignia muy reconocida por los clientes en el mercado.

Al día siguiente debía presentarse para firmar el contrato y le entregarían un cheque por el cincuenta por ciento del valor total del trabajo. El resto lo cobraría al finalizar. Además, habían acordado una suma mensual fija por mantenimiento, que se traducía en una cantidad de horas de trabajo al mes. Esto lo manejaría con un programador *ad hoc*, alguien de confianza con quien ya había trabajado en otras ocasiones. El dinero no solo le alcanzaba para pagar el adelanto del alquiler, sino también para comprar las cosas

imprescindibles que necesitaba para iniciar la aventura de vivir sola.

A sus veinticuatro años, se sentía de pronto con energía para afrontar todo lo que se venía por delante. Su trabajo independiente era estable, tenía cinco clientes fijos con los que mantenía una relación cordial, y de vez en cuando surgían algunos trabajos ocasionales por recomendación, que le proporcionaban dinero extra que iba a parar directamente a sus ahorros. Pero este nuevo paso que había logrado le daba una estabilidad que ansiaba hacía tiempo. Estaba prácticamente duplicando sus ingresos, lo que le permitiría solventar los gastos de alquiler, pero lo más importante era que este flamante cliente le abriría nuevas puertas en un futuro cercano.

Meditaba todo esto de regreso a su casa, cuando la sorprendió el timbre de su teléfono celular. Abrió su bolso para buscarlo y miró la pantalla. Era su madre.

–¡Hola ma! Salió todo bien.

–Qué bueno hija, tu padre y yo estábamos tan nerviosos...

–¿Es que tanto quieren que me vaya de casa? –preguntó en tono de broma.

–Ni lo digas Selma, tu papá me dijo que ansiaba que te fuera bien, pero que si no salían las cosas igual estaría contento porque eso significaba que seguirías con nosotros un tiempo más. Tu padre es muy acaparador.

–Y celoso. Pero ahora al menos puede quedarse tranquilo porque voy a vivir sola.

–Estaba sufriendo, aunque no lo dijera, de que te fueras a vivir con Gabriel. Que ahora lo hagas sola es aliviador para él.

–Vamos a estar a solo unas cuadras de distancia...

–Sí hijita, lo sé. Pero tu padre es así. Exagerado con todo. ¿Venís directo para acá?

–Voy a pasar primero por la inmobiliaria para avisar que en un par de días hago el pago del adelanto. Quisiera tener las llaves del departamento para el fin de semana.

–Bueno, pero hoy festejamos. Le voy a decir a tu hermano que venga a cenar a casa.

–Dale ma, después nos vemos. Un beso.

Su hermano Ramiro era sobreprotector como su padre, pero más comprensivo con respecto a la personalidad de Selma. Cinco años mayor que ella, estaba conviviendo hacía más de dos con Carina, que estaba embarazada.

Carina era apenas un año mayor que ella y ya esperaba un hijo. Selma no se imaginaba en una situación similar. Cuando hacían planes con Gabriel, siempre decían que para los hijos esperarían. Y el tema quedaba solo en aquella frase. Su hermano y su cuñada, en cambio, en cuanto se fueron a vivir juntos dijeron que buscarían un bebé. Tal vez porque habían estado de novios durante unos largos seis años y ya necesitaban una experiencia superior.

Como fuera, ella no compartía esa visión de tener hijos tan joven. Por suerte ahora ese era un tema que quedaba fuera de sus pensamientos.

Llegó a su casa exhausta. Los de la inmobiliaria se habían puesto contentos de que hubiera logrado su propósito. El dueño era conocido de su padre y por eso le habían concedido el período de gracia para que resolviera sus temas financieros.

Se quitó los zapatos y se recostó en la cama. Miró a su alrededor. En pocos días ese cuarto, «su» cuarto desde que tenía diez años de edad, dejaría de serlo. Estaba feliz aunque la asaltara la melancolía. Y con este pensamiento se quedó dormida.

Al despertar horas más tarde, se dijo que hacía mucho que no dormía tan plácidamente, y mucho menos una siesta. De pronto recordó que debía hacer copias de su documento de identidad, las necesitaba para el día siguiente. Decidió que las haría con su impresora multifunción. Buscó la billetera en su bolso para sacar el documento y vio algo que no había notado antes. Tomó el objeto de entre las otras cosas y lo observó extrañada. Era un viejo teléfono celular, de esos con teclado, bastante maltratado.

¿Qué hacía ese aparato en su bolso? Trató de encenderlo pero no lo logró. O estaba haciendo algo mal o el teléfono se había quedado sin batería. Más bien le pareció lo segundo. Miró la ranura de carga, y obviamente el orificio no coincidía con el del suyo. Tampoco con el de sus padres. Claro, era un modelo antiguo. ¿Quién usaría algo así? Trató de imaginar cómo podría haber llegado ese artefacto a su bolso. Pensó en la inmobiliaria, en la reunión de trabajo, en el autobús. ¿Acaso sería del chico del ómnibus? Era con el único que había tenido una cercanía tal para que pudiera haberse caído allí. Entonces recordó que al pararse para bajar, hubo un instante de confusión en el que el muchacho y ella chocaron y se rozaron. Ese momento la perturbó tanto que solo deseó apurarse y bajar del vehículo. Luego lo había olvidado, pendiente como estaba de su suerte en la entrevista.

Volvió a mirar la hendidura y recordó su viejo MP3, abandonado en el cajón del escritorio. Poseía la misma abertura de carga, con lo cual podría usar su cargador, si lo encontraba. Saltó de la cama y abrió el cajón

desordenado. Miró el descontrol que allí reinaba y suspiró. Se dijo que en su nueva casa sería más ordenada.

Luego de revolver unos minutos, en los cuales encontró un anillo que creía perdido, la funda de sus lentes de sol que ya había reemplazado por una nueva, varias monedas y hasta un billete de alta denominación («qué bueno es encontrar dinero que uno no sabe que posee»), halló lo que buscaba. Tomó el cargador cuyo cable se encontraba completamente enmarañado, y luego de desenredarlo hábilmente, lo enchufó y conectó al viejo teléfono. Una luz roja se encendió en la parte superior lo que significaba que había comenzado la carga. Allí lo dejó y se fue al estudio a realizar las copias de su documento de identidad.

Estaba en ello cuando escuchó voces en la planta baja. Su hermano y su cuñada habían llegado bastante antes de la hora de la cena. Terminó las copias y bajó rápidamente al encuentro de Ramiro y Carina.

–¡Hermanita querida! –la voz de trueno de su hermano sonó en la amplia cocina.

Un abrazo de oso se apoderó de su cuerpo delgado. Ramiro le sacaba una cabeza de estatura y la doblaba en peso. Aunque sus años de *rugbier* habían terminado hacía tiempo, su cuerpo aún denotaba su antigua afición por aquel deporte.

–Soltame, me lastimás –sollozó en broma Selma– siempre tan bruto.

Carina sonreía unos pasos más atrás. Ambas muchachas se conocían hacía muchos años y se llevaban muy bien. Selma lamentaba que decidieran no casarse. Le hubiera gustado actuar de testigo en el registro civil, aunque nada estaba dicho y tal vez algún día cambiaran de opinión.

Aunque todavía faltaba mucho para la hora de la cena, se sentaron a la mesa y comenzaron a conversar acerca del importante contrato que firmaría Selma al día siguiente, de su inminente mudanza, y de que ahora la casa les quedaría muy grande a sus padres, Ana Clara y Rafael.

–No nos preocupa la casa, tarde o temprano se va a llenar de nietos –dijo Ana Clara esperanzada.

–De eso quería hablarles –sonó la voz de Ramiro, más grave aún de lo que era–. Me ofrecieron un puesto muy importante en San Rafael, en la provincia de Mendoza. La empresa necesita alguien con pie de plomo allá y me darían la conducción de la bodega. Sería un salto enorme para mí.

Un silencio se apoderó del ambiente. Varias miradas se cruzaron hasta que la madre habló.

–Pero eso sería después de que nazca el bebé...

–No. Me necesitan allá lo antes posible. Y Carina también puede hacer su trabajo en San Rafael.

–Oh –fue la muda respuesta de Ana Clara.

–Ellos ya tienen todo listo. Me consiguieron una casa grande con un alquiler muy conveniente y me dan un auto para que use sin restricciones. Solo tengo que decir que sí.

–Entonces el bebé nacerá allá –dijo Rafael como pensando en voz alta.

–Es mejor así, viajar ahora que todavía puede hacerlo –contestó Ramiro acariciando la panza de seis meses de Carina.

Rafael se apresuró para buscar una botella de champaña. Ana Clara lo siguió, aunque todavía conmocionada, y sacó las copas. Sirvieron la bebida y a Carina le sirvieron gaseosa.

–Brindemos por los logros de nuestros hijos –aclamó el padre mirando a los ojos a su esposa, e instándola a levantar su copa.

Ana Clara lo siguió, y tratando de esbozar una sonrisa, chocó el cristal con los demás.

Selma aún no caía. No contemplaría a su sobrino el día de su nacimiento. No vería a su hermano vaya a saber hasta cuándo. Su hermano. El que la protegía como nadie. El que la celaba y la cuidaba a pesar de tener a su mujer. Agradecía que su cuñada no fuera celosa, ella no soportaría un marido tan apegado a su hermana, capaz de darlo todo, incluso su vida, por ella. No, sin duda no lo podría aguantar. En cambio, la relación con su hermano era así, absorbente y avasalladora. ¿Qué haría sin él? Una parte de ella desaparecería. Lo sabía.

Recordó la primera vez que salió con Gabriel como pareja. Su padre le había dado permiso sin chistar porque lo conocía desde que era chico. Ni siquiera le había dado un horario de regreso. Cuando Gabriel tocó el timbre de su casa, su hermano Ramiro se apresuró a salir a la calle. Nunca supo lo que le dijo, Gabriel jamás se lo confesó. Pero cuando salió a su encuentro estaba sonrojado, casi abochornado. Y prácticamente no habló hasta llegar al restaurante. Luego de la cena, donde la había pasado realmente bien, Selma esperaba que la invitase a seguir la velada, tal vez que fueran a tomar algo a

un bar. Pero no. Gabriel le dijo que ya era tarde y lo mejor sería regresar. Aunque contrariada por la situación, nada dijo. Y tampoco supo jamás qué le dijo su hermano a Gabriel aquella noche. De lo que sí estaba segura, era que él le había hecho caso al pie de la letra.

La voz de su hermano la volvió a la realidad.

–Selma, no te pongas mal. Te prometo que vas a poder ver a tu sobrino recién nacido. Nos vamos a ver más de lo que te imaginás ahora. San Rafael no está tan lejos.

–Sí Rami. Lo sé. Solo que me sorprendió sobremanera el anuncio. Pero estoy contenta por ustedes y ya me voy a ir haciendo a la idea. Es un paso enorme en tu carrera profesional y estoy segura de que van a ser muy felices allá. ¿Te acordás cuando fuimos de vacaciones de chiquitos? Creo que es uno de mis lugares favoritos.

–Y vas a poder venir siempre que quieras.

–Siempre que pueda querrás decir. Ahora que me mudo voy a tener muchas obligaciones. Además, con el nuevo cliente no puedo hacerme la distraída. Ni con los que puedan venir.

–¡Muy bien! Tomando responsabilidades. Igualmente, tu trabajo tiene la ventaja de que puede hacerse desde cualquier parte como el de Cari. Solo necesitás una buena conexión de internet.

–Entonces, hermano querido, andá contratando un *wifi* con muchos *megas* si querés tenerme pronto por allá.

–Te lo aseguro. Me voy a ocupar apenas llegue.

Y ambos terminaron riendo.

La cena pasó como una exhalación. Finalmente había sido una velada muy agradable.

Ya en su dormitorio, Selma vio el aparatito conectado en su mesita de luz. Y decidió que era hora de averiguar.

Cuando lo encendió, había unas cuantas llamadas perdidas desde el mismo número, el cual no estaba agendado. Bueno, por lo visto no había ningún número agendado. «Qué extraño», pensó.

Inmediatamente llamó a ese número telefónico y esperó. Al segundo sonido alguien atendió.

–Hola –dijo una voz masculina pero suave y dulce a la vez.

–Hola –respondió Selma –. Encontré un teléfono...

–¡Por fin! Ya pensé que me lo habían robado –mintió la voz.

–No sé qué pudo haber pasado. Lo hallé en mi bolso, habrá...

–Eres la chica del autobús.

–¿Cómo? –se sorprendió ella.

–La chica que estaba sentada a mi lado en el autobús.

–Ah, sí, yo...

–Me di cuenta que me faltaba el teléfono cuando bajé. Y pensé que me lo habían hurtado. Aunque tenía la esperanza de que se hubiera extraviado. Pero llamé varias veces y nadie contestaba.

–Es que estaba sin batería. Tuve que revolver bastante para encontrar un cargador que le fuera. Es un teléfono algo...

–Viejo. Lo sé. Es que no me llevo con los aparatos actuales. Aunque como todos, necesito tener un celular.

–Sí, sí. Por supuesto. No quería criticarte. ¿Dónde puedo llevarlo para que lo recuperes?

–Podríamos encontrarnos. Vivo en el barrio de Villa Devoto, no sé dónde...

–¡Yo también! –claro, si se había subido al autobús una parada después de la de ella, pensó.

–Bueno, entonces conocerás la Plaza Arenales. Podemos vernos mañana, enfrente del Hospital Zubizarreta.

–Es que... mañana es un día complicado para mí.

No era del todo cierto, si bien tenía que ir por la mañana a firmar el contrato, después no tenía nada que hacer, salvo algunos bocetos para un cliente. Pero se había puesto nerviosa. No sabía si quería encontrarse con aquel extraño.

–Pero puedo dejarlo en mi casa y vos pasar a buscarlo cuando te quede cómodo –replicó Selma finalmente.

–¡No! Está bien. No quisiera molestar en tu casa. Justo iba a comentarte que recordé que yo también estoy complicado mañana, y no estaré en todo el día –mintió al igual que ella.

–Pero ¿no necesitás el teléfono? Yo me muero si lo pierdo por treinta minutos.

Él rio con ganas.

–No, no lo necesito tanto. Puedo pasar otro día sin él.

«Qué chico raro», se dijo. Pero no le quedaron excusas. Se verían el miércoles por la tarde.

–¿Cuál es tu nombre?

–Ah, sí, perdón. Me llamo Nadir.

–Nadir –repitió Selma para asegurarse de que lo había oído bien.

–Sí. Es de origen árabe. ¿Y el tuyo?

–¡El mío también!

–Quiero decir, ¿cuál es tu nombre?

–Claro, que tonta. Selma. Selma es mi nombre –estaba tan nerviosa que se comportaba como una torpe.

–Qué lindo nombre, Selma. ¿Tu familia es árabe?

–Mis bisabuelos por parte de mi mamá. No los conocí, y mi mamá tampoco llegó a conocerlos, murieron cuando era muy pequeña. Así que se perdió el contacto con esa rama de la familia. Mi abuela nació en Argentina y le pusieron de nombre Selma. Por ella llevo mi nombre. Aunque para ser sincera, me representaría más llamarme como mi abuela paterna –Selma calló por un instante, luego agregó–. Pero no te entretengo más con mis asuntos. Nos vemos el miércoles entonces.

–No, está bien para mí –a Nadir le fascinaba hablar con la chica de ojos azules–. A las siete enfrente del hospital –confirmó.

–Chau, nos vemos –respondió Selma esperando escuchar el *click*, pero al no oírlo, cortó.

Con que «Nadir». El enigmático joven del autobús tenía nombre... ¡y se encontraría con ella dos días después!

Ahora estaba más nerviosa por aquella cita que por la firma del contrato del día siguiente. Decidió irse a dormir, sabiendo que le costaría hacerlo.

Nadir rogó que su mentira no fuera descubierta. Si esa chica, que ahora tenía un nombre, «Selma», se enteraba de que había arrojado deliberadamente su teléfono al bolso de ella, pensaría que estaba frente a un lunático.

Y es que en realidad un raptó de locura se adueñó de sus actos al saber que esa belleza, que lo había obnubilado, estaba a punto de desaparecer de su vida, sin siquiera saber su nombre. Aquel mínimo contacto físico que habían tenido, ese imperceptible roce de antebrazos le había generado tal sensación que su mente se trastocó por un instante. Luego de que ella hubiese bajado del autobús, otro instinto lo había llevado a descender en la siguiente parada, pero las cartas del destino ya se habían barajado y la perdió de vista. Mejor, puesto que si la hubiera seguido, podría haberla asustado, o peor aún, espantado. Así que se esperanzó con su arriesgada jugada, teniendo tantas posibilidades de que resultara bien como de que no. Esta vez la mano era ganadora y salió triunfante.

El momento de mayor duda fue cuando ella le ofreció dejar el teléfono en su domicilio y que lo fuera a buscar en su ausencia. ¡No! Debían encontrarse. Necesitaba volver a verla. Quería comprobar si aquella electricidad que le había recorrido el cuerpo era producto de su imaginación o realmente había algo allí, algo desconocido que le urgía averiguar de qué se trataba. Aunque sabía que se estaba arriesgando mucho. Tenía en claro que estaba exponiéndose. Pero un no sé qué más fuerte que su voluntad lo había llevado a actuar de aquel modo. Y ya no podía, ni quería, dar marcha atrás.

* * *

Las intrigas podían más que ella. Sabía que no podría dormirse con tantas cosas transitando por su mente. La firma del contrato y el cuantioso cheque que iba a recibir. La noticia de que su hermano se mudaría a otra provincia y que tal vez no conocería a su sobrino al nacer. Pero lo que más la intranquilizaba era el encuentro con Nadir. Todo en él era un enigma. Hasta nombre raro tenía.

¿Lo reconocería? Apenas lo había visto unos segundos. Recordaba sus enormes ojos verdes con pestañas abundantes y oscuras, y su piel bronceada. También resonaba en su mente su voz, con un timbre tan particular, varonil y delicado a la vez. Una voz diferente a todas las que alguna vez había escuchado.

¿Por qué la ponía tan inquieta? No lograba comprenderlo. Ni siquiera había estado nerviosa en su primera salida con Gabriel. Claro que a él ya lo conocía de mucho tiempo antes. Así y todo, algo que no lograba entender le pasaba con ese chico. ¿Sería su mirada exótica? ¿Acaso su voz tan especial? No lo sabía. En un par de días más lo averiguaría. Ahora debía dormir si quería estar presentable por la mañana para la firma de tan importante contrato.

* * *

Había sido un día ajetreado.

Bien temprano en la mañana, la habían citado para la firma. Salió de la reunión a la hora que abrían los bancos, así que fue a la sucursal donde tenía radicada su cuenta bancaria y depositó el cheque. «Ahora solo debo esperar a que se acredite», pensó con satisfacción.

Regresó a su casa, y decidió que se recostaría un rato antes de almorzar. Por la noche había dormido poco y mal.

Tenía planificado ir de compras por la tarde. Quería adquirir algunas cosas nuevas para su casa: sábanas, toallas, alguna vajilla discreta y no debía olvidarse de elegir un buen edredón. Su madre le regalaría un juego de copas de diario, y algunos utensilios básicos. También recibiría muchas cosas de Ramiro, a punto de partir hacia San Rafael con su mujer. Le había prometido el mueble de la TV, con el televisor incluido, y algunos trastos pequeños. Algo que aceptó encantada fue el microondas, la tostadora eléctrica y la cafetera, pero tuvo que desistir de muchos aparejos debido a lo pequeño de su apartamento. Su hermano, bondadoso como era, le hubiera regalado absolutamente todo.

Estaba tan entusiasmada con la mudanza que se durmió pensando en cómo dispondría los muebles, y la paleta de colores que daría importancia a cada ambiente.

Despertó una hora más tarde, sobresaltada. Había tenido un sueño raro,

que no lograba recordar con claridad. Tenía una sensación de pérdida, de abandono, y un sentimiento de tristeza la embargó. Muchas imágenes se mezclaban en su mente, pero no lograba componer algo definido.

Se convenció de que los nervios vividos durante el día, sumados a la mudanza y al viaje de su hermano habían logrado importunar su descanso. Decidió que se daría una ducha, almorzaría algo frugal (su madre no estaba en casa para fastidiarla con la comida) y saldría a hacer las compras. La entrega para su cliente podía esperar un día más. De todos modos, tenía el trabajo casi terminado e incluso se adelantaría unos días a la fecha acordada.

Regresó a casa en un taxi, cuyo chofer casi se niega a transportarla con semejantes bultos. Había conseguido muchas cosas lindas para su casa nueva, incluyendo un par de artículos extra que no tenía planificados. Lo mejor era un espejo bordeado de azulejitos con los colores del arcoíris que terminaba en una repisa patinada. Lo colocaría en el pequeño vestíbulo, y sobre la repisa iría un cuenco pequeño para las llaves. El cesto para la ropa sucia también era adorable, porque combinaba a la perfección con los colores de las toallas, en la gama de los azules.

Tanto en la sala como en la cocina, sería todo muy colorido y vivaz. Anaranjados, verdes, rojos y amarillos. Para el dormitorio se había reservado el blanco y negro, clásico y relajado.

Había visto un montón de cosas que también hubiera querido adquirir. Pero se había impuesto un límite. Una vez mudada decidiría qué otros artículos sumar. Amaba comprar cosas para su futuro hogar. «Hogar», repitió para sus adentros, recordando que poco tiempo atrás esa palabra había tenido un significado muy distinto.

Su madre la regañó por haber gastado tanto. Incluso la llamó «compradora compulsiva», pero nada más lejos de la realidad. Ella era ahorrativa y simplemente había decidido darle un buen uso a la primera paga en grande que había recibido en su vida. Jamás había hecho despilfarro del dinero, ni siquiera tenía mucha ropa, zapatos o maquillaje. Pero no había remedio, Ana Clara siempre la había tratado como a una niña, y así seguiría haciéndolo hasta el fin de sus días.

Su padre, en cambio, se había puesto contento de verla entusiasmada con la mudanza, luego de todo lo que había sufrido con la ruptura y la desilusión de no poder lograr la ansiada independencia. Ahora Rafael se sentía satisfecho del desenlace del asunto, y aunque extrañaría horrores a su hijita mimada, el hecho de que en su momento no hubiera considerado un casamiento con

Gabriel, y ambos optaran por una convivencia, lo había tenido en ascuas. Tanto él como su esposa estaban «chapados a la antigua» según las mismísimas palabras de su madre Dora, la abuela de Selma. Ella había sido de un espíritu mucho más librepensador que su propio hijo (sobre todo en los años previos a su muerte), y había alentado las ideas modernas de que los papeles no eran tan importantes como el amor. El nieto mayor había optado por esa vía, y no veía motivos para que Selma no pudiera hacer lo mismo, a costa del enfado de Rafael y Ana Clara. Recordar a su madre le hizo sonreír. Pero las cosas habían dado un giro inesperado para Selma, y a pesar de que no soportaba verla sufrir, que finalmente se mudara sola lo tranquilizaba. Ya conocería al verdadero hombre de su vida, y soñaba con poder ingresar a la iglesia con su hija tomada del brazo, entregándola a su futuro esposo en el altar.

Nadie se esperaba el rumbo que tomarían los acontecimientos en poco tiempo. Ni siquiera la propia Selma.

Los nervios la tenían a mal traer. Ni la firma del contrato ni el cuantioso cheque que había depositado el día anterior habían logrado descolocarla como lo hacía su próximo encuentro con el chico del autobús.

Su ropa estaba regada en la cama. No sabía qué ponerse, nada la convencía. Recordaba que Nadir (debía acostumbrarse a ese raro nombre) era muy alto, así que seguro usaría los zapatos con plataforma. El vestidito negro era demasiado y pollera larga le parecía muy formal. Quería vestirse como si pareciera que no se hubiera vestido para la ocasión, sino que la situación aparentara ser un mero trámite. ¿Cómo se vestiría ella un día normal? Pantalón de *jogging* si hiciera frío y short si hiciera calor, y zapatillas, siempre zapatillas. No. Definitivamente esa no era una vestimenta adecuada para el encuentro.

¿Por qué no le había hecho caso a su cuñada? Carina siempre le decía que su indumentaria era muy informal, y que su guardarropa no estaba preparado para ocasiones especiales. Era cierto. Tenía varios pares de zapatillas, mucha ropa deportiva y camisetas de todos los colores. Pero atuendos para situaciones como esta prácticamente no.

Finalmente se decidió por un jean. Estaba segura de que se trataba de una prenda multipropósito. Como complemento optó por una blusa blanca de mangas cortas. Las plataformas le darían altura y el toque femenino se lo aportaría la cadenita con dije de corazón, regalo de su abuela Dora, a quien tanto extrañaba desde su muerte un año atrás.

Por suerte era miércoles, y sus padres ya habían salido rumbo a su obligada salida al cine, costumbre que habían iniciado hacía unos meses, y parecía tenerlos completamente fascinados. Así que no tendría las miradas inquisidoras en su nuca al salir.

Miró el reloj, siete menos cuarto. Sabía que en menos de diez minutos estaría allí, pero no le gustaba llegar tarde. Así que tomó el teléfono destartado de Nadir, lo guardó en su bolso y salió hacia la Plaza Arenales.

Estaba muy intrigada ya que había hurgado en la agenda del teléfono y

estaba vacía. Como era un modelo viejo, no tenía ninguna de las aplicaciones usuales para chat, solo el clásico mensaje de texto. Pero tampoco encontró mensajes guardados. ¿Sería un obsesivo como su madre? Ella borraba todo porque decía que le molestaba que quedase basura en el teléfono. «Conversación finalizada, conversación borrada», ese era su lema. Esa especie de trastorno obsesivo-compulsivo de su madre le causaba gracia. Y éste podría ser otro caso. Pero de ningún modo le expondría el tema a Nadir. La avergonzaba que él supiera que había estado figoneando en su privacidad. De todos modos, no le cuadraba lo de la agenda vacía.

Cavilaba estas cosas cuando lo divisó a lo lejos. Alto. Bello. Imponente. Vio un par de mujeres darse vuelta para observarlo luego de pasar a su lado. Y se rio de la situación. Él parecía ajeno, mirando más allá, tal vez creyendo que vendría en aquella dirección.

Selma construyó en su mente una fotografía de Nadir. Jean casi celeste (no era el que llevaba el día del autobús, punto para él), camiseta verde con inscripciones, que juraba iría a tono con el color de sus ojos, y zapatillas *All Star*. «Bien, no vino a presumir», pensó. Tal vez solo le entregara el teléfono y ya. Si te he visto no me acuerdo.

Cuando se encontraban a pocos metros de distancia, él miró hacia el costado y la vio. Esbozó una enorme sonrisa que derritió por completo a Selma.

–Hola –le dijo alegre.

–Hola –respondió ella entre intrigada y obnubilada por la belleza exótica del muchacho, y se apresuró a darle el teléfono, que sacó en un santiamén de su bolso.

–¡Gracias! Casi pensé que lo perdía –dijo Nadir reforzando su mentira.

–Tuviste suerte de que se hubiera caído en mi cartera, y de que me haya preocupado por cargar la batería –contestó intensificando la idea de su esmero.

–Gracias dobles entonces –y volvió a reír con esa sonrisa de dientes perfectos que Selma ya había notado, y que la desconcentraba.

–Bueno, nos vemos –balbuceó ella tratando de disimular los nervios.

–Espera –y al rozar con su mano el hombro de Selma, nuevamente experimentó esa rara sensación de cosquilleo, como una corriente eléctrica que le recorrió el brazo y le llegó a la columna vertebral.

Selma también experimentó la electricidad que generó aquel contacto, y que le erizó el vello del brazo. Fue un instante en el que no hablaron pero se dijeron mucho al cruzarse fugazmente las miradas.

–Qué –fue la seca contestación que, sin querer que así lo pareciera, brotó de los labios de Selma.

–¿Tienes ganas de ir a tomar un café? –Selma ya había notado su modismo al hablar, pero nada dijo.

–Sí, por qué no...

–No sé si fuiste alguna vez al bar que es un vagón de tren, el que está al lado de la estación. Siempre que paso por allí me da intriga saber cómo es por dentro.

–Me crie en este barrio pero jamás fui.

–Entonces veamos de qué se trata.

El vagón de tren devenido en resto-bar se hallaba a un par de calles de allí, precisamente, en las inmediaciones de la estación de tren. El trayecto lo habían iniciado en un silencio incómodo, y a Selma esto le asustaba un poco pensando cómo iniciar una conversación apropiada. Hasta que rompió el silencio.

–¿De dónde sos? No puedo sacarte el acento. Hablás distinto pero no puedo dilucidarlo.

–Nací en Siria, pero cuando era muy chico vine con mi familia a vivir a la Argentina. Aquí aprendí el idioma pero a los pocos años nos marchamos. Luego lo practicaba para no olvidarlo, y terminé adoptando un castellano neutro. Ahora hace casi un año que vivo aquí pero aún no se me ha pegado el porteño.

«De ahí viene entonces esa entonación peculiar», concluyó.

Los miedos de Selma para entablar una conversación se diluyeron por completo en el mismo momento en el que ambos se sentaron en la mesa del bar. El lugar estaba casi vacío. Solo dos señoras mayores charlaban en la otra punta del vagón. Al mirarlo a los ojos, una serenidad inexplicable la invadió. Esos iris de un verde inverosímil la escrutaban con ansiedad.

–Qué verdes son tus ojos –le dijo ella sin pensar.

–Qué azules son los tuyos –le respondió risueño.

Los ojos de Selma eran bellísimos, de un azul poco común, oscuro en el centro y más claro en el contorno. Nadir no entendía por qué se sorprendía de

los suyos, si el color de los de ella era increíble.

A Selma le causó gracia la respuesta de Nadir y rio. Esto abrió la puerta para que iniciaran la conversación.

Selma le contó que el color de sus ojos lo había heredado de su abuela paterna Dora, a quien había admirado y querido como a nadie de su familia.

–Ella era pintora. Hacía unos cuadros bellísimos. Lástima que nunca logró la fama que se merecía.

–Tenía tu afecto. Eso es más importante que toda la fama del mundo. Poseía el amor de su nieta.

Esa declaración la conmovió.

Siguieron hablando del trabajo de Selma como diseñadora gráfica, de su nuevo contrato y de su inminente mudanza. Hasta se atrevió a contarle de su ex, de Gabriel. Era la primera vez que lo nombraba como «ex» sin que se le hiciera un nudo en el estómago.

El tiempo pasaba, Selma hablaba mucho y Nadir poco, pero la escuchaba con sobrado interés. Él solamente le había contado que sus padres habían muerto en un accidente, que él se había criado en el extranjero con su tío y que había regresado a la Argentina en busca de nuevos horizontes. Haber ido a vivir al barrio de Villa Devoto era totalmente fortuito. Un antiguo conocido de sus padres que mantenía correspondencia con su tío le había alquilado el apartamento donde se encontraba viviendo. Y actualmente trabajaba en una empresa de telecomunicaciones.

–¿Y no te llevás bien con la tecnología? Qué paradoja...

–Sabes lo que dicen. En casa de herrero cuchillo de palo. ¿Lo dije bien?

–Sí –rio Selma.

–Bueno, en realidad no se me dan los teléfonos celulares. Con otros temas soy un poco más tecnicado. Además, no le daría mucho uso. Hice pocos amigos desde que estoy aquí –. «Por no decir ninguno», pensó.

–¿Y qué hacés en tu tiempo libre? –le preguntó Selma mientras meditaba con tristeza acerca de la vida solitaria que llevaba.

–Leo. Leo mucho. Me encanta leer. Mi vecina, la señora Ofelia, me presta los libros de su hija. Tiene una biblioteca enorme.

Unos celos inexplicables se apoderaron de Selma.

–¿Su hija? ¿Y no hiciste amistad con ella? –preguntó con intención.

—¿Con la hija de la señora Ofelia? Oh, no. Ella vive con su esposo y sus hijitas en la provincia de Corrientes. La visitan a veces, pero nunca vi a la familia.

Una ola de tranquilidad apaciguó el ánimo de Selma. Pero, ¿por qué había sentido aquellos celos? Ni siquiera celaba a su hermano, y jamás los había sentido con Gabriel, que contaba con unas cuantas amistades del sexo opuesto.

Siguieron conversando hasta que se hizo noche cerrada. Selma se dio cuenta de la hora y le dijo que ya debía marcharse. Nadir se ofreció a acompañarla hasta su casa pero ella se negó. No quería que las vecinas chismosas de la cuadra la vieran con un hombre a poco de haber roto con Gabriel. El «qué dirán» calaba hondo en su anticuada familia. Por suerte pronto se mudaría y todo sería distinto.

Ella lo llamó al celular para que su número quedara registrado y caminaron juntos hasta la plaza. Allí se despidieron con un beso en la mejilla (una costumbre que Nadir no terminaba de comprender), y cada uno partió hacia su casa.

La de ella pronto se convertiría en la casa de sus padres. Caminaba y meditaba aquello mientras se tocaba la mejilla del beso, donde aún sentía pequeños golpecitos eléctricos.

Los siguientes días pasaron como una exhalación. Según lo había previsto, en cuanto estuvo acreditado el cheque realizó la transferencia bancaria por el valor acordado a la inmobiliaria.

A la tarde de ese mismo día pasó con su padre, quien salía como garante, a firmar los papeles del alquiler, y por fin le entregaron las llaves del departamento.

Como la vivienda era a estrenar, estaba impecable. No debía pintar paredes ni pasar horas desinfectado o quitando manchas de humedad. Se sentía una privilegiada.

Al día siguiente de haber recibido la llave, ya había mudado el *sommier*, el sofá y la mesa de su abuela que también guardaba en la casa de sus padres. Era sábado, y tenía muchas ganas de quedarse a dormir en su nueva casa. Pero no. Aguantaría hasta completar la mudanza el fin de semana siguiente. Además, todavía restaba hacer una buena limpieza general.

Desde su encuentro con Nadir tres días atrás, no había vuelto a saber de él. Un cosquilleo se le instalaba en la panza cuando evocaba su nombre. Debido a lo obsoleto del teléfono celular del muchacho, no tenía la posibilidad de verificar si estaba, o había estado, conectado, como solía hacer con Gabriel cuando discutían y no sabía nada de él. En esos casos la tecnología era muy útil.

¡Qué chico raro era Nadir! Con su teléfono de museo y sus pocas palabras... o era tímido o escondía algo. Más bien le parecía lo primero. Lo poco que sabía de él se lo había sacado con destapa corchos. Era huérfano, una situación de por sí traumática, más aun teniendo en cuenta que los padres habían muerto trágicamente. Y si bien había nacido en el extranjero, su infancia la había pasado aquí, pero luego terminó siendo criado por su tío nuevamente en el exterior. ¿Tendría algún significado para él la palabra hogar? Era de por sí un gran caso para el diván de un psicólogo. Así y todo, un brillo de ternura asomaba en esos perfectos ojos verdes, casi irreales, con pestañas y

cejas tan pobladas y oscuras.

¿Se atrevería ella a mandarle un mensaje de texto? ¿No quedaría como una desesperada? Realmente no lo estaba. Acababa de salir de una relación cuyo abrupto final la había devastado. Aunque si lo miraba en perspectiva, hasta sentía una especie de alivio. Tal vez Gabriel solo era la excusa que necesitaba para alejarse de la casa de sus padres, y al derribarse esa posibilidad, lo tomó con mucha frustración. Porque analizando su situación actual, realmente no sentía tristeza por no poder compartir ese momento con él. Incluso se estaba dando cuenta de que tampoco lo extrañaba. ¡No extrañaba a Gabriel! Ese descubrimiento la cargó de energía positiva. Pero seguía con la incógnita de si debía ser ella la primera en comunicarse con Nadir. Después de tantos años de noviazgo, había perdido el entrenamiento para relacionarse con otros hombres. Si estuviera su amiga Ingrid en Buenos Aires, qué bien le vendría una charla con ella. Ojalá regresara pronto de su largo viaje.

Ingrid era la mejor amiga de Selma. Y de momento podría decirse que la única. Se conocían desde el comienzo de la escuela secundaria, cuando las sentaron juntas el primer día de clase. Desde aquel momento fueron inseparables. Aunque de personalidades opuestas, ambas tenían similitud de pensamientos respecto a los temas más trascendentales. Juntas funcionaban como una balanza de la justicia, siempre una tratando de equilibrar a la otra.

Ingrid era de espíritu libre y corazón noble. Su familia era muy adinerada, cosa que ella minimizaba, a tal punto que su primer decisión como adulta fue estudiar en una universidad pública, a pesar de los reproches de su padre, que le hubiera solventado los gastos de la facultad más cara de Buenos Aires o del lugar que eligiera. Su desinterés por el dinero divertía a Selma, quien a veces la hostigaba para que hiciera algún gasto en sí misma.

En seguida de iniciar los estudios universitarios, se había ido a vivir sola, alquilando un diminuto mono-ambiente en el microcentro de la ciudad. Tanto lloró e imploró su madre, que finalmente terminó accediendo a que le comprasen un discreto apartamento en el barrio de Belgrano.

La otra concesión que le había hecho a la familia era sobre el viaje por Europa que estaba realizando. Se lo habían obsequiado por la finalización de sus estudios como Ingeniera Industrial. Selma no podía entender cómo había elegido esa carrera. Pero a Ingrid se le daban bien los números, los cálculos y todo lo que Selma consideraba difícil.

Luego de trabajar por unos años a medio tiempo en la empresa de su

padre, era hora de conseguir un empleo de verdad. Ya estaba recibida y debía tomar el toro por las astas. Pero primero haría el viaje, un último mimo de chica bien, que nobleza obliga, lo tenía más que merecido. Unos meses recorriendo Europa, principalmente el Este y el Sudeste, era lo que había señalado como alternativa a la propuesta que habían hecho sus padres sobre recorrer los países centrales y sus principales ciudades. Y como siempre se salía con la suya, los elegidos finalmente fueron Europa del Este y Europa del Sureste, orden en el que los recorrería.

* * *

Se encontraba recostada de espaldas sobre la gran cama sin sábanas, con los pies apoyados en el piso de madera y los brazos abiertos en cruz, cuando sonó el ¡tin! de su teléfono celular. Era el sonido de los mensajes de texto, que rara vez recibía dado que todo el mundo utilizaba otras aplicaciones para contactarse. Bueno, casi todo el mundo.

Se irguió en la cama y sacó el aparato del bolsillo de su pantalón de *jogging*. Miró la pantalla que indicaba «mensaje nuevo». Se le iluminó la cara al confirmar lo que había premeditado. ¿Quién más podría enviarle un mensaje de texto? Nadir le preguntaba si tenía planes para la noche. ¿Esperaría para contestarle? ¿Le daría alguna excusa tonta? Inmediatamente se dijo que no a ambos interrogantes. ¿Qué más daba? ¡Si en verdad quería verlo! Le respondió. Y al instante recibió una cara feliz de las que se escriben con el teclado^[1]. Así lucía la cara de Selma también, porque sonreía sola como una tonta, feliz.

(Nadir) «Hora? 21.00?».

(Selma) «Ok, nos vemos».

(Nadir) «Beso».

Le había puesto «beso». No «besos», que sería más bien genérico. «Beso» era íntimo. La diferencia entre poner o no la «s» al final era determinante. Para Selma «besos» o «saludos» significaban lo mismo. Pero «beso» en singular era otra cosa. ¿Se habría dado cuenta él de aquello, que era un beso exclusivo para ella? Ella lo hubiera hecho adrede, pero él... quién sabe.

Pensando en ello se dispuso a regresar a lo de sus padres (ya no era más su casa), y con un creciente estado de nervios.

E staba frente al espejo en la misma situación vivida unos días antes. ¿Qué ponerse? Era una tortura. Debería ir urgente de compras, esta vez para ella y no para la casa. Terminó decidiéndose por el vestido sencillo del día de la entrevista laboral. Lo más probable era que él ni se diera cuenta de que usaba el mismo atuendo de aquella vez; solo se habían visto unos instantes en el autobús. Aunque ella recordaba a la perfección la vestimenta de Nadir, suponía que, como todos los hombres que conocía, él no sería tan detallista.

Se dejaría el cabello suelto y se pondría unas sandalias altas. Siempre que lo viera debía usar zapatos altos. Era una conclusión a la que había llegado en la cita anterior. Su joven Adonis era muy alto en verdad.

Un nuevo ¡tin! en su teléfono la sorprendió.

(Nadir) «Dónde nos encontramos?».

En el mensaje dejaba implícito que no quería ir a buscarla a su casa. Otro ¡tin!

(Nadir) «O te paso a buscar?».

Lo juzgó mal. Ninguna vergüenza lo retenía para pasarla a buscar. Pero ella seguía con el temor al «qué dirán», así que le contestó.

(Selma) «Si te parece nos encontramos en el mismo lugar del otro día».

(Nadir) «Perfecto».

Esperaba no haberlo ofendido por no permitirle conocer dónde vivía. Se lo explicaría cuando se vieran.

A las nueve en punto llegaba al sitio del encuentro. Sus padres, al verla salir tan arreglada, cruzaron miradas pero nada dijeron. Solía salir así acicalada para verse con su amiga Ingrid, que ahora estaba de viaje, con lo cual esa opción quedaba descartada. Ni siquiera cuando se veía con Gabriel se arreglaba tanto. Aquí pasaba algo y ellos se lo estaban perdiendo.

Cuando llegó, él ya estaba allí. Esta vez con una camisa rosada, arremangada hasta los codos y que contrastaba con su bronceado. ¡Qué

atractivo era! Sonrió profundamente al verla. Esa sonrisa desarmaba a Selma.

–Podría haberte ido a buscar. Estás muy linda –iba a agregar algo más pero calló.

«Vos también», pensó, pero su respuesta fue otra.

–Gracias –dijo con un tono que a ella misma le sonó demasiado tímido.

–Tengo el auto estacionado ahí –y le señaló un coche gris a unos metros.

–Ah...

–¿Qué?

–No, nada. Es que me sorprendí. No sabía que tenías auto. Como te conocí en el 114...

–Si lo prefieres, vamos caminando a algún restaurante por aquí cerca.

–No, no. Está bien. Es solo que no me lo esperaba.

–Mira que todavía no he mordido a nadie...

Selma sonrió.

–¿Ya habías pensado dónde ir? Se me ocurre que como la noche está hermosa y trajiste el auto, podríamos ir a un lugar cerca del río. A San Isidro por ejemplo –le dijo ella de repente entusiasmada.

–Si me guías no hay ningún problema. No suelo salir mucho así que hay zonas que aún no conozco.

–Tengo GPS en mi teléfono. Podrías tenerlo si cambiaras el tuyo por uno un poquito más moderno –le respondió burlona.

–No hace falta, te tengo a ti para que hagas las veces de copiloto –y le dio un pequeño empujoncito.

Era un coche pequeño, de dos puertas. Selma era muy mala conocedora de las marcas de automóviles, por lo que no supo distinguir de cuál se trataba, y para no parecer una persona interesada por las apariencias, no preguntó. Ella manejaba desde los dieciocho años de edad, pero nunca había tenido vehículo propio. Usaba el de su madre cuando lo necesitaba. Y su madre usaba el del padre, ya que Rafael se trasladaba a la oficina en transporte público porque ir al centro de la ciudad en automóvil era una misión imposible.

Subieron, y un aroma a limón los invadió. Selma notó que había un aromatizador recién colocado. Pensó entonces que tal vez sí era detallista. Observaría que no se tratara de un obsesivo con ciertas cosas, algo que a ella le caería muy mal porque le recordaría a Gabriel. Esperaba que solo fuera un

detalle para con ella.

Pasaron una velada más que agradable. Selma volvía a tener una cita después de mucho tiempo. En realidad su «cita» siempre había sido Gabriel. Sí, definitivamente era mucho tiempo.

El lugar había ayudado bastante y dio un marco propicio para pasarla bien. Cenaron en una terraza con vista al río. La noche estaba clara, con luna en cuarto creciente.

Como en la ocasión anterior, quien más habló fue Selma. Contó sobre su carrera, y de cuánto le gustaba lo que hacía. Habló de su familia, y de su futuro sobrino al que temía no poder conocer debido a la mudanza de su hermano a la provincia de Mendoza.

Nadir la miraba con embeleso. Le encantaba observar la boca de Selma al hablar y cómo sus labios se entreabrían al modular. Cada tanto ella se mordía el labio inferior. Se dio cuenta de que lo hacía cuando hablaba sobre un tema que la preocupaba o la ponía nerviosa. Al contar algo divertido, sonreía, y se le formaban unos hoyuelos en las mejillas que la hacían parecer más pequeña. Movía las manos si quería enfatizar su relato. Era muy expresiva.

En un momento de silencio, Nadir se animó a decirle lo que había pensado apenas la vio.

–Ese atuendo te sienta muy bien. Aquel día cuando bajaste del... ¿colectivo le dicen? –Selma asintió– seguí mirándote hasta que te perdí de vista. Tenías puesto este mismo vestido.

–Qué vergüenza, pensé que no lo notarías –dijo completamente sonrojada y confirmando su perfil detallista.

–¿Vergüenza? No entiendo. Si una prenda te sienta estupendamente, ¿por qué no usarla?

–Nunca entenderías los motivos. Algunas mujeres podemos tener comportamientos algo... complicados.

Nadir la miró pero no siguió indagando. Sabía que si lo hacía se metería en terreno desconocido.

–Deberías adoptarlo como tu atuendo de buena suerte. Con él conseguiste el contrato de trabajo y podrás mudarte como deseabas.

–¡Sí! Todavía no lo creo. Dentro de una semana a esta hora voy a estar cenando en mi propia casa.

–¿Sola? –acotó con intención.

–Quizás pueda tener algún invitado –respondió juguetona.

–Podría ayudarte con la mudanza... si te parece.

–Me vendría muy bien. No quería pedirle a mis papás. Además mi papá ya colaboró llevándome los muebles.

–Hecho. Pero si ya tienes los muebles, ¿qué es lo que te falta?

–Tengo que llevar las cajas con mis cosas y toda mi ropa. Ah, y unas lámparas que hay que colocar.

–Parece sencillo.

–No te creas. Nunca subestimes la cantidad de artículos que pueda tener una mujer.

–Demasiada información femenina por el día de hoy.

–Bueno, cambiemos de tema. ¿Hace mucho que no estás de novio?

Nadir la miró profundamente. ¿Cuántas cosas se guardaría para sí? ¿Hasta dónde le contaría?

–Tuve una novia de chico, cuando iba a la escuela secundaria. Era amiga de... de la familia –se detuvo a tiempo–. Por eso mi tío me permitía verla. Él era algo estricto. Me decía que debía dedicarle todo el tiempo a estudiar y a prepararme –no le dijo a Selma para qué debía prepararse–. Y que las chicas podían esperar.

–Así y todo te las ingeniabas para estar con ella.

–Nos llevábamos bien. Pero luego tuvo que marcharse lejos junto a sus padres y no nos volvimos a ver.

–Qué triste.

–No tuve tiempo de reaccionar. Unos días después ingresé en el servicio militar obligatorio y eso me ayudó a olvidarla pronto. En aquel momento duraba dos años, así que salí a los veinte.

–¿Servicio militar obligatorio? ¿Todavía existe? ¿Dónde?

–En Siria. Allí fui a vivir cuando mis padres murieron. Es el hogar de mi tío. En aquel momento era un país desconocido para mí, pues cuando tenía apenas un año de edad mis padres vinieron a la Argentina. Pero desde siempre me habían hablado en árabe, y me ayudaban a estudiarlo, por lo que eso no fue un mayor problema para mí.

–Oh...

Nadir se arrepintió inmediatamente de haberle contado aquello. Ya había

mentido al decir que su novia Sasha se había marchado lejos, cuando en realidad murió en un atentado, al igual que sus padres años antes. ¿Por qué tuvo que mencionarle que vivía en Siria? Hasta aquel momento se había cuidado de mencionarlo, lo evadía o hablaba del extranjero sin pormenorizar. Nadie debía saberlo. Nadie. Para distraer la conversación, se apresuró a agregar lo que continuaba en la línea de tiempo, evitando por supuesto los temas que tenía prohibido mencionar.

–Pero el entrenamiento militar se pasó más rápido de lo que esperaba. Luego pude hacer mi carrera universitaria, y ahora aquí me ves.

–¿De qué te recibiste? ¿Cuántos años tenés?

–De Ingeniero en Telecomunicaciones, veintiocho años de edad, puedo dejarle mi *curriculum* si lo desea.

–No me incordies –dijo Selma notando cierto fastidio en el tono jocoso de su respuesta–. Por otra parte, tu acento es raro, pero definitivamente no lo noto árabe. Hablás como en una película doblada –dijo divertida–. Espero que no te ofendas por eso que dije.

–No te preocupes. Para alguien que habla árabe es muy difícil esconder su entonación. Pero como yo soy un raro espécimen, también mi árabe suena raro allá. ¿Hablo mal el castellano? ¿En algún momento te pareció escuchar algo que no corresponde? Noto que aquí dicen los verbos de manera diferente.

–Hablás bien. Como muy correcto y eso es lo raro. Pero pasa con cualquiera que no es de acá. Nosotros somos el caso perdido para la Real Academia Española –contestó risueña.

Nadir ya comenzaba a sentirse incómodo. Quería dejar de hablar de sí mismo.

–Entonces, retomando, después de tu novia de la secundaria ¿no tuviste otra?

–Solo amigas. Nada de importancia.

–A veces me hubiera gustado eso para mí.

–¿No eras feliz con tu novio?

–Feliz... feliz... ¿quién sabe lo que significa ser feliz? Sinceramente ahora mismo no estoy segura de si alguna vez fui feliz con mi ex. Le di mis mejores años ¿para qué? Fui una tonta.

–Hiciste lo que sentías en ese momento.

–Es posible... –Selma se quedó mirando las estrellas, pensativa.

Nadir había logrado que dejaran de hablar de él, pero en cambio, había sumido a Selma en un estado melancólico.

–¿Por qué no vamos a dar una vuelta con el auto?

–Me parece bien.

Aunque Selma insistió en que pagaran a medias, Nadir no lo permitió.

Había refrescado y ella agradeció ingresar al coche. Nadir encaró el regreso por Avenida Libertador. Llegaron a la costanera, y aminoró la marcha. La inmensidad del Río de la Plata iluminado por la luz de la luna era un paisaje abrumador.

–Qué lindo es. Nunca me voy a cansar de mirar esta postal.

–Es muy hermoso, realmente –agregó Selma.

A él le hubiera gustado estacionar, pero estaba repleto de automóviles. Pensó que podrían seguir con el auto un poco más hasta Puerto Madero, pero no quería propasarse. ¿Tendría ganas de seguir con el paseo? ¿O ya querría regresar? La notaba distendida, observándolo todo.

¿Qué le estaba sucediendo? ¿Por qué se hacía tantas preguntas? Si siempre había sido resuelto, confiado de sí mismo.

–¿Estás cansada? Porque tenía ganas de andar un poco más.

–Sí. Me encanta pasear en coche –le dijo disipando así todas sus dudas.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Nadir. Se daba cuenta de que disfrutaba mucho de la compañía de Selma, y quería hacer cualquier cosa para no regresar. Además, tenía muchas ganas de besarla, pero no tenía idea cómo lograría su cometido. ¿Qué sabor tendrían sus besos? ¿Sería apasionada? Con cualquier otra mujer ya estaría en un cuarto de hotel. Pero ella era diferente. Desde la desaparición de Sasha diez años atrás, solo conocía mujeres para liberar sus tensiones sexuales. Nunca le duraban más de dos o tres citas. Y terminaba la relación, siempre en buenos términos, pero antes de que se convirtiera en algo que no deseaba. De ninguna había querido saber sobre su vida, sus gustos o sus pensamientos, como tampoco le apetecía que supieran de él. En cambio, había descubierto que con Selma no le molestaba en absoluto su curiosidad. Solo se cuidaba por precaución. Aunque había notado que era muy cauta al preguntarle. Si veía que él no quería conversar sobre algo, ella misma era quien cambiaba de tema. Eso lo tranquilizaba. Además, Selma no tenía problemas en hablar de sus cosas. Era un libro abierto. Admiraba su sinceridad, y sobre todo, su espontaneidad.

¿Por qué insistía en pasar un rato más con ella? Era peligroso. No podía dejar que la confianza fluyera entre ambos, pero tampoco la quería como mujer de una noche. Eso estaba claro. ¿Qué haría entonces?

Recorrían las calles de Puerto Madero, todas con nombre de mujer, y Selma le iba refiriendo datos de cada una de ellas.

–Alicia Moreau de Justo es mi favorita. ¿Sabías que a los noventa años de edad fue una de las fundadoras de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos? Y una luchadora incansable por la igualdad de derechos de la mujer... Sin dudas esta mujer fue un genio total. ¡Y vivió cien años!

–¡Cuánto sabes! Estoy asombrado. De toda la gente que pasa a diario por estas calles, casi nadie debe saber ni siquiera quiénes fueron estas mujeres.

–En realidad se lo debo a una profesora de historia del colegio. Ella fue quien nos hizo investigar sobre el tema.

–Pero te acuerdas de ello. Eso es muy valorable. Yo recuerdo poco y nada de lo que aprendí en la escuela secundaria.

–Me había súper enganchado con la investigación –comentó pensativa.

–Por lo menos ahora estoy precavido y voy a cuidarme de decir bromas... ¿*machistas* es la palabra?

–Sí, y más te vale que nunca las hagas –contestó con cara de reproche.

Nadir se la hubiera comido a besos ahí mismo, mientras hacía su muequita mordiéndose el labio inferior. Lanzó una carcajada, y afirmó:

–Soy un profundo admirador de las mujeres. Me doy cuenta de que cargan con el doble de esfuerzo para todo. La sociedad es muy injusta.

–Ya lo creo.

–Sin ir más lejos. Llevar un hijo adentro y seguir haciendo todo lo que hacían antes de ello, para mí es increíble. Y admirable. La fuerza física y mental de una madre es increíble.

Selma sonrió satisfecha. Le gustaba mucho ese chico. Mucho.

Después de andar casi una hora recorriendo las calles de Buenos Aires, ahora sí ya era tiempo de regresar.

–La pasé genial. El tiempo se me pasa volando a tu lado –dijo Nadir con absoluta sinceridad.

–Yo también la pasé muy bien –contestó Selma, y al hacerlo, le rozó apenas el dorso de la mano que descansaba en la palanca de cambios del auto.

Eso le produjo un escalofrío placentero a Nadir, pero se contuvo de hacer o decir algo. El ambiente de ese vehículo estaba cargado de energía, miles de millones de protones contenidos en la cabeza de un alfiler, a punto de esparcirse en todas direcciones.

Unos minutos más tarde estacionaba en la puerta de la casa de Selma, que le había dado las indicaciones para llegar. Los escrúpulos hacia el «qué dirán» de sus vecinos se habían esfumado completamente.

–¿Te ayudo con la mudanza entonces?

–Sí, es un hecho. El fin de semana que viene me mudo. Así que si no tenés nada que hacer el sábado...

–¿A qué hora vengo?

–¿A las ocho está bien? ¿O es muy temprano? Sino cuando vos me...

–A las ocho estaré aquí, igual hablamos antes ¿no? –la interrumpió.

–Sí, y gracias –contestó mirándolo a los ojos.

Era inevitable. La tenía que besar ya mismo. No aguantaba más las ganas. Mandó toda su caballerosidad al demonio y le tomó el rostro con ambas manos. Ella lo miraba expectante.

«Bien, no reaccionó mal, ni se paralizó, tampoco corrió la cara, es ahora o nunca», pensó Nadir mientras se debatía entre romperle la boca de un beso como deseaba, o acercarse suavemente. Optó por lo segundo. Rozó sus labios con los de Selma. Un mínimo contacto. Un leve movimiento que resultó sublime, y que le produjo una explosión interna de deseo.

Selma dejó de respirar por un breve instante, nerviosa por la situación. Acercó su cuerpo y elevó las manos para posarlas en el pecho de él. Las bocas se abrieron y las lenguas se tocaron. Un quejido casi imperceptible salió de su garganta, e hizo enloquecer a Nadir.

Profundizaron el beso a tal punto que la pasión se precipitó sobre sus cuerpos. ¿Cómo abandonar aquello? El fervor con el que se abrazaban y se besaban los sometería a una prueba suprema de fortaleza de espíritu para lograr despegarse.

Luego de varios minutos de extrema intensidad, Selma se separó. Justo a tiempo para evitar el desmadre. Tenía un hombro del vestido caído, la falda casi por la cintura y sus cabellos revueltos. Nadir tenía la camisa

completamente arrugada.

–No quiero que sigamos. Yo no...

–Shhhh... Eso fue increíble. Si te parece podemos...

–No. No quiero ir a ninguna parte, si eso es lo que ibas a decir. Perdoname. Es que, no sé...

–Tranquila. Está todo bien. No tengo que perdonar nada. Iba a decir que podemos dejarlo así. Y que no puedo creer lo que acaba de pasarnos, apenas nos conocemos. Yo nunca había sentido tanto con un beso.

–No me molesta que apenas nos conozcamos. No soy una antigua –dijo Selma riendo–. Es que no sé si estoy preparada mentalmente para esto. Tal vez creas que soy tonta, pero no sé bien cómo comportarme con otro hombre. Quiero decir, que mi ex fue mi primer amor, y también el único. No pretendo que te enojés.

–No tienes que comportarte de ninguna manera. Solo haz lo que sientas. Si ahora deseas dejarlo así, está bien para mí. Respeto eso. Quiero que estés tranquila conmigo. Y jamás podría enojarme con algo así.

Le besó ambas manos. Y luego la nariz.

Selma tenía las mejillas enrojadas, un poco por la vergüenza y otro poco porque aún le duraba el calor intenso que había experimentado un instante atrás. A Nadir le pareció un cuadro adorable.

–Me voy –se despidió Selma.

–Sí. Hablamos –le respondió Nadir cariñosamente.

Ella bajó del auto. Con una seña le había impedido que él bajara. Se dio vuelta antes de ingresar a la casa para verlo una vez más.

Él suspiró. Todavía estaba inquieto por las sensaciones vividas minutos atrás. Arrancó el auto y partió rumbo a su departamento alquilado.

Iba meditando lo sucedido, algo casi irreal. Su vasta experiencia con las mujeres nunca lo había dejado en ese estado. Pero la situación se estaba volviendo bastante inconveniente. En el fondo sabía que no debía avanzar. Si pensaba en frío tenía en claro que todo debía haber concluido esa noche. Pero no podía hacer eso. No podía desde el mismo momento en que echó intencionalmente su teléfono celular en el bolso de la chica del autobús, cuando ni siquiera sabía su nombre y a riesgo de perderlo. No. No quería perderla a ella. Y tenía claro a qué se exponía con todo aquello. Si era cuidadoso... ¿Pero qué estaba diciendo? Sabía perfectamente que estaba

jugando con fuego. Y también sabía que esa noche no lograría pegar un ojo.

Los días siguientes fueron convulsionados para ambos.

Selma planificaba su mudanza y combinaba sus horarios con el nuevo trabajo, las clases de gimnasia y el curso a distancia que había comenzado a tomar. Sabía que no era un buen momento para esto último, pero había sido algo que quería hacer hacía tiempo y que su presupuesto no se lo permitía. Las clases virtuales comenzaban esa semana y estaba dispuesta a no perderse.

Por su parte Nadir, algo nervioso por las implicancias de Selma en su intrincada vida, intentaba concentrarse en su objetivo principal, razón por el cual se hallaba viviendo en Buenos Aires.

Conectaba cables, revisaba *microchips*, atornillaba aparatos y miraba su computadora. Trataba de mantenerse atento a las señales que el sistema podía transmitir de un momento otro. Primero recibiría la confirmación del «secreto compartido»^[2], para luego establecer la comunicación y recibir el mensaje encriptado que luego debería decodificar.

Él, un simple ingeniero inmerso en ese mundo tan extraño, tan ajeno. A veces deseaba olvidarse de quién era, de sus orígenes, de todo lo sucedido en su vida. Pero no podía. Se lo debía a ella. Todo lo que podía pasar o lo que podría sucederle tenía un solo sentido, encontrarla. Se lo había prometido a sí mismo en el preciso instante en que se enteró de que se había escapado. Ella, tan vulnerable, tan frágil, huyendo vaya a saber hacia dónde. Meses de incertidumbre, hasta que apareció una pista. La única creíble que indicaba que había llegado a Grecia como una refugiada siria más, entre cientos. Pero allí todo se difuminaba. Esa misma pista que los había encaminado hasta el Peloponeso, provenía de alguien con conexiones en la Argentina. Y por eso había viajado él, guiado solo por el instinto.

En Buenos Aires pudo encontrar a un par de personajes. Ambos estaban relacionados con el mismo hombre, un amigo de su padre muerto. Pero sus dichos se contradecían. Tenían versiones disímiles respecto al paradero de este sujeto, y se transformaba en un nuevo gran enigma. Le gustaría creer en la versión del primero, el cual dijo que Nizar Al-Abbar (ese era el nombre del

antiguo amigo de su padre) había viajado a Brasil para encontrarse con alguien, aunque no supo decirle con quién. ¿Podría tratarse de ella? Había alguna posibilidad. El segundo había sido más preciso, pero por la misma razón desconfiaba de su veracidad, porque le había asegurado que Al-Abbar se hallaba en el sur de Italia visitando a unos parientes. Incluso le mencionó la ciudad de Salerno y a un tal Samir.

¿Quién decía la verdad? ¿A cuál de los hombres había confiado su destino Nizar Al-Abbar? En aquel entorno era común que se crearan intrigas y falsos indicios. ¿Y si nada de aquello tenía sentido? Cabía la posibilidad de que Fátima, su adorada Fátima, no hubiera tratado con Nizar al llegar a Grecia. Después de todo, ¿cómo sabía ella de este Nizar? No recordaba que lo hubieran mencionado nunca.

Se estaba volviendo loco. El tiempo pasaba, y su tío se comunicaba esporádicamente mientras hacía sus propias averiguaciones. Por fin esa tarde recibiría un nuevo reporte encriptado. Ya estaba familiarizado con el código que utilizaban. Cada tanto lo cambiaban para evitar que alguien descubriera el patrón. Justamente cuando él se acostumbraba a descifrar los mensajes con rapidez, era cuando decidían que había que sustituirlo.

Y en medio de toda esta marisma, aparecía la imagen de Selma. Hermosa. Perfecta. Se quedaba pasmado con su figura esbelta, su sonrisa simple, su mirada inquieta. La deseaba. Lo supo desde el primer momento. Solo que después de conocerla, de oírla hablar sobre su vida, su mundo, sus ilusiones, no solo la deseaba de ese modo primitivo que despertaba sus instintos, sino que deseaba agasajarla, complacerla, y hasta protegerla. Porque Selma era un ser inocente que iba por la vida sin conocer de conspiraciones, perversidades y atrocidades como él las había visto. Sin reflexionar acerca de que no todas las personas en el mundo son buenas. Sin saber que existen seres tenebrosos que serían capaces de hacerle daño, como habían intentado hacerlo con Fátima.

Pero no podía adentrarla en ese mundo oculto, triste, lleno de miserias. Solo deseaba que fuera feliz. Aún no comprendía ese sentimiento profundo que había brotado en él como la flor del limonero. Repentino y avasallador. Era una sensación ajena a su propia vida. Pero que por momentos lo regocijaba como nunca nada lo había hecho. Se sentía inquieto y desconcertado. Quería hablar con ella, oír su voz, imaginarla sonriendo al decirle alguna tontería. Pero por alguna razón no se animaba, se autocensuraba. Habían pasado tres

días desde que habían salido. ¿Y por qué ella no lo había llamado? ¿Estaría arrepentida de haber aceptado su ayuda con la mudanza? Volvía a sentir esa extraña contrariedad que lo atacaba de pronto al pensar en ella. ¿Qué le sucedía? Un minuto antes estaba eufórico por ella, y ahora se sumía en un estado de melancolía incomprensible.

Podría ser todo mucho más simple. Se veían. Se acostaban. Se despedían. Así solía ser para él su relación con las mujeres. Sin compromisos. Sin promesas. Y ellas no se sentían ofendidas. Eran vínculos superfluos, sin complicación para ninguna de las dos partes. ¿Por qué con Selma no podía ser igual? Simple y llanamente porque ella no era igual a las otras. Selma era especial. Por eso cuando lo miraba él creía que se había ganado la lotería y sentía esa cosa rara en el estómago. Por eso también había respetado su comportamiento quinceañero del fin de semana, cuando después de semejante influjo de sensaciones pretendió dejarlo todo ahí, sumiéndolo en tal estado que luego, en su casa, debió liberar en solitario. Algo así no le sucedía desde la adolescencia. Pero sonrió al recordarla alborotada y con las mejillas encendidas. Esa era otra de las cosas que solo le provocaba Selma, hacerlo sonreír al recordarla. Y toda aquella sensibilidad lo confundía. Y lo preocupaba también.

* * *

Ya había esperado suficiente. Si él no la llamaba lo haría ella. ¿Estaría ofendido por lo ocurrido la otra noche? Había sido una tonta, lo sabía bien. Era una mujer adulta y se había comportado como una jovencita. Nadir estaría riéndose de ella en este momento. Y seguramente ya no quisiera verla. Aunque aún le quedaba la excusa de la mudanza para hablar con él, no tenía nada que perder. Y había algo más. Repasando una y otra vez aquel asunto del teléfono celular, cavilaba que quizás no hubiera sido todo por casualidad. Un par de frases de Nadir respecto del incidente no le cuadraban, y estaba empezando a creer que lo había hecho adrede. Pero ni muerta se atrevería a preguntárselo. En todo caso, esperaría una confesión de su parte.

Se decidió a llamarlo. Esta vez sería ella la que tomaba la iniciativa. Marcó su número y no tuvo que esperar porque respondió enseguida.

–Hola –contestó Nadir con voz expectante, pues sabía que era ella.

–Hola Nadir, ¿cómo estás?

–Ahora que te escucho, mejor. Creía que no querías verme más –se lo dijo, sin importarle quedar como un necesitado.

–¡Qué tonto! Yo pensaba que vos no querrías volver a verme, el otro día me porté como una tonta.

–No digas eso. Estoy feliz de que me hayas llamado. Si no lo hice yo fue porque no quería presionarte. ¿Te parece si vamos a tomar un café?

–¿Eh? ¿Ahora? Es que...

–Me muero de ganas de verte.

Selma también moría por verlo, por qué negarlo. Pero no se lo diría.

–Bueno, está bien. ¿En una hora en el café de enfrente de la plaza? – propuso ella.

–¿Cuál? Hay dos.

–El de la esquina.

–Ambos están en una esquina –respondió jocoso.

–¡Ufa! El de la esquina cerca de la heladería.

–Ahora sí –siguió irónico.

–Nos vemos en un rato –le contestó haciendo caso omiso a su tono burlón.

El corazón de Selma palpitaba como desbocado. Ese chico la estaba volviendo loca. Necesitaba hablar con su amiga Ingrid. ¿Por qué estaba de viaje justo ahora? Encima en un viaje que no terminaba nunca. Pero no debía ser egoísta. Ingrid se merecía aquello. Había terminado la facultad con el mejor promedio y ese era su premio al esfuerzo. Su último mail había sido desde un pueblito de Rusia, hacía más de un mes. Estaba feliz. Y ella actuaba egocéntricamente al querer tenerla junto a ella solo por este asunto de Nadir. Se las tenía que arreglar sola. «Ingrid, amiga, mandame tus ondas de serenidad, las necesito», recitaba Selma tratando de calmar su ansiedad.

Se duchó rápido. Se vistió de manera sencilla y sin pensar demasiado porque de lo contrario llegaría tarde. Jean y camiseta sin mangas color bermellón. Se miró al espejo. El rojo era el símbolo de la pasión. No iría vestida con ese color. Se quitó la prenda y se puso una blusa azul claro que dejaba sus hombros sutilmente descubiertos. Peinó su larga y lacia cabellera que aún permanecía mojada por el baño reciente. Colocó dos clips a los lados para despejar el rostro, se puso un poco de brillo en los labios y apenas se arqueó las pestañas con rímel. Un poco de perfume y estaba lista.

Tomó su bolso y miró el reloj. Faltaban diez minutos para las ocho. Justo lo que le tomaría caminar hasta el café. Al bajar la escalera de su casa, se topó con su padre.

–Mmmm... pero qué perfumada. ¿A dónde va mi princesa?

–Papá... –rezongó Selma.

–¿Qué? ¿No puedo decirle un piropo a la hija más linda que un padre pueda tener?

–Sí, sí podés –le respondió y le dio un beso sonoro en la mejilla.

–Tengo que aprovechar los últimos momentos de mi hijita en la casa, ahora que está a punto de volar del nido y abandonarnos.

–Ya hablamos de esto –contestó con cierto cansancio, pero al ver que su padre sonreía también sonrió.

–Es que no me resigno, toda ocasión es propicia para ver si cambiás de parecer –le dijo guiñando un ojo.

Selma lo abrazó y salió de la casa. Mientras caminaba rumbo al encuentro trataba de imaginar a Nadir esperándola. Su hermoso cuerpo esbelto, su piel bronceada, su pelo corto y algo desprolijo, sus ojos verdes como dos esmeraldas brillando en la oscuridad. Y esa sonrisa de dientes perfectos que la desarmaba. Los de ella no eran del todo parejos y se arrepentía por primera vez en su vida de haber abandonado el tratamiento de ortodoncia antes de tiempo.

Llegó al lugar de la cita, pero Nadir aún no estaba allí. Entró y se sentó en una mesa a esperarlo. Pidió una botella de agua mineral, y aguardó.

Pasaron quince, veinte, treinta minutos. Algo había pasado, pero no estaba segura de querer averiguarlo y decidió no llamarlo. Pidió la cuenta, dejó el dinero sobre la mesa y salió.

La noche era estupenda. Una brisa soplaba apenas, moviendo las copas de los árboles. Era mitad de semana, pero como siempre sucedía cuando comenzaban los días cálidos, la plaza estaba repleta. Gente que trotaba, caminaba, se ejercitaba. Personas con sus perros, madres empujando carritos de bebé, parejas en los bancos conversando, abrazándose o besándose. Besos. ¡Cuántas ganas tenía de volver a ser besada por Nadir! Las sensaciones vividas el fin de semana la acompañaron hasta ese día. Las fue recreando, tratando de entender esa emoción rara que no creía haber sentido con Gabriel, aunque siempre supuso tener buena química con él.

Caminaba lentamente, mirando cada tanto hacia atrás para ver si lo veía aparecer. Se detuvo a acariciar un perrito regordete, que agitaba la cola contento mientras su dueña conversaba con otra mujer. El pequeño le lamía el brazo y saltaba y giraba, y volvía a lamerla. Selma reía divertida, cuando unos pies masculinos con zapatillas azules se pararon junto a ella. Los conocía, sabía a quién le pertenecían, y el corazón le dio un vuelco.

Todavía no había levantado la cabeza cuando oyó un «perdón» con esa voz tan masculina y bella. Nadir le tomó la mano y la hizo levantar.

–No, el perrito me chupó –dijo tratando de quitarla.

–No me molesta –contestó él sonriendo.

En ese instante las mujeres se despedían y el perrito tironeó de la correa hacia Selma.

–Parece que no te quiere dejar. No es ningún tonto.

Esa pequeña lisonja sirvió para aflojar el enojo que sentía Selma por el desplante en el café. Lo miró, escrutándolo, esperando una respuesta a una pregunta que no había formulado.

–Lo siento tanto... –no sabía lo que iba a decir.

No quería mentirle, odiaba hacerlo, pero ¿cómo explicar lo inexplicable? No podía decirle que por fin había recibido el mensaje que esperaba hace días. Un mensaje complejo, que aportaba datos pero que aún era confuso. ¿Cómo contarle de su verdadera misión en el país? ¿Cómo decirle que su situación allí era temporal? ¿Cómo hablarle de Fátima? Ella tenía su misma edad, y vidas tan distintas...

–Un problema en el trabajo. Me tomaron por sorpresa cuando iba saliendo, luego de hablar contigo. Tuve que regresar al centro de datos a resolver algo. Por suerte fue bastante rápido, pero en aquel lugar no hay señal de celular por eso no pude avisarte. Apenas terminé vine volando, ni llegué a pasar por casa para cambiarme.

Qué horrible mentira. En su vida cotidiana lidiaba a diario con ella. Su vida toda era una mentira, un disfraz. Pero odiaba engañar a Selma.

–Podrías haberme llamado al salir –le reprochó ella con cara seria.

–Es que creía que llegaría a tiempo. Y me concentré en el camino tratando de no atropellar a nadie. Dejé el auto en aquella esquina, y te atrapé justo cuando estabas por abandonarme.

Selma lo miró contrariada. Quería creerle. Estaba feliz de verlo por fin,

aunque su espíritu dolido de mujer no la dejaba disfrutar.

–Jamás podría dejarte plantada, te lo juro. No soy esa clase de persona – podía hacer cosas peores, pero no a ella.

Selma seguía observándolo seria, aunque ya se iban apagando los sentimientos de enojo.

Sin pensarlo más, Nadir la estrujó entre sus brazos poderosos y le besó la sien.

–Lo lamento tanto. De verdad. Déjame compensarlo. Dime dónde te gustaría estar en este momento, e iremos –le decía sin soltarla ni alejar sus labios de su piel.

–En una isla paradisíaca...

Nadir rio con ganas, aún manteniéndola entre sus brazos.

–Eres terrible. ¿Vamos a comer? Ya es tarde para un café.

–Piquemos algo. No tengo mucha hambre –contestó, ya totalmente disipado su enojo después de ese abrazo que, aunque él no lo supiera (era muy buena disimulando), la había desarmado por completo.

Caminaron un par de calles hasta un barcito con mesas en la vereda. La noche estaba espléndida así que se sentaron afuera. Pidieron dos cervezas, y algo para picar.

Así, conversando al aire libre, el tiempo se les pasó volando.

Ya sola en su casa, recostada en la cama sin desvestirse, repasaba lo sucedido en la cita. Analizaba detalles de sus gestos, del movimiento de sus manos. Cuando pensaba en su mirada seductora el corazón le latía fuerte. ¿Sabría él que era tan bonito? No parecía del tipo que sabe de su porte y lo presume, todo lo contrario, lo veía humilde y despreocupado de su apariencia.

El beso de despedida en la puerta de su casa fue atronador. ¿Cómo alguien podía besar así? Había quedado atontada. Si en ese momento Nadir hubiera repetido la pregunta de dónde le gustaría estar en ese momento, ella hubiera respondido «acá, con vos dándome mil besos como este», aunque en realidad lo que pensaba era «en la cama entregada completamente». Su osadía la sorprendió. No. Nunca se habría atrevido a decirle lo de los besos, mucho menos lo segundo que era lo que había pensado mientras se besaban.

Sentía un fuego esparcirse por todo su cuerpo. No sabía cuánto más podría esperar para sentir sus manos acariciándola y experimentar el peso de su cuerpo sobre el suyo. Lo notaba muy cauto luego de que ella lo frenara días

atrás. Y le gustaba ese respeto. Pero su deseo era tan fuerte que ya no le parecía que frenarlo siguiera formando parte de sus planes. Porque ya no pretendía que se detuviera. Ansiaba que siguiera hasta el final.

* * *

Esa chica empezaba a ser un gran problema. Y él estaba metido en el problema hasta el cuello. No podía dejar de pensarla. Recordaba cómo lo miró enojada, con esa carita perfecta de ceño fruncido. No había resistido la tentación de abrazarla. ¡Cómo desearía poder ser libre para amarla! Ese sentimiento había explotado en su interior sin miramientos. Pero debía frenarlo, debía controlarlo. Se lo debía a Fátima. Su deber estaba ahora con ella y su vida podía estar dependiendo de sus próximos pasos. Tenía que ser cauto. El mensaje descifrado ya no le dejaba lugar a dudas. Pronto debería viajar, pero no sin antes planificar sus pasos a la perfección. Nada debía quedar librado al azar.

Solo había algo que quedaría con un signo de pregunta: Selma.

Llegar al sábado sin verlo había sido una tortura. ¿Podía estar tan prendada de alguien que apenas conocía? Era un sentimiento nuevo para ella. A Gabriel lo había conocido de chica. Habían sido amigos durante mucho tiempo antes de convertirse en pareja. Las cosas se habían dado naturalmente entre ellos. Al crecer comenzaron a explorar nuevas sensaciones y casi sin querer se pusieron de novios. Y así pasó el tiempo hasta la adultez. Sin sobresaltos, sin mariposas en la panza. Ella había creído que así sería siempre. Por eso lo que le pasaba con Nadir era novedoso. Algo que por momentos la atemorizaba y por momentos se convertía en euforia. Esa ambigüedad la tenía desconcertada y se sentía abrumada.

Las imágenes de Nadir la asaltaban constantemente. Al despertarse era lo primero que su mente traía. Sus inmensos ojos verdes atravesándola con vehemencia. Mientras realizaba cualquiera de sus quehaceres cotidianos, venían a ella sus dulces gestos y su caballerosidad. Cuando se duchaba lo deseaba con ella, recordaba sus fuertes brazos abrazándola y un latido inconsciente brotaba entre sus piernas. Entonces comenzaba a cantar o a lavarse el cabello con energía para tratar de distraerse. A veces se desconocía. No era ella misma. Hasta sus padres habían notado un cambio, pero lo asociaron a la conjunción del nuevo trabajo y la inminente mudanza.

De todos modos ella sospechaba que su madre la había visto besarse con Nadir en la puerta de su casa. Cuando entró esa noche con las mejillas arreboladas, Ana Clara, que se hallaba en la cocina, le preguntó si hacía calor afuera. ¿Habría sido una pregunta con doble sentido? Creía que sí. Luego de que no respondiera, su madre sonrió divertida. Si su mamá lo sabía, también su papá. Esos dos eran como uno solo.

Selma temía a la opinión de su padre. Rafael era muy sobreprotector y desde que su hermano Ramiro había volado del nido, se había vuelto mucho peor. Luego de la separación, lo había escuchado decir que quería matar a Gabriel por hacerla sufrir de esa manera. Obviamente hablaba en sentido figurado. Pero él que siempre lo defendía, se había vuelto colérico contra su

persona.

Como fuera, era muy pronto para pensar en aquello. Primero ella debía conocer bien a Nadir antes de que sus padres pretendieran inmiscuirse. Pero sus sentimientos iban a cientos de kilómetros por hora, y deseaba fervientemente que los de Nadir también.

Se vestía con rapidez. Nadir llegaría de un momento a otro. La ayudaría a trasladar con el auto las cajas y los bolsos repletos de ropa. Por la cantidad de bultos, suponía que deberían hacer al menos dos viajes. Por suerte sus padres todavía dormían y ella saldría a recibirlo antes de que llamara. O eso creía.

Al bajar con la única caja que había quedado en su cuarto, se llevó una sorpresa de susto. Su padre conversaba con Nadir en la vereda de su casa. ¿Cómo había sucedido? ¿En qué instante su padre había salido? ¿Qué estaba sucediendo allí?

Fue hasta la vereda con la caja en andas, y mientras Nadir se apresuró a sacársela y llevarla hasta el automóvil, su padre habló.

–Hola hija. Estaba acá conversando con tu amigo. Qué suerte que te va a ayudar con tus cosas. Le decía que no quisiste que tu mamá y yo te diéramos una mano.

Selma lo miraba boquiabierta. Rafael continuó con su monólogo.

–Entendemos que quieras independizarte y hacer las cosas por tu cuenta, pero podríamos haberlo hecho nosotros y no tener que molestar a tu amigo – repetía la palabra «amigo» con intención.

Nadir sonreía divertido. Parecía no molestarse en absoluto por los comentarios del padre de Selma. Ella se había puesto roja como un tomate, sobre todo porque conocía el tono que empleaba su papá.

–Me comentaba el otro día Selma que ustedes ya la habían ayudado demasiado y no quería abrumarlos con más tareas –soltó Nadir como si nada.

Rafael arqueó las cejas. Al parecer el muchacho era muy perspicaz.

–Si querés ayudar traé hasta la vereda esos bolsos que están en el comedor así los cargamos en el coche. Las otras cajas las venimos a buscar después –Selma estaba perdiendo la paciencia con su padre.

–Como digas hija –y la besó.

Ella odiaba que la besara delante de otras personas. La hacía sentir infantil. Pero no dijo nada, se limitó a cerrar los ojos y suspirar demostrando su fastidio.

Nadir, que observaba la escena más atrás, se acercó riendo.

–No es gracioso.

–Claro que lo es. Hola preciosa –y la besó apenas en los labios.

Selma se ruborizó. No sabía si estaba más sorprendida por todo lo que acababa de suceder con su padre o con el beso que le estampó Nadir con Rafael a tan solo unos metros.

Nadir vio sus mejillas encendidas y le dio mucha ternura. Le pellizcó la nariz y fue en busca de los bolsos que ya sacaba Rafael de la casa.

Cargaron además dos cajas en el asiento trasero por lo que necesitarían un solo viaje más para terminar de trasladar el resto.

Una vez dentro del auto, y observados desde la vereda por el padre de Selma, Nadir habló.

–¿Qué prefieres hacer? ¿Dejamos las cosas y regresamos enseguida por lo demás, o desembalamos todo y venimos más tarde por esas cajas?

–Venimos más tarde. Vayámonos ya de acá porque quiero estrangular a mi papá.

Nadir asomó la cabeza por la ventanilla y gritó.

–Está bien señor. No nos espere. Regresaremos luego por lo demás.

Rafael saludó con la mano y ellos arrancaron.

–Lo único que falta es que hayas hecho buenas migas con mi papá.

–¿Te molesta? –le respondió en tono gracioso debido al enojo de Selma.

–No, o sí. No sé. Lo hizo a propósito. Se levantó temprano para ver quién me iba a ayudar. Y mi mamá está metida en todo esto, te lo aseguro. Creo que nos vio besándonos la otra noche.

–¿Y cuál es el problema?

–No sé cuál es el problema –contestó contrariada.

–Entonces no hay problema alguno –sentenció Nadir.

Selma no habló el resto del camino, unas ocho calles desde la casa de sus padres. Solo pronunció las palabras necesarias para darle las indicaciones de cómo llegar. Bajaron las cosas en silencio. La calle estaba tranquila a esa hora temprana y consiguieron estacionar a solo unos metros de la entrada al edificio.

–¡Ey! ¿Cambiamos la cara? No pasó nada. Conocí a tu padre, parece una buena persona, y si es como tú dices que tu madre nos vio ya lo debe saber, y

querría conocer al que está besando a su hija –y ahí nomás, en plena mañana soleada, la atrapó de la cintura y la besó.

Selma casi desfallece allí, entre sus brazos. Los besos de Nadir eran mágicos, lograban transportarla a otra dimensión. ¿Tenía idea él de lo que le ocasionaba un beso suyo?

Luego de saborearla y disfrutar de lo que Selma le prodigaba, le habló.

–¿Pasó?

¡¿Cómo no se le iba a pasar?! ¡Si se había olvidado del resto del planeta luego de aquel beso!

–Sí –dijo con un hilito de voz, y escondió su cara en el torso de Nadir.

Por primera vez sentía una tierna intimidad con él. No creía estar besando a un atractivo extraño, sino que lo sentía como alguien cercano, propio. Y este nuevo sentimiento la sobrecogió. Se distanció y trató de distraerse buscando las llaves en su bolso. Mientras, Nadir se dirigió al coche en busca de los bultos.

Estaba por abrir la puerta de entrada al edificio cuando la sorprendió el encargado abriendo del otro lado.

–Bienvenida. Es usted la nueva inquilina del 2° B, ¿no es así? Soy Roberto, el encargado.

–Sí, hola. Soy Selma. Vamos a subir unas pocas cosas. No se preocupe.

–Claro, no hay problema. La gran mudanza de muebles ya se hizo, me lo comentó mi esposa. Ese día yo no me sentía bien y había asistido a la guardia médica.

–¡Hola! –dijo Nadir mientras se acercaba con la caja más grande.

–Déjenme ayudarlos.

–No, faltaba más, no se moleste –respondió Selma.

–No es molestia, de verdad –dijo el encargado mientras se apresuraba a sacar dos bolsos del baúl del auto.

Selma lo dejó hacer. Al parecer era un hombre muy servicial, y muy charlatán también.

–Cualquier cosa que necesiten estoy a su servicio. Los sábados trabajo hasta las doce, pero tóquenme el timbre nomás. No será molestia.

–¡Muchas gracias Roberto! Pero el edificio es nuevo, no creo que tengamos problemas con las instalaciones.

–Bueno, de todos modos ya saben.

Cargaron los tres bolsos y las dos cajas en el ascensor. Selma subió con los bultos y Nadir fue por las escaleras. Se encontraron en la puerta del departamento.

Selma abrió y la luz del interior los inundó. Era un apartamento muy luminoso y se notaba más porque aún no habían colocado las cortinas. Entraron las cosas y Selma abrió las cajas. En los bolsos había ropa y calzado, por lo que todo fue al dormitorio. Se dispuso a ordenar las prendas en el ropero mientras escuchó que Nadir le hablaba desde la cocina.

–¿Quieres que salga a comprar algo para desayunar? Vi una panadería en la otra calle.

–Dale, pero no tengo café. Todavía no hice las compras mínimas. En la heladera solo hay agua mineral, vine anoche a conectarla, y traje los artículos de limpieza y de baño que *generosamente* me preparó mi mamá, pero no me dio tiempo de ir al supermercado.

–Yo me encargo.

Al cabo de media hora, Nadir regresaba con media docena de medialunas y algunos artículos comestibles sencillos. Azúcar, leche, huevos, té y café, entre otros.

–Traje café instantáneo y del otro, porque no sabía si tenías cafetera.

–Tengo –dijo Selma apareciendo desde el dormitorio–. Gracias a la mudanza de mi hermano heredaré unos cuantos electrodomésticos.

–¡Qué bien!

–Ahí, en la alacena de abajo –señaló Selma–. También tengo tostadora eléctrica–añadió contenta.

–Has ligado de todo.

–La verdad que sí –contestó melancólica. Iba a echar de menos a su hermano.

–Haz tus cosas tranquila. Yo me ocupo aquí.

–Bueno.

Selma regresó a su mundo de zapatos y prendas de vestir.

Un rato más tarde Nadir se asomó por la puerta de la habitación. La vio con cara compungida.

–No me cabe ni la mitad de lo que traje.

Nadir rio con ganas, Selma exageraba, y mucho.

–Vas a tener que deshacerte de algunas cosas, o dejarlas en la casa de tus padres.

–Y para colmo solo traje lo de verano. Voy a tener que mudarme permanentemente –dijo resignada, pensando en que debería llevar y traer cosas de su vieja casa todo el tiempo.

–Ven a desayunar. Después lo resolvemos.

Nadir había preparado todo. Dispuso las cosas en la pequeña mesa cuadrada, legado de la abuela Dora. ¡Hasta había encontrado los manteles individuales!

–Me parece que ahora sabés mejor que yo dónde está cada cosa –le dijo Selma sorprendida.

–¿Usas endulzante artificial? Porque olvidé consultarte y no compré.

–Sí, pero no me molesta usar con un poco de azúcar de vez en cuando.

–Ah, eso no lo encontré. A la azucarera me refiero.

–Creo que no tengo, ahora que lo mencionás.

–Cuando empiezas a vivir solo te enteras de las cosas que te faltan a medida que las vas necesitando.

–Primera nota en la puerta de la heladera.

Tomó una libreta y una lapicera de su bolso y anotó «comprar azucarera». Y colocó el papel con un imán en la nevera.

Nadir sirvió el café.

–¿Con leche? –le preguntó.

–Sí, gracias. Me encanta el aroma del café recién hecho.

–A mí también –y sonrió mientras se servía el suyo.

Las medialunas estaban deliciosas. Nadir sumergía las suyas dentro del café con leche.

–Esa es una costumbre muy de acá –le observó Selma.

–¿Ah, sí? –contestó sorprendido–. Cuando era chico solía mojar los bizcochos en mi tazón de leche.

Selma lo imaginó de pequeño, saboreando su merienda, y se enterneció.

–Hay varios negocios por aquí. Además de la panadería de la otra calle, está el mercado de la vuelta, y también vi una casa de pizzas y una rotisería.

De hambre no vas a morir.

–Me gusta cocinar.

–¿De veras? Pensé que las chicas de hoy ya no cocinaban.

–No soy una experta, pero tengo un par de buenos platos en los que me luzco de verdad.

–Entonces tendrás que cocinarme.

–Prometido. Pero no hoy. Dejame que me adapte a mi nuevo hogar.

–No pensaba que fuera hoy. Pero sí espero que me invites pronto.

Selma rio ante la pícaro mirada de Nadir.

Terminaron de desayunar y Selma se dispuso a lavar los trastos. Nadir mientras tanto se fue hacia el dormitorio y volvió con una solución para Selma.

–Hay que comprar una cajonera para el ropero. Hay mucho lugar desperdiciado en la parte inferior. Si quieres podemos ir al supermercado del hogar que queda aquí cerca. Allí las venden y son bastante económicas.

–Me parece una excelente idea, y de regreso podríamos buscar las cajas que quedaron en casa de mis padres.

–¿Vamos ahora?

–Vamos.

Regresaron dos horas más tarde con la cajonera, la azucarera, unos utensilios de cocina y el almohadón que Selma quería para el sofá de la sala. También trajeron las tres cajas de la mudanza que faltaban.

–No puedo ir a esos lugares. ¡Quiero comprar todo!

–Estuviste muy recatada. A mí me pasa también. Me pierdo con las herramientas.

–Yo tengo mi pequeña caja de herramientas. Con lo básico indispensable, pero me saca de apuros –dijo orgullosa.

–Qué previsor. ¿Sabes utilizarlas? –le contestó socarronamente.

–Por supuesto, ¿qué pensabas? Hasta sé usar la perforadora. Aunque no me compraría una. Se la pediré al encargado cuando la necesite.

–Parece que aquí hay una mujercita muy completa. Cocina, sabe de herramientas... ¿qué otras cualidades ocultas tienes?

–No te rías de mí.

–¡Pero si no me río! Te admiro en verdad. No eres solamente una hermosa chica.

Selma se puso colorada y se fue para el cuarto, queriendo evitar que Nadir notara su rubor. Pero sí lo había advertido. Y le encantó aquella reacción. Esa jovencita estaba trastocando todos sus planes, ya no quedaba duda.

Fue detrás de ella a ayudarla con la cajonera. Entró perfectamente en el hueco del ropero. Selma suspiró aliviada, con el apuro habían olvidado tomar las medidas y temía que no cupiera. Ahora por fin podría acomodar el resto de las prendas. Esos cinco cajones fueron su salvación.

–Sos un genio. No se me habría ocurrido nunca esta gran idea.

–¿Te ayudo con las cajas que trajimos? –preguntó para desviar la atención. No se sentía cómodo con los halagos.

–Almorcemos primero. Me muero de hambre.

De camino habían comprado unos sándwiches que devoraron en pocos minutos.

–Ahora sí. Mientras termino con las cosas del cuarto podés ir abriendo las cajas. La de allá que tiene una cruz con marcador negro tiene las sábanas y el acolchado. Sacalas así armo la cama.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Nadir, porque los imaginó a ambos en aquella cama. Trató de disimular su turbación dirigiéndose inmediatamente hacia donde estaban las benditas cajas. Abrió la que Selma le indicó y sacó unas sábanas prolijamente dobladas dentro de una cubierta de nylon. Sin bien eran nuevas, se notaba que habían sido lavadas porque desprendían un rico aroma a lavanda. Las llevó al dormitorio y encontró a Selma arrodillada guardando las cosas en el último cajón.

–¿Me ayudás con eso? –le dijo al verlo entrar.

Había sido una simple pregunta, sin segundas intenciones. Selma era demasiado transparente para una indirecta de ese tipo. Nadir lo sabía, y sin embargo logró inquietarlo. Es que las imágenes de ellos entre las sábanas acudían a su mente irremediamente. Se la figuraba esbelta, con su pelo negro suelto, revuelto entre las almohadas, tal vez algo vergonzosa, mirándolo con esos ojos casi transparentes. Tuvo que reprimir sus pensamientos abruptamente porque tenía miedo de cometer una imprudencia. Ella simplemente quería que la ayudase a colocar la ropa de cama.

La asistió con cara seria, reconcentrado en la labor, cuidando que no quedaran arrugas. Mientras él colocaba las fundas en las almohadas, ella fue a buscar el acolchado. Completaron la tarea enseguida. Selma se dijo que le harían falta un par de almohadones, e hizo nota mental de la compra pendiente.

Luego, mientras Selma se dirigió a acomodar las cosas en el cuarto de baño, Nadir abrió la única caja que todavía estaba cerrada. Sacó carpetas, cuadernos, elementos de librería, y otras cosillas por el estilo. En el fondo había un cofre mediano, muy antiguo. Su curiosidad no pudo con él y lo abrió. Estaba repleto de fotografías, todas mezcladas y de diferentes épocas y personas. Las había de la familia, de ella de pequeña, de una pareja (tal vez el hermano y su mujer), y una que le llamó la atención. Era de ella, bastante reciente, tenía el pelo algo más corto y sonreía. Estaba radiante, y muy elegante, y abrazaba a otra chica. Parecía ser de su graduación en la universidad, pues tenía un rollo blanco en la mano derecha, y lo exhibía a la cámara con orgullo. Salvo porque se encontraba con otra persona, era una foto perfecta. No resistió la tentación y se la guardó en el bolsillo trasero del pantalón, doblándola por la mitad para que no sobresaliera.

–¿Qué hacías? –preguntó Selma al salir del cuarto de baño.

–Saqué las cosas que quedaban, pero no sé dónde las vas a acomodar.

–Tengo algo de espacio en el mueble aquel –dijo señalando el aparador debajo del televisor–. Pero dejá que yo termino con eso.

Sin darse cuenta habían pasado las horas acomodando y ordenando.

–Bueno, creo que ya no me necesitas más –le dijo Nadir con intención.

–¿Fue agotador no? Gracias. Sola me hubiera llevado, además, todo el día de mañana.

–No fue nada, de verdad. Ahora deberías descansar.

–Te debo como mínimo la cena –se apresuró a decir, no quería que se fuera.

–Pero dijiste que hoy no ibas a cocinar, y con razón.

–Es cierto, estoy agotada.

–Hagamos una cosa –él tampoco quería irse–. Descansa un par de horas, yo iré a casa a darme un baño, y más tarde podemos probar qué tal es la pizza de aquí a la vuelta.

–El hombre de las buenas ideas –dijo contenta–. Necesito un poco de relax, pero tampoco quería cenar sola mi primera noche en casa.

Selma lo acompañó hasta la planta baja para abrirle la puerta de calle. Se despidieron con un beso en la mejilla. Se verían nuevamente por la noche.

Ella no sabía bien por qué, pero despedirse de Nadir le había dejado una sensación incómoda en el estómago. Se dijo a sí misma que estaba cansada y empezaba a pensar pavadas. Tal vez lo del estómago fuera apetito.

Entró en su apartamento y buscó la medialuna que había quedado del desayuno. Comió un bocado y la dejó. Definitivamente no era hambre, sino estado nervioso. Decidió meterse en la ducha. El agua tibia obraría maravillosamente en su cuerpo. Al salir del cuarto de baño se recostó en el sofá de la sala y se quedó profundamente dormida.

La despertó el sonido del timbre. Se incorporó sobresaltada. No sabía dónde estaba. Ya era de noche y las luces de afuera ingresaban por la ventana sin cortinados.

Entonces recordó y se apresuró a atender. Nadir la esperaba abajo y ella no se había cambiado. Al salir de la ducha se había puesto un *short* de jean y una camiseta vieja, que alguna vez había sido de color azul. Para colmo de males no encontraba su calzado. Pero no quería hacerlo esperar. Tomó las llaves y bajó así, descalza.

Cuando Nadir la vio, sonrió.

–Parece que alguien se quedó dormida.

–Sí, lo siento.

–Ya traje la cena. Por el aroma parece que la pizza está buena.

–Mmmm... qué rico.

Subieron. Selma preparó la mesa rápidamente mientras Nadir cortaba la pizza en porciones. Además había comprado cerveza.

–Pizza con agua mineral no combina –le dijo a Selma hallando la complicidad que buscaba.

–No, para nada.

Comían relajados. La pizza era deliciosa, y la cerveza estaba bien fría.

–Voy a poner música, todavía no tengo contratado el servicio de televisión por cable, así que por el momento no usaremos el televisor.

–¿Eres de las que coleccionan discos compactos o te bajas la música?

–Si el cantante o grupo me gusta mucho, suelo comprar el *CD*. Pero me manejo mucho con la aplicación del celular.

Conectó el teléfono a unos pequeños parlantes y comenzó a sonar lo último de *Imagine Dragons*.

–¿Compramos helado? Me toca invitar mí. Ya te pasaste comprando comida hoy.

–Acepto.

–Me pongo las zapatillas y vamos.

Salieron a una noche perfecta de luna llena. Imposible imaginar el temporal que se desataría una hora más tarde.

Caminaban lento, disfrutando de la brisa nocturna y del aroma que desprendían los tilos. Nadir rozó intencionalmente la muñeca de Selma. Casi como por instinto, ella se animó a hacer lo que él no; lo tomó de la mano con delicadeza, apenas presionando los delgados dedos sobre el dorso de Nadir. Casi que su pequeña mano se perdía en la de él.

Fue una situación rara. Incluso más que la del abrazo del perdón en la plaza Arenales. Porque ahora ella no estaba enojada, entonces, la serenidad que sentía la mantenía bien dispuesta al acontecimiento. Aquel abrazo en la plaza había servido para apaciguarla, apagando el enojo que experimentaba. Ahora, en cambio, era un momento de tensa calma. Así y todo no estaban nerviosos, pero no hablaron hasta llegar a la heladería.

–¿Comparamos para llevar o comemos acá?

–Mejor para llevar –contestó resuelto Nadir.

Selma pidió dos potes de un cuarto kilo. Coincidieron en el chocolate con almendras. Selma además pidió cereza y Nadir pistacho.

–Qué gusto raro –dijo ella pensando en voz alta.

–¿Lo probaste? Es mi favorito. De chico comía muchas cosas con pistacho.

–Alguna vez debo haberlo probado, no lo recuerdo.

–Vas a adorarlo, te lo aseguro.

De vuelta en el apartamento, Selma comprobó que Nadir tenía razón. El pistacho era un excelente sabor de helado. Él terminó su pote en un santiamén, mientras que a Selma le quedó casi la mitad sin comer. Guardó el resto en el refrigerador y se dispuso a lavar los trastos que habían quedado de la cena. Nadir la observaba desde la mesa.

A poco de concluir (enjuagaba la piletta de lavado) sintió a Nadir apoyarse en su espalda y tomarla desde atrás entre sus brazos. Suspiró profundamente para sus adentros. Tenía los guantes de goma puestos y estaba casi inmovilizada, porque Nadir la cubría por completo con sus brazos. Cerró los ojos y se agarró del borde del mármol.

Nadir recorría su rostro por el costado derecho, hundiendo la nariz detrás

de la oreja y besando levemente su cuello.

–Qué rico perfume –le susurró.

Pero Selma no podía hablar. Tampoco quería. Se dio vuelta y aún con las manos enguantadas apoyadas sobre el alabastro, levantó el rostro con los ojos cerrados.

Nadir se demoró un instante, era una imagen sublime. La besó tomándole el rostro entre sus manos, con un deseo arrollador. Selma se quitó como pudo los guantes. El agua corría detrás de ella. Trató en vano de cerrar el grifo. Él lo hizo por ella mientras la otra mano permanecía en su rostro. Inmediatamente la tomó de la cintura y la elevó hasta sentarla sobre el pequeño borde delante de la pileta de lavar.

Selma se estremeció con el frío del mármol dando en la cara interna de sus nalgas, que el *short* no llegaba a cubrir. Lo rodeó con sus esbeltas piernas y el beso se tornó más profundo. Los brazos de Nadir la estrechaban hasta dejarla sin aliento, mientras ella se sostenía de sus antebrazos tensos. Los músculos se le marcaban a través de la manga de la camisa. Luego de un lapso incierto (ninguno de los dos hubiera sido capaz de precisar cuánto), sus bocas se dieron un respiro y sus cuerpos se apretaron aún más fuerte mientras las respiraciones aceleradas trataban de encontrar el ritmo adecuado.

Se miraron y rieron. Selma se bajó del frío borde y lo tomó de la mano decidida. Él la siguió complacido.

–Vamos a tener que apagar la luz, no tengo cortinados todavía, y como verás, en estas construcciones modernas ya no colocan persianas.

–Qué lástima. Tendré que conformarme con verte a la luz de la luna –le respondió con picardía.

Ella sonrió. Apagó las luces y deslizó sus manos sobre los pectorales de Nadir. Le quitó la camisa y simplemente quedó sin aliento. Era perfecto.

Él le dio un pequeño beso en los labios.

–¿Está todo bien? –dijo al ver su turbación.

–Sí –contestó trémula.

Su aturdimiento no era por lo que estaba pasando, sino por lo que veían sus ojos.

Nadir le quitó la camiseta. Los senos escondidos debajo del sostén lo enceguecieron de deseo. Eran pequeños y turgentes. Y ya no pudo esperar. Sus manos presurosas pugnaron por quitarle la prenda pero no lo lograron. Selma

se rio de la situación, y lo contagió.

Se sacó cada uno por su cuenta el resto de la ropa. Nadir quería verla así. Completamente desnuda y solo para él. Pero aún presentía un dejo de pudor en Selma. La deslizó hacia la cama, que tenía retirado cuidadosamente el cubrecama.

«Ya sabía que pasaría», pensó entre halagado y divertido.

–Quería decirte que me muero de ganas y al mismo tiempo es muy difícil esto para mí –trató de explicar Selma.

–Shhhh... no digas nada. Yo también me muero de ganas. Demasiadas ganas, y temo fallarte.

Selma soltó una risita divertida.

–No me importaría si no sale tan bien la primera vez.

–Tendremos tiempo de remediarlo –dijo Nadir casi en un susurro.

La cubrió con su cuerpo hasta que lograron amoldarse el uno al otro. Selma soltó un suspiro profundo, y de la garganta de Nadir salió un quejido apenas perceptible.

Se mecían al compás, las manos entrelazadas. Selma lo estaba disfrutando a pesar de los nervios que pensó la traicionarían.

De repente Nadir apretó sus manos con una fuerza inusitada, apagó un grito en su garganta antes de que este saliera, y se desplomó sobre ella, justo en el pleno instante en que Selma sintió la descomunal explosión de su ser, y no pudo acallararlo. Su grito salió gutural, profundo. Nadir lo disfrutó casi tanto como su propio placer.

Había sido un momento sublime para ambos. Exhaustos, quedaron tendidos, él sobre el cuerpo de ella. Sin poder hablar y sin poder moverse, las manos todavía entrelazadas. Las respiraciones aún agitadas.

Un pequeño movimiento de Selma al cabo de un rato, le indicó que debía correrse y dejarla respirar. Se movió apenas, no lograba juntar las fuerzas para apartar del todo su cuerpo de ella. Tanto lo había colmado. Tanto lo había extasiado.

–No puedo quitarme. Perdón. Eres como un imán.

A Selma le causó gracia su ocurrencia. Lo que sucedió fue mágico.

–No te corras, yo estoy bien. Tan mal no nos fue, ¿no?

Nadir la besó dulcemente. Una felicidad lo embargaba como nunca antes.

–Perfecto –sentenció.

–¿Qué cosa?

–Esto que nos acaba de suceder. Fue simplemente perfecto.

Selma le acarició la mejilla. Sintió un gran cansancio repentino. Cerró los ojos y acurrucó su rostro en el cuello de Nadir. Olía tan rico... se sentía tan bien como no recordaba haberse sentido jamás. Y con ese sentimiento se quedó profundamente dormida.

Despertó con un ruido ensordecedor. Nadir se había despabilado por lo mismo.

–Hay tormenta –le dijo al verla sobresaltada.

–¿Qué hora es? –consultó mientras se hacía un rodete informal con su cabello y lo ajustaba con un gancho de pelo.

–No sé. Es de madrugada.

–Voy a cerrar la ventana de la cocina –Selma recordaba haberla abierto mientras cenaban.

–Quédate, voy yo –y se levantó de un salto.

Selma estiró el brazo para encender la luz del velador, y logró su cometido de pillar a Nadir. Lo vio en toda su magnificencia. Era perfecto. Como el Coloso de Rodas. Su dios griego Helios de carne y hueso.

–Claro, a mí que me vean los del edificio de enfrente, total tú estás a salvo debajo de la sábana –dijo en tono jocoso.

Parecía no afectarle que Selma lo viera caminar de espaldas totalmente desnudo.

–Perdón, perdón. No me di cuenta de que todavía estabas en el cuarto –mintió–. Quería buscar mi reloj para ver la hora.

Nadir se perdió de vista riendo y dejó a Selma aún más sorprendida. No tenía marca de traje baño. Es decir, ella creía que su color bronceado se debía al sol, pero al parecer ese hermoso tono era su color natural de la piel.

Se acomodó de costado en la cama para no tener que verlo venir de frente. Ya había visualizado la perfección de su trasero, y por el momento no deseaba ver nada más. Todavía le quedaban restos de pudor por vencer.

Nadir regresó y se acomodó a su lado.

–Ventana asegurada –la abrazó por detrás y continuó–. Y no me da pena que me veas desnudo, de verdad.

Selma estaba abochornada. No tanto se avergonzaba de su acción, sino de que él se diera cuenta.

–Ahora me toca a mí –le dijo provocándola.

Selma se llevó las manos a la cara, cubriéndola y negando con la cabeza.

–Tarde o temprano me vas a dejar –y arrimándose más a ella, apoyó la cabeza en su nuca despejada por el peinado que acababa de hacerse.

Selma se reconfortó con su cercanía.

En ese momento, el temporal se desencadenó con toda su furia.

–Qué pena, tendrás que albergarme un buen rato más –dijo él casi susurrando.

–Hum... no te hubieras ido aunque el cielo explotara en estrellas.

–Ah, pero qué seguridad la de esta señorita.

–No, lo digo porque de haber sido necesario, te hubiera esposado para que te quedaras –dijo ella con sinceridad.

–Es el halago más bonito que me han dicho jamás. ¿Y sabes qué? Aunque me hubieras dicho que me marchara, yo te habría suplicado para que dejaras que me quedase.

–Estamos en la misma sintonía entonces –respondió reconfortada.

–En la misma.

Comenzaron a besarse. Suave primero, fogosamente instantes después. Y todo el tornado de sensaciones de unas horas atrás recobró vida. Esta vez al ritmo de un feroz vendaval.

11

Selma despertó con la luz del día. Aún llovía pero no torrencialmente como en la madrugada.

Nadir dormía con un brazo atravesado sobre su cintura, y por el ritmo de su respiración, lo hacía profundamente. Debía aprovechar el momento para levantarse y buscar una de las prendas que utilizaba para dormir. Selma no usaba pijama o camisón, sino enormes camisetas que bien podrían ser de un señor con talla doble extra grande.

Levantó lenta y sutilmente el brazo de Nadir y se deslizó casi de manera imperceptible fuera de la cama. Caminó en puntas de pie hasta el armario, abrió el segundo cajón y tomó una de las prendas, la primera de la pila. Cuando estando completamente desnuda, estiraba los brazos para colocársela, escuchó a Nadir por detrás.

–Estamos a mano.

Ahogó un gritito y se dio vuelta. Lo vio riendo en el medio de la cama. En un acceso nervioso tomó la almohada que yacía en el suelo de la habitación y se la revoleó con enfado.

–¡Pero si estabas profundamente dormido!

–Tengo el sueño muy liviano –contestó divertido.

Selma soltó un bufido, tomó de arrebató ropa interior del cajón y se dirigió al cuarto de baño. Cuando salió, Nadir ya estaba en la cocina preparando el desayuno, en bóxer y camisa.

«Hasta recién levantado es perfecto», se dijo Selma al verlo de perfil con el pelo revuelto.

–Café y pizza fría, ¿está bien?

–Perfecto para mí.

Se sentó a la mesa a observarlo. Le encantaba verlo desenvolverse en aquella cocina como si fuera suya. De pronto se lo imaginó haciendo aquello con otras mujeres y un sentimiento mezcla de disgusto y celos se apoderó de su mente.

–¿Siempre lo hacés?

–¿Qué? ¿El desayuno? No, no suelo desayunar. Tal vez algún que otro domingo si me levanto temprano.

–No, me refiero con ellas.

–¿Ellas? ¿Quiénes? –la miró confundido.

Pero la cara de Selma lo hizo recapacitar.

–Ah... Oh... Entiendo. Te refieres con otras chicas. No. Nunca me quedé antes a dormir en la casa de alguien.

Selma no sabía si mentía para reconfortarla o si su confesión era real. Tampoco había dicho si «ellas» se quedaban en su casa, solo mencionó no quedarse en casas ajenas. Al menos en eso era la primera. Se sentiría disminuida sino. Porque aquella intimidad compartida era algo totalmente

nuevo para ella. Todavía se sentía nerviosa y quería que él lo supiera.

–Estás pensativa. Si es por lo que te dije recién, es la verdad. No hay nadie especial en este momento en mi vida. En realidad no había nadie, hasta ahora.

Sumida como estaba en sus pensamientos, Selma no logró decodificar por completo el significado de las palabras de Nadir. En cambio, le soltó lo que venía meditando.

–Es que yo... nunca antes había estado de esta forma con alguien. Es algo raro y novedoso para mí.

–Ya sé que solamente hubo un hombre en tu vida. Y todavía estás procesándolo. No quiero abrumarte. Tal vez sea mejor que me vaya...

–¡No! –a Selma le salió la reacción desde el fondo de su ser–. No... me gusta esto que está pasando. Solamente quería que tuvieras en claro que para vos podrá ser normal, pero para mí es especial.

–Aunque no me creas, para mí también lo es.

Se acercó a ella, le pasó la mano por detrás de la nuca, y se inclinó para poder besarla. Selma se mantenía sentada, con una mano sobre la mesa y la otra aferrada al respaldo de la silla. Nadir la tomó de la barbilla y profundizó el beso. Entonces ella lo asió de las caderas y comenzó a levantarse, despacio para no cortar la magia del beso. Él deslizó las manos hasta encontrar su cintura estrecha, y la alzó. Era liviana como una pluma. Selma lo rodeó con sus piernas y él la cargó hasta el sofá, donde se sentó con ella a horcajadas suyo.

Hicieron el amor intensamente. Mirándose a los ojos. Adorándose mutuamente. Rozando apenas sus labios y diciéndose todo sin decir nada.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Selma, desde el hueco donde se inicia la columna vertebral hasta la nuca, erizándole las raíces del cuero cabelludo. Fue en el mismo instante en que ambos culminaban en un clamor mudo, ahogado. Estremecidos por lo que acababan de sentir, se fundieron en un abrazo intenso. Parecía que ninguno quería abandonar al otro. Finalmente habló Nadir.

–Creo que se enfrió el café.

Selma rio con la cara hundida en su cuello, prendada de su aroma, que desde aquel día no la abandonaría jamás.

–Por suerte existe el microondas –agregó feliz.

A duras penas se separó de él, y se fue a calentar el café. Nadir se arregló su exigua ropa y se quedó tumbado en el sofá.

—¡Llevo las cosas para allá! —gritó Selma desde la otra punta.

El departamento era pequeño. Un gran ambiente lo conformaban la sala de estar y la cocina. La primera, con un sofá de tres cuerpos en color ladrillo, una pequeña mesa baja y el mueble de la TV, con repisas a los costados y cajones debajo, todo de madera de cedro; la gran donación de Ramiro. Un gran ventanal que iluminaba la estancia brindaba su vista a la calle. Del lado opuesto, el sector de la cocina con espacio para comer, donde Selma colocó la mesa cuadrada de su abuela Dora. La había hecho restaurar, por lo que lucía como una antigüedad nueva, si cabían esos términos para describirla. La rodeaban cuatro sillas de mimbre pintadas de diferentes colores. Todo en esa zona era multicolor y alegre, muy *vintage*, en contraposición con la sala, moderna y siguiendo un patrón cromático. La pequeña ventana sobre la piletta de lavar trastos contribuía a la considerable iluminación del lugar, que se complementaba con el pequeño balcón cubierto contiguo a la cocina. Éste daba a las cocheras del edificio. Selma colocaría allí la lavadora, otra donación de su hermano, que esperaba instalar durante la semana siguiente. Haber recibido tantos artículos fue una bendición para ella. Con pared linderas al pequeño balcón se hallaba el cuarto de baño, al cual se accedía por un pasillo desde la sala. Enfrente, el dormitorio, con otro gran ventanal al frente del edificio.

Para Selma era un lugar perfecto. Tanto que cuando todo se derrumbó con Gabriel, pensó que su sueño de vivir allí de desvanecía. Se enamoró del apartamento desde el primer momento en que lo vio, aún sin terminar, unos meses atrás. Ahora estaba cumpliendo ese sueño, y aunque de manera diferente, por primera vez descubría que el haber roto con Gabriel era un paso hacia algo mejor. Algo que se le revelaba en ese mismo instante, mientras calentaba el café.

—Mi hermano solía hacer estas combinaciones estafalarias —comentó mientras apoyaba la bandeja en la mesita frente al sofá—. Pizza con café, sándwich de jamón con chocolatada... debe ser algo de los hombres comer así.

—Más que «de los hombres», yo diría de la pereza de los hombres. Cualquier cosa que se encuentre en el refrigerador es mejor que cocinar. Y si toca combinar así... ¡no hay ningún problema!

–Debo confesar que criticaba a Ramiro cuando hacía esto. Pero la verdad es que lo estoy disfrutando.

–En mis épocas malas llegué a almorzar pan con ketchup de los *sachet* obtenidos en lugares de comidas rápidas.

–Noooo –respondió asombrada extendiendo por demás la letra «o».

–Sí. Pero eso fue hace mucho tiempo. Estaba delgado como un espagueti. Ahora estoy algo más repuesto, ¿no es así? –y la miró con una mueca juguetona.

Selma se contuvo de decirle que era lo más bello que había visto en su vida, en cambio agregó.

–Puede ser, tus brazos muestran una pequeña mejoría –y le pasó las manos por los músculos de los bíceps.

–¡Jajaja! ¡Nunca te he de ganar, eh! –observó divertido.

–Las mujeres siempre ganamos. No luches contra eso –y le guiñó el ojo.

Luego del desayuno, Selma pensó que harían un rato de retozo, pero Nadir tenía otros planes.

–Salgamos. Ya dejó de llover y está fresco. Quisiera obsequiarte algo por el estreno de tu casa.

–No, ni se te ocurra, ya hiciste demasiado con la ayuda que me diste ayer.

–Me dijeron que hay un lugar llamado Mercado de las Pulgas donde se pueden encontrar muchas cosas para la casa, algunas muy antiguas, y recicladas también.

–¡Sí! Lo conozco. Fui con una amiga una vez.

–Bueno, cámbiate y vamos allí de paseo. Debo ir a mi casa y mudarme de ropa. ¿Quieres que te pase a buscar, digamos en una hora?

–Me ducho rápido y te acompaño... si no te molesta.

Nadir sonrió. Pensó que Selma querría algo de intimidad, pero ella lo seguía sorprendiendo.

–Yo también quisiera darme un baño. ¿Podrás esperarme?

Estaba terminando de decir esto cuando le cayó encima una toalla. Era nueva y olía a recién lavada, al igual que las sábanas el día anterior. La miró con picardía.

–¡Dale! ¿No querías ducharte? –le dijo socarronamente, y se metió en el cuarto de baño.

Nadir no estaba seguro de las intenciones de Selma. ¿Debía esperar a que ella terminara? Temía cometer una equivocación y salir mal parado del asunto. Aunque entendió que lo había instado a apresurarse. Seguía parado en mitad del pasillo, cuando Selma se asomó por la puerta, ya mojada.

–¿Y? –es todo lo que tuvo que decir para que él reaccionara.

Cuando entró, la vio a través de la mampara de vidrio. Su cuerpo desnudo desdibujado por el vapor le regaló una magnífica imagen.

–Me parece que más que hacer rápido esto nos va a demorar –dijo riendo mientras se quitaba la poca ropa que tenía puesta.

–¿Vos decís? –respondí ella desafiante.

Cuando entró al cubículo de la ducha, Selma lo sorprendió con un abrazo y un beso profundo.

–Nunca me voy a olvidar de esto, te lo juro –le expresó con una excitación desbordada.

–Ni yo –fue la corta respuesta que llegó a dar Selma antes de sentirlo dentro de ella.

Selma no estaba actuando como la Selma que solía ser. Cauta, serena, recatada. Su mente siempre había sido abierta y desprejuiciada, pero su forma de llevarse en la vida no se condecía con ello. Solía divertirse con las anécdotas escandalosas de su amiga Ingrid. Disfrutaba al oír de sus amoríos y de los lugares extravagantes donde había hecho el amor. Pero ella no procedía igual. Era más bien conservadora, y realmente no sabía por qué. En ese momento lo estaba descubriendo. Necesitaba de alguien que le sacudiera las estanterías, y Nadir había logrado ese cometido. Cuando Ingrid se enterara de su osadía, no le creería.

Pasaron un momento en extremo apasionado. Una escena de película, como le relataría más adelante a su amiga. ¡Cuántas cosas tendría para contarle a su adorada Ingrid en un futuro no muy lejano!

Llegaron al apartamento que Nadir alquilaba. Si hubiera tenido una décima de cordura no lo habría permitido. Pero Selma le obnubilaba el juicio. Lo tenía tan embelesado que estaba poniendo en riesgo todo aquello que encubría con tanto celo.

Vivían muy cerca uno del otro. En automóvil eran unos pocos minutos.

Arribaron a una casa antigua. Ingresaron por una puerta a la derecha que daba a un largo pasillo. El departamento de Nadir se hallaba al final del corredor, subiendo una escalera.

El interior era sencillo. Un solo ambiente conformado por una *kitchenette*, una mesa rectangular de melamina con tres sillas, todas diferentes, un sofá-cama que se hallaba abierto y un antiguo ropero contra la pared. Una de las sillas estaba ocupada por una pila de carpetas, otra con un montón de ropa (tal vez para lavar, tal vez para guardar), y solo una quedaba libre para ser utilizada. A pesar del desorden, la casa se veía limpia, y no había ni un trasto para lavar.

—¿Qué es todo eso? —señaló Selma hacia una cantidad de aparatos sobre la mesa, donde también había una *notebook*.

—Cosas del trabajo. A veces hago horas extra aquí si no quiero quedarme en la planta —contestó despreocupado, mientras sacaba unos pantalones bermudas, una camiseta y ropa interior limpia del ropero.

—¿Vas a ver mientras me cambio?

—¿Por qué no?

—Mira que no nos vamos más de aquí, no me provoques.

—El niño y sus pudores —se hizo la superada.

—¡Bah! Oigan quién habla de pudor.

Ella sabía que quien provocaba era él. Porque si bien era un único ambiente, perfectamente podía cambiarse en el cuarto de baño.

Nadir comenzó a desvestirse y Selma hizo como que se tapaba los ojos

con las manos, pero inmediatamente separó los dedos para mirarlo.

Él se acercó así, completamente desnudo, y la abrazó. Selma comenzó a gritar tratando de zafarse de su acosador.

–¿Ahora quién es la pudorosa? –le dijo sin soltarla.

–¡Está bien! ¡Está bien! Me rindo. Esta vez me ganaste. Soltame que se hace tarde.

Nadir se alejó riendo, satisfecho, y se vistió. Selma lo observaba sin poder ocultar su fascinación. ¿Cómo podía existir alguien con tal perfección? Estaba segura de que tendría una docena de mujeres hostigándolo y deseándolo. No se atrevía a preguntar. Pero una nueva oleada de celos irracionales la invadió, las detestaba sin conocerlas. Y finalmente no se aguantó.

–¿Qué dicen las chicas que vienen acá? ¿Les gusta? –y para no quedar en evidencia agregó–. A mí sí. Está limpio y admiro eso.

–Nadie viene aquí. Es mi lugar privado y no lo comparto.

–Yo vine.

–Pues eres la primera. Bueno, en realidad se me coló mi vecinita de cuatro años un par de veces. Su abuela Nora suele convidarme cuando hace pastelillos.

Selma sonrió complacida. Lo imaginó correteando a la niña por la casa y esa imagen la enterneció.

–¿Vamos? –le dijo Nadir con otra sonrisa.

Ella quería saber sobre las otras. Quería que le asegurara que no estaba viendo a alguien más, a pesar de que ya se lo había dicho. No se habían cuidado al hacer el amor y eso la tenía algo preocupada. Con Gabriel no usaban preservativos hacía años, y ella había perdido la costumbre de tenerlos, mucho menos de comprarlos. Le extrañaba que él no lo mencionara. Lo hablaría durante el viaje en coche hacia el mercado. Por el otro tema no se preocupaba, estaba en una fecha del ciclo en la cual era improbable quedar embarazada. Así y todo se arrepentía de haber suspendido la toma de las píldoras anticonceptivas un mes atrás. Nunca hubiera imaginado que se encontraría en estas circunstancias.

Ya en el auto, y en camino, Nadir habló primero.

–Estás pensativa.

Era el momento. Tenía que hablarle de aquello. Pero en cambio, contestó.

–Lo de tu teléfono, ¿fue a propósito no es así?

Él la miró de costado, moviendo la cabeza con una pequeña sonrisa en sus labios.

–¿Fue adrede o no? –insistió Selma.

–Sí. No pude evitarlo. Te ibas a bajar del autobús y yo no me había atrevido a decirte...

–¿Decirme qué?

–Que eras la chica más hermosa que jamás había visto y que moriría si no te volvía a ver.

A Selma se le encendieron las mejillas, como solía ocurrirle últimamente, y el corazón le latió fuerte. Nadir prosiguió.

–Así que en ese momento solo se me ocurrió lo del teléfono. Después de que descendiste y te vi alejándote me arrepentí. Entonces pensé en bajar también y seguirte. Quise hacerlo pero el chofer me dijo que debía esperar a la siguiente parada. Por fin bajé, y corrí a buscarte, pero no te encontré.

–Ya habría llegado a mi cita. La entrevista de trabajo quedaba a unos pasos de la parada.

–A partir de ese momento rogué que hicieras lo que se suponía que debías hacer con el teléfono, y que no fueras una timadora.

Selma lo golpeó en el antebrazo.

–¿Acaso tengo facha de ladrona?

–No sé, tal vez. A mí me robaste la respiración ese día.

Selma lo miró. ¿Cómo lo hacía? Además de bello era un completo seductor, y aunque sus frases sonaran trilladas, ya se le había metido por todos los poros. Sonrió un poco vergonzosa, y le dio un beso cerca de los labios.

–No hagas eso que podemos chocar –le reprochó, aunque su voz transmitía dicha, y posó su mano sobre la pierna de Selma.

Ella sentía tanta empatía y complicidad que se había olvidado por completo del asunto que debía tratar con él.

P

asaron una tarde increíble. Incluso comieron algo rápido en un puesto del mercado para no interrumpir el paseo. Qué fácil era pasarla bien con Nadir. Con Gabriel ya habría discutido una decena de veces. No se lo quiso decir, pero con él había ido antes al Mercado de Pulgas. Fue un día horrible. Selma amaba las cosas antiguas, le recordaban a su abuela. En aquella oportunidad había querido comprar algo para su futura casa, la casa de ambos, pero Gabriel se empacó con que todo era viejo y feo. ¡Y claro que todo era viejo! ¡De eso se trataba el asunto!

Selma recordaba aquello mientras observaba una regadera de latón, cuando Nadir la sacó de sus pensamientos.

–¡Lo encontré! ¡Encontré tu obsequio! –gritaba feliz.

Selma se dio vuelta pero él lo escondió tras su espalda.

–Vas a tener que confiar en mí.

–¡Por supuesto! –contestó divertida.

Nadir le hizo un ademán para que se alejara y ella se fue hacia otro puesto del mercado. La buscó al rato, trayendo consigo un paquete envuelto en papel madera. Solo por el tamaño o la forma era imposible descubrir su contenido.

–¿A ver? –dijo curiosa.

–Vas a tener que esperar a que regresemos. Si te portas bien te lo doy.

–¡Pero si me porto bien! –parecía una niña.

–No es cierto, desde que salimos de mi casa no me diste ni un solo beso.

–Eso no es verdad, pero de todos modos es muy fácil de resolver – contestó complacida por el pedido.

Selma le dio un beso ruidoso en la mejilla a lo que Nadir respondió contrariado.

–Hum... parece que no quieres tu obsequio.

Ella rio con ganas, lo tomó del rostro con sus manos y le dio un tremendo beso en la boca. Algo escandaloso para hacerlo en medio de la feria. Pero a ninguno de los dos les importó ese detalle.

–Vas a hacer que quiera regresar corriendo.

–Esa es la idea –contestó Selma muy pícara.

Su descaro para con Nadir era evidente, pero al parecer él lo disfrutaba. Y para ella era un comportamiento novedoso que la hacía sentir viva.

Dispusieron así, tácitamente, el retorno. En el último puesto, ya a la salida del mercado, Selma se enamoró de un plato de porcelana pintado a mano, donde se veía a un perrito y a un gatito durmiendo abrazados. Lo compró sin dudar. Lo usaría como contendor para las llaves.

De regreso, pasaron por una panadería y compraron algo para merendar a la tarde.

–Me vas a hacer engordar –dijo mirando el paquete con el que salían del negocio.

–¿A vos? Tendría que darte kilos de comida para engordarte, así y todo no sé si lo lograría –dijo observando sus piernas delgadas, apenas cubiertas por una minifalda de jean.

–Así se comienza...

–¿No tienes problemas con la comida, verdad?

–No, no. Para nada. Disfruto de comer cuando me apetece lo que hay. Y las harinas me pierden. Pero soy sencilla para la comida. Los platos elaborados no son lo mío. Eso sí, nunca le digo no a unas buenas pastas.

Nadir pensó que con él a su lado sin duda engordaría un par de kilos. Y sonrió al imaginarla con unas pequeñas redondeces. Ella le gustaba de cualquier manera. Pero todos estos pensamientos lo inquietaron. ¿Qué estaba haciendo? Selma no debía estar a su lado. No podía estar a su lado. De pronto, un sentimiento de angustia lo invadió por completo.

Hicieron el recorrido de regreso en silencio. Selma iba en su mundo, imaginando las infinitas posibilidades del regalo sorpresa de Nadir, ajena a sus pensamientos oscuros. ¿Sería la tetera china? ¿O el farolito de hierro forjado? Había tantas cosas hermosas en ese mercado... Podría pasar cientos de horas recorriendo, mirando, descubriendo.

Por fin llegaron a casa de Selma. Al bajar del coche, ella notó un cambio en el semblante de Nadir.

–¿Te pasa algo? Tengo más besos guardados todavía.

Esa frase logró hacerlo sonreír. ¿Cómo haría para separarse de ella? ¿Qué le diría, si él mismo preveía un futuro incierto en un tiempo cercano? No quería perderla, de eso estaba completamente seguro. Aunque no tenía idea cómo debía proceder. Su tío hubiera sido tajante «vete y ya». Pero sabía que

no podría hacerlo así, ni quería. Algo fuerte e inexplicable lo había envuelto como si de un chaleco de fuerza se tratara, y ya no podía comportarse como siempre lo había hecho en el pasado. Ya no. Debía hallar la forma.

Por otra parte, si lograba construir una historia creíble, del otro lado estaba Fátima. ¿Qué sucedería cuando por fin la encontrara? ¿Regresaría por Selma así, sin más? No sabía en qué condiciones físicas y psíquicas se hallaría Fátima. Era probable que debiera dedicarle tiempo a cuidarla, a reparar todos esos meses de ausencia. Meses de búsquedas infructuosas, de callejones sin salida, a veces temiendo lo peor. Qué difícil y amargo era todo aquello. «Selma, ¿por qué apareciste en mi vida?». Pero no debía reprochárselo a ella. Él fue el culpable de que todo aquello fuera posible. Pero sentía que había sido inevitable, que el destino se había confabulado para que Selma estuviera a su lado. Estaban predestinados a cruzar sus caminos. Lo sabía porque su corazón se lo decía, como también sabía que su deber estaba con Fátima. Y con la misma convicción de saberse leal a Fátima, una certeza surgida de lo más profundo de su ser le indicaba que su alma estaría ligada por siempre a esa jovencita de larga cabellera color azabache y ojos como el cielo. Ojos que en ese momento lo miraban expectantes esperando recibir su recompensa.

Nadir le extendió el paquete y Selma se transformó en una pequeña frente a su regalo de Navidad. Le divirtió la forma en que primero lo tomó cuidadosa para instantes después desesperarse rompiendo el envoltorio y finalmente descubrir el contenido.

Un grito de asombro salió su garganta al revelarse el obsequio. El semblante se le iluminó y se abrazó al objeto.

–¡Siempre quise tener uno! Es precioso.

–¿De verdad? Cuando lo vi supe de inmediato que quería regalártelo. La madera oscura labrada lo hace único, ¿no te parece?

–¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Es perfecto! ¿Dónde lo pondré? Tiene que ser un lugar donde siempre pueda verlo.

–Tiene un significado especial. Mi tío me regaló uno cuando era pequeño y me explicó que al mirarlo tengo que recordar que somos dueños de nuestro tiempo. Que siempre existe la posibilidad de comenzar otra vez. Y que la vida te da infinitas oportunidades. Esas tres cosas representan el reloj de arena para mí.

–Hermoso simbolismo. ¿Sabés? Vos sos mi nueva oportunidad. Mi

comienzo. Y juntos tenemos por delante todo el tiempo del mundo.

A Nadir se le hizo un nudo en la garganta. Y la abrazó vigorosamente.

Habían hecho el amor con premura. Selma lo había disfrutado aunque algo diferente sentía en Nadir, y no lograba identificar qué era. Se había preocupado particularmente de que ella llegara al final, y vaya si lo había hecho, pero un arrebató que no había sentido en las veces anteriores la intrigaba. La había sujetado con fuerza, como si temiera perderla, y había notado cierto apremio angustioso. Incluso luego, cuando yacían de espaldas agotados, no le soltaba la mano, reteniéndola con firmeza.

–No quiero irme –dijo él al cabo de un largo rato de silencio.

–No te vayas –le respondió Selma con ternura.

Nadir rio quedamente, con tristeza en su rostro que Selma no advirtió porque sonó su teléfono y se levantó de la cama para atenderlo.

Regresó al dormitorio un par de minutos después. Se sorprendió al ver a Nadir vestido, atándose los cordones de las zapatillas. Una nube de desilusión cubrió su rostro.

–Era en serio cuando te decía que no te fueras.

–¿Quién era? –preguntó haciendo caso omiso a la aseveración de Selma.

–Mi papá. Dice que si la mudanza me dejó tan agotada que no podía llamar a mi familia o...

–¿O?

–O si mi *amiguito* me había secuestrado. Le dije que era lo segundo, por supuesto.

–Me va a odiar.

–Igual no se creyó lo del secuestro. Qué iluso, ¿verdad? –bromeó.

–Cuando se entere que prácticamente te hice mi esclava, ahí sí me odiará –dijo jocoso.

–Imposible que alguien te odie.

«Si supieras», pensó Nadir mientras se paraba.

–Entonces te vas nomás.

–Es que mañana tengo que estar temprano en el trabajo, debo llevar algunas cosas de las que viste sobre la mesa esta mañana.

–Te voy a extrañar –le dijo con una media sonrisa.

–Y yo no sabes cuánto.

La abrazó tan fuerte que Selma creyó que se le romperían las costillas.

–Bueno, pero mañana podemos vernos ¿no?

–Eso espero, si el secuestrado no soy yo en mi trabajo, como suelen hacerme últimamente.

–Llamame entonces. Yo también tengo bastante trabajo, con esto de la mudanza estoy algo atrasada. La culpa fue del ayudante que tuve que no me dejó hacer otra cosa –y lo besó con ternura.

Nadir sonrió pero estaba nervioso, no sabía bien qué iba a suceder en las próximas horas. Esperaba una confirmación definitiva.

Se despidieron sin sospechar que tal vez fuera para siempre.

SEGUNDA PARTE
El secreto de Khaled

“Creo que la verdad está bien en las matemáticas, en la química, en la filosofía. No en la vida. En la vida es más importante la ilusión, la imaginación, el deseo, la esperanza.”

ERNESTO SÁBATO

“La verdad duele una sola vez, la mentira cada vez que se la recuerda”.

ANÓNIMO

La sorprendió su llamado el lunes por la noche. Casi no había tenido tiempo de extrañarlo. Se pasó toda la mañana avanzando en el diseño cuyo preliminar debía presentar esa misma semana. Al mediodía fue a almorzar con su madre, prácticamente obligada por ella. Quería saber cómo había pasado sus primeros días «sola». Selma sabía que en verdad quería sonsacarle información acerca de «su amigo», como lo llamaba Rafael. Muchos datos no le aportó por lo que Ana Clara le dijo que pronto deberían invitarlo a cenar.

–Mamá, por favor. Apenas nos conocemos.

–Yo no digo esta misma semana, pero andá haciéndote a la idea de que queremos que venga. Además, me dijo tu padre que es muy sociable, así que no creo que tenga problema en aceptar la invitación.

–Ya veremos.

–También mencionó que es bastante guapo –insistió su madre.

–¿Papá dijo eso? –se sorprendió Selma.

–Sí, lo dijo. Y también que le pareció demasiado confianzudo con vos.

–Eso voy a decidirlo yo.

Y así había concluido la visita familiar.

Por la tarde fue el técnico de la televisión por cable, que instaló también el servicio de internet. Eso es lo que más esperaba Selma, porque si no debería ir a trabajar a lo de sus padres o a un bar con *wifi*, y no deseaba ni una cosa ni la otra.

Salía de la ducha cuando Nadir la llamó. Se alegró al ver su nombre en la pantalla del teléfono celular.

–¡Hola! –respondió con alegría.

–Hola Selma –la voz de Nadir sonaba extraña.

–¿Qué tenés? ¿Pasó algo?

–Sí. No. Bueno, no pasó nada grave. Pero me avisaron en el trabajo que tengo que viajar de urgencia a Puerto Rico.

–¿Cómo? ¿Cuándo?

–¡Ahora! Recién llego a casa. Estoy preparando algo de ropa. En cuarenta minutos me pasan a buscar.

–¡Pero no puede ser! ¡Así! ¡Con tan poco tiempo! –Selma sonaba desesperada, angustiada.

–Una locura, lo sé. Ya me lo habían hecho antes, hace un par de meses. Un viaje a Chile que surgió de la nada.

–Pero esto es más lejos... ¿y cuánto tiempo te vas? –Selma estaba inquieta, nunca le había sucedido con los viajes de trabajo de Gabriel.

–En principio serían dos semanas.

–¿Qué quieres decir con «en principio»?

Nadir notó la creciente inquietud de Selma, y extendió su explicación.

–Voy a solucionar unos inconvenientes en la casa matriz. La empresa donde trabajo, entre otras cosas, maneja satélites, y allá se encuentra toda la logística. Pero el programa que ejecuta la mayoría de las funciones de uno de los modelos se desarrolló aquí. Uno de nuestros técnicos está viviendo allá, en San Juan de Puerto Rico, pero su esposa sufrió un accidente y solicitó licencia. Así que me asignaron para reemplazarlo por las dos semanas que estará ausente. Aunque podría prolongarse en caso de que él extienda la licencia por más tiempo. No lo sabemos ahora.

–No te puedo siquiera despedir –dijo con voz compungida.

Y aunque trató de serenarse, se le hizo un nudo en la garganta y los ojos se le llenaron de lágrimas.

–Vas a ver que todo pasa rápido, como la arena en nuestro reloj.

–Es que...

–Shhhh... Voy a hacer lo posible por llamarte en cuanto llegue. Quédate tranquila, nos veremos pronto.

–¡Espera! –intervino con angustia la despedida.

–¿Qué? –respondió él con voz dulce y paciente.

–Te...te voy a extrañar –quiso decirle «te quiero», pero no se animó a hacerlo.

–Yo también te voy a extrañar, y no sabes cuánto –su declaración era sincera, salía de su corazón.

Nadir cortó el teléfono con rabia y odio. Odio a sí mismo por no decir la verdad. Había jurado hace mucho lealtad hacia Fátima, y lo estaba cumpliendo

al no revelar su porvenir inmediato, al mentir acerca de un trabajo inexistente y de un viaje hacia otro destino. En definitiva, todo se reducía a un cruel engaño a Selma, la última persona sobre la tierra a la que querría engañar. Pero no tenía opción, así debían ser las cosas.

Había dado vueltas durante horas lidiando con la situación luego de que supiera finalmente su rumbo. ¿Hallaría por fin a Fátima luego de tanto tiempo de búsqueda? ¿Cómo estaría ella? ¿Cómo lo recibiría? Tenía miedo por eso. Todo había sido su culpa, al haber permitido que usaran a Fátima de carnada, debería haber mandado a su tío al demonio antes de haberla expuesto. Pero fue cobarde, no se atrevió a desafiarlo y había pagado el precio. La extrañaba, mucho. A veces recordaba su risa musical, o su voz que tanto lo tranquilizaba al cantar en las noches mientras preparaba la comida. Rogaba a Dios encontrarla bien, en sus cabales. Ojalá lo perdonara. Y Selma... ¿Selma sería capaz de perdonarlo? ¿De dispensar su mentira? ¿De olvidar su engaño? No quería pensar en ello porque sentía que el corazón se le estrujaba. Selma había aparecido en su vida fuera de todo plan, y ahora, por un tiempo, debería atenerse a lo planificado si quería que las cosas salieran bien. Antes de partir hacia el aeropuerto miró a su alrededor por última vez, no sabía cuándo regresaría.

Selma se quedó muda. Dos semanas sin Nadir. Era como cuando a un bebé le dejan saborear un caramelo y enseguida se lo quitan. Así se sentía ella. Estaba descorazonada. Pero debía tranquilizarse, el tiempo pasaría rápido. Estaría totalmente ocupada en el proyecto de su flamante trabajo, y adaptándose a su nuevo hogar. Pondría toda su energía en ello. Sin embargo, aunque se convenciera de que todo estaría bien, una opresión en el pecho le dificultaba la respiración. Se preparó un té para relajarse, y allí quedó, la taza intacta sobre la mesita de la sala. Se le había cerrado el estómago. Nunca hubiera imaginado que conocería a alguien que le generara tantas sensaciones diferentes. En ese momento sentía tristeza, impotencia, enojo. Tenía ganas de gritar y de llorar. Pero por sobre todas las cosas sentía amor. Sí. Lo acababa de confirmar. Se había enamorado de ese chico exótico con ojos de gato y sonrisa encantadora. De ese muchacho del que sabía poco y nada, que no tenía familia ni amigos. De ese ser solitario que había llenado el vacío que sentía hacía tanto tiempo (mucho antes de separarse de Gabriel). Ese joven que con su caballerosidad, sus modos respetuosos por momentos y provocadores en otros, sus caricias seductoras y su perfume único, logró desvanecer la coraza que se había impuesto a sí misma. Ese coloso majestuoso que tenía el poder de

defenderla de todo mal, ahora se había ido. Regresaría. Pero el solo hecho de saber que no podría decidir cuándo, le hacía mal. Se sentía como una niña caprichosa que no entiende razones. Y era cierto, no quería aceptar el hecho de que no lo tendría por una cantidad incierta de días o semanas. No. No lo toleraba y sufriría desde ese mismo instante por ello.

E staba desolado. Casi a punto de hallar a Fátima, descubrió que ella ya se había marchado. Se lo comunicó el propio responsable de que ya no estuviera. Nizar Al-Abbar, el antiguo amigo de su padre. La pista cierta había sido la de Brasil, pero luego de que los contactos a través de su tío Kamal lograran dar con el paradero del tal Nizar, y que Khaled llegara a Recife (ciudad al nordeste de ese país), Fátima ya se encontraba viajando a otro destino más seguro.

–Alguien me avisó que habían estado haciendo averiguaciones sobre mí. No sabía quiénes eran, así que tuve que tomar la decisión para protegerla. Ella está segura Khaled, eso es lo que importa.

–Si tu maldito informante haría bien su trabajo se hubiera enterado de que te buscábamos nosotros.

–Son muy hábiles tus agentes, no pudimos seguirles la pista.

Khaled rio socarronamente. Si serían tan buenos no llevaría un año buscando a Fátima.

–No son mis agentes, son agentes que trabajan para mi tío Kamal. Nada tienen que ver conmigo. Yo solo utilizo la información que me pasan. Y dime, ¿cuánto tiempo estuvieron aquí?

–No mucho, llegó desde Grecia hace una semana. Quería comunicarme con alguien de la familia, pero fue complicado. Hasta que supuse que no estaría segura y la envié con gente de confianza. Luego aparecieron Kamal y tú en escena.

–¿Ella está bien? ¿Te habló de mí?

–No habla mucho. Yo pienso que trata de olvidar.

–¡No puede olvidarme! ¡No puede olvidarse de quién es!

–Sufrió mucho desde su huida. Tienes que comprender. Tuvo suerte de poder contactarme.

–Eso es algo que no entiendo. Cómo te halló. No tenía idea que supiera de tu existencia. Yo apenas sabía tu nombre a través de mi tío.

–Ella también habrá obtenido mis datos a través de Kamal. No sé cuándo ni cómo, es lo de menos. Lo importante es que estamos convencidos de que alguien *de adentro* la ayudó. Alguien que sabe muchas cosas. De lo poco que habló, me dijo que habían sido muy amables con ella, que jamás la habían maltratado más allá del encierro en el que la tenían.

–Es un alivio lo que me cuentas. Era lo peor que me temía, que le hubieran hecho algún daño.

–Pudo escapar porque alguien dejó sin llave la puerta del lugar donde la mantenían cautiva. Esa noche no le habían asignado guardia y casualmente el día anterior la habían sacado de allí para que tomara aire fresco. Ella memorizó todo el camino hacia los jardines. Y el escape resultó sencillo. No cabe duda de que tuvo una gran ayuda para salir.

–Luego llegó a Grecia junto a un grupo de refugiados sirios, hasta ahí sabíamos –meditó Khaled.

–Un penoso trayecto hasta Atenas.

–¿Y ahora dónde está? –él solo pensaba en reencontrarse con Fátima.

–Calma muchacho. Mejor no hablemos aquí. Vamos a dar un paseo.

Salieron del hotel a caminar. El calor que hacía en esa ciudad costera era agobiante. Pero a Khaled nada le importaba. Caminaron por la costanera alrededor de una hora. Él aún no podía creer las peripecias vividas por Fátima, tan frágil que la había supuesto siempre. Decidieron regresar cuando ya no había más que decir.

–¿Entonces ahora está en Panamá?

–Sí, ya debería estar instalada. Quedamos en que me llamaría a las nueve de la noche, hora de aquí –le aseguró Nizar Al-Abbar.

–¡Quiero hablar con ella!

–No, de ninguna manera lo harás. Está quedándose con una familia amiga, yo hablaré en la mañana con ellos para avisarles que irás para allá. Pero Fátima no debe enterarse. Cuando te presentes allí veremos qué sucede.

–Está bien. Ahora debo regresar al hotel, tengo que tramitar el pasaje.

–No te precipites. Deberás hacer escala en Río de Janeiro desde aquí. Y de allí volar a la ciudad de Panamá. Ese vuelo sale en dos días. Hay otro vuelo que sale mañana por la noche con escala en San Pablo, pero con la demora en el aeropuerto estarías llegando prácticamente a la misma hora y el viaje es más largo –Al-Abbar tenía todo planificado.

–Está bien.

–Y algo más. No hables con nadie ni te comuniqués con tu gente. Tu viaje debe ser completamente de incógnito. Dame tu teléfono celular. A partir de ahora usarás éste –le dijo, entregándole un nuevo aparato–. Es por la seguridad de Fátima, y la tuya también. Cuando sea el momento propicio, los ayudaré a salir de Panamá.

Khaled iba a hablar, pero nada dijo. Al-Abbar tenía razón, era mejor desaparecer de escena por un tiempo.

Ya instalado en la habitación del hotel, dejó que las emociones fluyeran. A pesar de la desilusión inicial por no hallar a Fátima, la esperanza había vuelto a surgir. Aunque una sombra se cernía en todo el asunto. Nizar primero le había dicho que Fátima no hablaba mucho. Sin embargo, conocía al detalle todas las peripecias de su escape, sus días como refugiada, su llegada a Atenas. Cómo la providencia la había cruzado con aquella joven (¿cuál dijo que era su nombre?) que la ayudó para que lograra viajar a Brasil, donde se encontraría con la única persona a la que podía acudir en aquel momento. Nizar Al-Abbar, su vía de escape. En toda la historia, ¿nunca lo había nombrado? Tal vez lo odiaría, sabiéndolo culpable de su cautiverio.

Qué solo se sentía en aquel momento. ¡Deseaba tanto tener a Selma a su lado! Ella era como una especie de paraíso. Con Selma todos sus problemas, sus temores, sus conflictos, desaparecían por completo, y lograba ser auténtico. Era Nadir de verdad, no la farsa que había ideado al llegar a la Argentina. Únicamente ella obraba esa magia sobre él. Y sin embargo no podía llamarla. Sería peligroso para todos, incluso para Selma. Nizar decía que podían estar vigilados, que sentía que lo seguían, aunque Khaled suponía que se trataba de la gente de su tío Kamal. Su tío, lo maldecía por haberlos metido a ambos en aquel mundo sombrío, de confabulaciones, espías y amenazas constantes. Él solo quería ser un tipo común. Trabajar, formar una familia. Pero las cosas en Siria estaban imposibles hacía mucho tiempo. Su tío había visto el atentado contra sus padres con sus propios ojos, y no lo olvidaría jamás. Desde aquel día, Kamal decidió también formar parte de la guerra, y a Khaled no le había quedado más remedio que seguirlo.

* * *

Selma no había tenido novedades de Nadir. ¿Y si le había ocurrido algo? Ni siquiera sabía el número de su vuelo. Tampoco conocía dónde trabajaba. Y su teléfono siempre contestaba lo mismo: «el número al que intenta llamar se encuentra fuera del área de cobertura». La situación comenzaba a tomar ribetes insólitos. Pero esperaría. No le quedaba otra opción. Mientras, se castigaba trabajando. Lo hacía sin control. Un día descubrió que se había hecho de día y ella seguía enfrascada en su proyecto. ¡Se había olvidado de irse a dormir! Otro tanto solía pasarle con la alimentación. Cuando se daba cuenta, había pasado todo el día sin comer. Su vida se estaba convirtiendo en un desastre, y eso era solo el comienzo.

Por fin tocó suelo panameño. Se había despedido de Nizar Al-Abbar discretamente. Quedaron en que él se contactaría con la familia que asilaba a Fátima y alguien lo estaría esperando en el aeropuerto. Un cartel en alto rezaba «K.I.». Khaled Ibrahim, eran sus iniciales. Se acercó a la mujer que lo sostenía.

–Hola, soy Khaled.

–Hola, María –le ofreció su mano amistosamente–. Ella no sabe que estás aquí –le advirtió de inmediato.

–Lo sé.

–Sé delicado con ella. Está muy sensible. Ha pasado por demasiadas cosas.

A Khaled se le hizo un nudo en el estómago. No podía figurarse el estado en que se hallaba Fátima. Y no creía que por fin se encontraría con ella. Con su adorada Fátima, después de tanto sufrimiento, tanta búsqueda, tanto dolor.

Luego de unos veinte minutos de andar en el automóvil de María, llegaron. Era una casa de una sola planta, pintada íntegramente de blanco, con techo a dos aguas y rodeada de un enorme parque. Se hallaba alejada de la costa, en una zona más bien rural, y lejos también de otras viviendas. «El lugar ideal para mantenerla a resguardo», pensó Khaled.

–Ven adentro de la casa. Ella no está. Acompañó a mi esposo y a mi hija a hacer unos mandados. Deberás estar agotado por el viaje. Te mostraré tu cuarto. Allí está el cuarto de baño por si quieres refrescarte.

María le sirvió un vaso de limonada y lo acompañó al dormitorio. Era una casa sencilla pero muy grande.

–Mis dos hijos mayores ya no viven con nosotros, por lo que tenemos dos cuartos vacíos. Fátima ocupa aquel de allí, y éste será el tuyo –mientras señalaba las habitaciones, espantaba las moscas con un lienzo–. Creo que regresarán en una hora.

–Gracias. Por todo –la mirada de Khaled dijo lo que no brotaba de su

boca.

María se retiró. Khaled sacó la última ropa limpia de su bolso, y se recostó en la cama. Solo se oía el chirrido de las aspas del viejo ventilador de techo. Afuera hacía mucho calor pero allí se estaba bien. Tenía barba de tres días, le hubiera gustado afeitarse. Recordaba con afecto los regaños de Fátima cuando no se rasuraba. ¿Cómo lo recibiría? Hacía un año que no la veía. Temía por su salud, física y mental. ¿Cómo habría soportado tantas vicisitudes? Cerró los ojos para serenarse, y sin darse cuenta se quedó dormido.

Despertó con voces en la casa y un golpe en su puerta.

–Khaled –dijo María en voz baja–. ¡Llegaron!

Se levantó de un salto. Se sacó la camiseta que llevaba puesta hacía veinticuatro horas y se puso una camisa limpia. Salió con sigilo. María lo aguardaba en el pasillo.

–Ven, está afuera con mi hija.

Cuando salieron la vio de lejos. Observaba unos rosales junto a la hija de María. Los ojos de Khaled se llenaron de lágrimas. Allí estaba por fin. Muy delgada y con una vestimenta con la que no estaba habituado a verla. Su pelo largo y oscuro le recordaba al de Selma, aunque Fátima no lo tenía tan lacio y brillante como ella.

Al ver que alguien se acercaba, ambas jóvenes se dieron vuelta.

Fue un shock para ambos. Fátima comenzó a temblar y se llevó las manos al rostro. Un llanto profundo y sentido emanó de su ser.

María le hizo una seña a su hija para que se alejara, y ambas se metieron en la casa.

Khaled no aguantó más y corrió a abrazarla. También lloraba. Fátima no rechazó el abrazo y él agradeció al cielo por eso.

Al cabo de un rato, Fátima levantó el semblante y se miraron unos segundos que parecieron eternos.

–Llegué a pensar que Kamal y tú me habíais abandonado –le dijo en árabe.

–¡No! ¿Cómo puedes decir eso? ¡Jamás te abandonaríamos! –respondió con énfasis en el mismo idioma.

–Es que cuando estaba encerrada...

–Lo sé, lo sé. Teníamos que trabajar con cautela. ¡Tu vida corría peligro!

–Alguien me ayudó. Fue alguien «de ellos», lo sé.

–Nizar me lo dijo. Me contó algunas cosas.

–Sé quién lo hizo Khaled, lo sé muy bien –repetía como hipnotizada.

–Shhhh... no hablemos de eso ahora. Ya tendremos tiempo para platicar. ¡No sabes lo que te eché de menos todo este tiempo! A veces pensaba que me volvería loco.

–Tuve que hacerlo. Tuve que escapar. Sé que eso debió haber complicado las cosas, pero no podía quedarme allí. Después fue todo muy duro, hasta que conocí a una chica que me ayudó mucho. Le debo todo a ella, ¿sabes? Una argentina que...

Oír la palabra «argentina» le hizo poner el estómago de piedra. «Selma... ¿podrás perdonarme algún día?».

–Hablabamos de todo más tarde. Hay mucho para decir –la interrumpió con suavidad.

–Sí...

Soltaron el abrazo y caminaron hacia la casa. María hizo las presentaciones formales a Khaled de su esposo Juan y su hija Gabriela.

Cenaron todos juntos en la amplia cocina de la casa. Juan contó acerca de su trabajo como empleado en una empresa forestal. Gabriela estudiaba turismo y María además de los quehaceres en el hogar, se encargaba del cuidado de la pequeña quinta lindera con la casa, que los proveía de verduras y hortalizas durante todo el año. Nadie refirió la relación que los unía a Nizar Al-Abbar. Khaled aludió que él era un antiguo amigo de su padre, pero ninguno agregó más. Había aprendido que a veces algunas cosas no debían ser mencionadas.

Luego de la cena, la familia los dejó solos. Salieron a la galería con una taza de café, que a pesar del calor, nunca faltaba en la sobremesa de los lugareños.

–Hay tanto que quisiera contarte –dijo Fátima por fin.

–Tengo toda la noche para oírte, pero no quiero que te sientas obligada a decirme nada que no desees. Siempre respetaré tu silencio si es lo que prefieres.

–Quiero que lo sepas todo, cada detalle, pero necesito pedirte que no me juzgues.

–Nunca lo haría –contestó Khaled pensando que él también le pediría lo mismo a ella.

–Durante el tiempo que estuve cautiva, conocí a alguien de «ellos». Era uno de los encargados de cuidar mi celda. ¡No! No pongas esa cara de preocupación. Era una habitación amplia, limpia e iluminada. Comía cuatro veces al día y realmente me trataban bien. Había una mujer, Amira, que me ayudaba con el aseo personal y el de la celda. Incluso me conseguía jabones y perfumes de calidad. Era una persona muy amable, aunque no hablaba mucho. Del otro lado de la puerta había un guardia permanentemente. Del que te voy a referir era el del turno noche. Muchas veces me oía llorar y me hablaba con palabras afectuosas. Me decía que no me harían daño y que solamente deseaban un intercambio con ciertos rehenes. Más de una vez oí el nombre de Kamal Ibrahim y supe que se trataba de esa maldita guerra en la que nosotros dos nada tenemos que ver.

–Oh, Dios, cómo habrás sufrido.

–No puedes imaginarte. Pero ahora viene el por qué te pido que no me juzgues. Es muy difícil para mí contarte esto, pero, en fin... Habían pasado más de tres meses de encierro, y era una noche en la que me sentía particularmente triste. Lloraba desconsoladamente. Oí abrirse la puerta y volver a cerrarse. La celda a esas horas se hallaba completamente a oscuras. Unos pasos se acercaron a mí. Estaba aterrada. Me incorporé en la cama temblando. Pero una voz me tranquilizó. Era Samir, el guardia nocturno. Encendió una palmatoria. Como la ventana de la celda estaba cerrada desde afuera, nadie podría ver la luz encenderse. Venía con una taza de té y una rosa damascena. ¿Conoces esa rosa? ¿Sabías que es mi flor favorita? –Khaled negó con la cabeza, Fátima prosiguió–. Nadie lo sabía, y él me la trajo. Recuerdo sus palabras textuales. «Para que no estés triste, le pedí a Amira que me la trajera del jardín. Veo cómo miras estas flores por la ventana todos los atardeceres cuando vengo a iniciar el turno». Me conmovió. Mucho. Comencé a sentir algo especial por Samir. Empecé a enamorarme de él. Tal vez fuera el encierro, no lo sé. Siempre fue muy gentil y respetuoso conmigo. Unos días después del episodio de la rosa lo llamé. Era muy tarde, de madrugada. Me preguntó si me sentía mal. Le dije que sí solo para que ingresara a la celda. Lo hizo. Luego de que cerrara la puerta con llave y encendiera la lamparilla, me acerqué a él, y lo besé –Khaled la miraba azorado–. Por favor deja que te cuente hasta el final. Nos besamos durante un largo rato. Por primera vez en mucho tiempo me sentí dichosa. Recuerdo que me dijo, «si me ven aquí me decapitan». Le sonreí y le acaricié la mejilla. Nos seguimos besando, y... bueno. Pasó aquello. Fui feliz Khaled, te juro que fue un instante único. Y

aunque no lo creas, en ese momento me sentí amada.

A Fátima las lágrimas le rodaban por las mejillas. Khaled pensó en Selma. Entendía a Fátima como nunca antes. ¿Cómo podría juzgarla? Las lágrimas también asomaron a sus ojos.

—Algo pasó al día siguiente. Porque no volví a ver a Samir. Lo reemplazaron por otro guardia. Quise averiguar, saber qué había ocurrido con él. Pero nadie me decía nada, ni siquiera Amira. Yo creo que quiso protegerme, y por eso se alejó. Al mes siguiente mi salud se había resentido. Todo lo que comía lo vomitaba, estaba mareada y cansada. Temí que me hubieran envenenado, pero fue Amira quien me lo dijo. Me dijo que estaba embarazada y que debíamos guardar el secreto.

En ese momento Khaled abrió los ojos como platos, pero nada dijo, y la dejó seguir hablando.

—Dos días después, fue a verme un médico debido a mis malestares, dijo que mi problema se debía al encierro prolongado y pidió que se me permitiese tomar baños de sol unos minutos todos los días. Así que autorizaron a que Amira me acompañase al jardín, a partir del día siguiente. Así lo hicimos. Durante una semana tuve la posibilidad de ver los corredores, el portón que comunicaba con el exterior, e imaginar el recorrido completo hasta llegar a la calle. Y una noche, siete días después de mi primer paseo en los jardines, el guardia no apareció y misteriosamente la puerta de la celda quedó sin llave. Fue fácil el escape, me habían dejado todo servido. Yo sé que fue él Khaled, fue Samir quien me allanó el camino para que pudiera huir. También sé que estaba cuidándome desde las sombras.

—Pero entonces, el bebé...

—Oh, no...—Fátima se echó a llorar quedamente—. Cuando llegué a Grecia estaba muy débil. Había recorrido miles de kilómetros, a pie, en burro, en barco, incluso nadando. Todo lo que pasó hasta ese momento es bastante confuso. Ni siquiera recuerdo el nombre del pueblo al que arribé con las otras personas. Estábamos todos en pésimas condiciones. Recuerdo que me trasladaron a un hospital en cuanto llegamos a la costa griega. Allí me dijeron que había perdido al bebé. ¿Sabes? No pude ponerle un nombre, porque nunca llegué a saber si era niña o niño.

Con la última frase, Fátima estalló en un doloroso llanto. Khaled la abrazó con fuerza. No podía creer cómo había sufrido todo ese tiempo. Era un milagro que estuviera viva. Cuando logró que se tranquilizara, ella prosiguió

con el relato.

–Pasé mucho tiempo en el hospital, estaba débil y había perdido mucha sangre. Luego, cuando me dieron de alta, no sabía qué hacer. El director del centro médico arregló mi traslado a un centro de refugiados en Atenas. Una camioneta nos pasó a buscar, creo recordar que éramos siete u ocho. A poco de llegar al centro de la ciudad, el vehículo se descompuso y debimos bajar para esperar que viniese el servicio mecánico. En la confusión, y aprovechando el descuido de los conductores, me escabullí.

–Tu segunda huida –dijo Nadir.

–Exacto. Llegué a una plazoleta frente a un gran hotel. Me senté en una escalinata. Ya ni fuerzas de llorar tenía. Al cabo de un rato, o de horas, no lo sé, se acercó una chica. Primero me habló en inglés. Le dije que en ese idioma era bastante mala, que solo hablaba árabe y bastante bien el español. No sabes la alegría que me dio cuando me dijo que era argentina. Así que nos pusimos a conversar en su idioma. Me contó que estaba de viaje hacía unos meses y que allí en Grecia se había interiorizado de la situación de los refugiados sirios, y que sentía que quería ayudar de alguna manera. Por lo pronto, me invitó a comer, y hasta me dio algo de su ropa. Durante la cena le conté la historia tal cual como te la estoy contando a ti. No pude guardarme nada, la sentí como una hermana en aquel momento. Sé que fui imprudente, pero ya no me quedaba nada.

–Está bien, tranquila. Hiciste lo que podías, y agradezco que te haya caído ese ángel del cielo para protegerte.

–Yo también pensé que era un ángel. Se lo dije, y rio sorprendida, porque pensó que yo era musulmana. Así que le expliqué lo de las diferentes religiones de nuestro país. Fue entonces que me dijo que deseaba ayudarme. Pero yo en Grecia no tenía nada, ni siquiera podía hacerme entender. Entonces me preguntó si conocía a alguien en Argentina como para contactar. Yo tenía los datos de Nizar Al-Abbar. Los dejaron en mi almohada el día previo a mi fuga en Damasco. Recuerdo que cuando vi el pequeño papel con la información de una persona en Argentina, entendí que era la hora de fugarme, alguien me estaba protegiendo. Había memorizado los datos y destruido la evidencia, pero luego, con todo lo que me sucedió, lo olvidé. Hasta que Ingrid (así se llama mi salvadora), hizo que lo recordara al mencionar su país. Ella me ayudó a contactar a Nizar. Y cuando hablé con él me dijo que conocía a Kamal. Entonces supe que estaba en buenas manos.

–Sabes que no es del todo cierto.

–Sí, sí. Luego Nizar me contó cómo sabía de la familia Ibrahim. Pero en aquel momento una luz de esperanza surgió en mi camino. Más aun cuando Ingrid se ofreció a pagarme el pasaje a Buenos Aires, incluso me dijo que viajaríamos juntas. Pero Nizar se opuso. Argumentó que era peligroso, que había que desviar la atención de mí por un tiempo. Así que arregló con Ingrid la compra del pasaje a Río de Janeiro. Luego, una vez allí, yo debía comprar un pasaje en bus a Recife, un lugar de bajo perfil para poder organizar nuestro encuentro. Le debo todo a Ingrid, que desinteresadamente, no solo me compró el pasaje de avión, sino que además me facilitó el dinero para el bus.

–¿Cómo sabes que ella no hablará?

–Me lo prometió. Simplemente creo en su palabra.

–¿Y tus papeles? ¿Cómo pudiste salir de Europa?

–Por suerte, siempre tuve mi pasaporte conmigo. No me lo habían quitado cuando estuve en cautiverio. Además, ya sabes, lo difícil es ingresar en Europa, pero no salir.

Khaled pensaba en toda aquella historia como en una película. Que hubiera aparecido esa chica en la vida de Fátima era increíble. Deberían localizarla. Pagarle todo lo que le debían. Aunque era mucho más que dinero, le debían que en ese momento ellos dos pudieran estar juntos de nuevo.

Había pasado una semana completa de angustia y zozobra. Siete días de ausencia y silencio. Siete largos días sin comer ni dormir.

Estaba sentada frente a su computadora, haciendo nada, cuando sonó el timbre. ¿Quién sería? No esperaba a nadie y sus padres la hubieran llamado antes. Cuando atendió, no lo podía creer. ¡Ingrid estaba de regreso! Bajó como loca a abrirle.

En cuanto la vio se abalanzó sobre ella y le dio tal abrazo que la dejó sin respiro.

–Bueno, bueno, fueron unos meses nada más.

–¡Volviste antes! ¿Cuándo llegaste? ¡No sabés lo feliz que estoy!

–¡Eh! ¿Para tanto? No seas escandalosa.

Pero cuando vio las lágrimas que recorrían las mejillas de Selma, supo que era algo serio.

–Vamos, vamos. Que quiero conocer tu nueva casita.

–¿Y cómo es que te enteraste de mi dirección? –dijo con la voz entrecortada.

–Adiviná...

Selma sabía que habían sido sus padres, y por primera vez en la vida les agradecía la intromisión.

–Vengo de lo de tus papás, cuando me dijeron que te habías mudado, quise darte la sorpresa. Menos mal que te encuentro –Ingrid hablaba y hablaba para que Selma se distrajesse.

Subieron. Mientras Selma se refrescaba, Ingrid recorría el apartamento.

–Es espectacular. Perfecta. Hasta la tenés decorada –dijo, tomando el reloj de arena de la repisa.

Eso bastó para que Selma, que regresaba del cuarto de baño, rompiera en llanto nuevamente.

–¡Epa! Che... ¿Qué es eso? ¿Me vas a contar? Por lo que veo no eran

lágrimas de emoción al verme, así que desembuchá ya.

–Preparo un té y te cuento.

Al rato, sentadas en el sillón de la sala, una hablaba y la otra escuchaba con atención.

Selma le contó del autobús, de la parodia del teléfono celular, de lo perfecto que era (un dios griego según le argumentaba) y de lo feliz que se había sentido esos días. Le refirió lo que le pasaba cuando la besaba, la tocaba, la miraba. Le confesó que nunca había hecho el amor así, que era mágico y sublime. Aquí debió frenar y hacer un pormenorizado recuento de las veces, las maneras, las sensaciones.

–¡Guau! Amiga, sí que la pasaste en el cielo.

–Hasta que desapareció de la faz de la tierra.

–¿Y no sabés dónde trabaja?

–No.

–Y el teléfono te dice eso del área fuera de cobertura.

–Sí.

–¿Y fuiste a su casa?

–¡Sí! Le pregunté a una vecina pero no sabe nada. Me dijo que hacía unos días que no lo veía. Nada nuevo. Hice todo lo que estaba a mi alcance.

–Algo le habrá pasado para no llamar. Tal vez no sepa tu número, si solo lo tenía agendado en su celular (como hacemos todos), y lo perdió o se lo robaron... Leí un libro sobre una chica que perdía el teléfono y no podía contactarse con su enamorado.

–¡Ah! Pero eso solo pasa en las novelas.

–Nada que ver, ¿no oíste el dicho que dice que la realidad supera a la ficción?

–Sí, ya lo había escuchado.

–Es así nomás. Haceme caso. Y dejame que te cuente lo que me pasó en el viaje, que por eso tuve que regresar antes. Vas a ver si no es de película. No te preocupes por adelantado y escuchá esto.

Pero Selma tendría mucho más de qué preocuparse.

Pasaban los días y Selma seguía sin novedades. Del estado inicial de tristeza, había pasado por el de melancolía, y ahora se hallaba en la etapa de ira. Lo odiaba con toda su alma, por hacerla sufrir, por haberla ilusionado, por haberlo creído tan perfecto. Lo detestaba a él y a toda la raza masculina sin distinciones.

De pronto recordó la increíble historia de Ingrid con la chica siria. Su amiga le había hablado de la belleza sin igual de la joven, de cómo la había conmocionado su traumática historia, de lo perdida que la había encontrado. Todo un pueblo sufriendo a causa de la necesidad de unos pocos. Y entonces pensó que Nadir también era sirio. Que había crecido sin sus padres en aquella sociedad turbulenta, de lo problemática que debió haber sido su vida. Y un dejo de pena se le alojó en el corazón. ¿Qué motivos habría tenido para desaparecer así? Le había confesado no tener amigos ni relaciones estables. ¿Acaso tendría problemas para relacionarse con los demás? ¿Habría acaso en él alguna patología producto de una infancia en extremo difícil? No podía comprenderlo. Lo había sentido tan cercano, íntimo. ¡Le había regalado un reloj de arena antiguo! ¡Y le había confiado el significado especial que tenía para él! «¿Dónde estás Nadir? ¿Dónde estás amor mío?». Esas palabras atravesaron su mente como flechas puntiagudas, mientras estaba a punto de comprobar algo que temía desde hacía un par de días.

Las dos líneas del test de embarazo se mostraron nítidas. Inefables. No podía ser posible, pero así era. Corrió a llamar a su amiga. Casi un mes sin Nadir y el destino se le presentaba oscuro, siniestro. Sin Nadir pero con un hijo suyo. ¿Cómo se lo diría a sus padres? No lo aceptarían. La obligarían a hacer algo que nunca permitiría. «¡Ingrid contestá por favor!».

Por fin su amiga atendió el teléfono.

–Voy para allá –dijo sin titubear al escuchar la desesperación de su amiga.

Ya juntas en el departamento de Selma, lloraban las dos al unísono.

–¿Cómo no te cuidaste Selma!

–Ya lo sé, no me tortures más. Es que con Gabriel me cuidaba tomando las

píldoras, y cuando nos separamos, dejé de usarlas. No me esperaba conocer a alguien así de rápido.

–¡Pero existen otros métodos! ¿En qué diablos pensabas? –Ingrid parecía enojada como si fuera su madre.

–No sé, qué sé yo... No pensé que iba a pasar. Después simplemente pasó. Calculé la fecha de mi período y creí que todo iba a estar bien.

–No es solo por eso. ¿Y si te contagiabas algo? ¡Qué irresponsable por el amor de Dios!

Selma lloraba a moco tendido. Su amiga no ayudaba en nada. Además de estar embarazada cabía la posibilidad de algo peor, una enfermedad por ejemplo.

Ingrid al ver el estado calamitoso de Selma se arrepintió de haber sido tan cruel. La abrazó fuerte y trató de calmarla.

–Tenés que contárselo a tus papás.

–¡No! No todavía. Primero quiero ver a un médico y que me diga que todo está bien. A esta altura ni siquiera debe verse en una ecografía.

De pronto, el pensar en ese pequeño ser dentro de su vientre la conmovió. ¡Tendría un hijo! Y una corriente eléctrica le recorrió el cuerpo entero.

* * *

Era domingo y Khaled estaba repasando los planes para regresar. Hacía mucho calor así que se había ubicado en la galería de la casa, al resguardo del sol. Las mujeres cocinaban, se las oía conversando distendidas.

De pronto, algo extraño le sucedió. Sintió un escalofrío y una rara sensación le recorrió todo el cuerpo. Pensó inmediatamente en Selma y una especie de angustia lo invadió. ¿Cómo reaccionaría al verlo? La extrañaba tanto que le dolía. ¿Y si ella no quería saber más nada de él? Aunque le había dicho que su viaje se podría prolongar más de lo estipulado, no se había comunicado con ella, y eso Selma no se lo perdonaría. Le explicaría, le rogaría, se pondría de rodillas de ser necesario. Ya nada podría interponerse entre ellos.

Le había contado a Fátima sobre Selma, por fin. Ella se había entristecido por su historia. Pero al menos ellos ahora estaban juntos y podrían darse

consuelo mutuo. A Khaled aquello no le bastaba. Ahora que había recuperado a Fátima, solo deseaba estar con Selma.

A veces la soñaba, hermosa, con sus piernas desnudas y su pelo de seda. Pero esos sueños siempre terminaban en pesadilla. Algunos eran horribles, la veía caer en un precipicio o ahogarse en un río turbulento. Otros eran bellos al principio, porque al abrazarla tocaba su vientre abultado y así descubría que estaba esperando un hijo suyo. Una alegría incommensurable le rebozaba el pecho, pero entonces ella le decía «no te quiero, no sé quién sos». Y despertaba agitado y sudado.

Se levantó de pronto de su silla con una decisión tomada. Era tiempo de regresar. Así se lo comunicó a Fátima y ella aceptó las condiciones. Viajarían a Buenos Aires y Fátima se instalaría con Nizar Al-Abbar. Él le comunicaría a Kamal que abandonaba todo; no deseaba pertenecer más a ese complejo entorno de su tío. Casi les había costado la vida de Fátima, ya era hora de salir del juego completamente. Tal vez no sería mala idea tomar el nombre de Nadir como verdadero. Necesitaría la ayuda de Al-Abbar y sus contactos para lograrlo. Por seguridad, Fátima también debería adoptar una identidad nueva. ¿Y de qué viviría? Hasta ese momento lo había sostenido económicamente la organización que Kamal lideraba. Si se salía del ruedo debería conseguir un trabajo real y normal. Su título de Ingeniero en Telecomunicaciones debería servirle de algo en Argentina, ya vería.

Se puso nervioso al pensar que se reencontraría con Selma. Y una inquieta felicidad lo sobrecogió.

S elma visitó al médico acompañada de su amiga Ingrid. Resultó ser un hombre agradable y comprensivo. Nunca preguntó por el padre del bebé, y le envió a realizar una serie de estudios además de la ecografía obligada. Para esta debería esperar otra semana. «Allí veremos si está todo bien con el pequeñín», le había dicho. El pequeñín era nada más ni nada menos que su hijo. Suyo y de Nadir. Derramó unas lágrimas nuevamente. Últimamente lloraba mucho y por cualquier cosa, incluso había llorado porque se le quemaron las tostadas.

El doctor González la tranquilizó diciéndole que eran normales los cambios repentinos de ánimo en las embarazadas, debido a que las hormonas se hallaban revolucionadas, pero ella igual se sentía tonta.

Finalmente resolvió que llamaría a su cuñada y se lo contaría. Ella estaba de casi ocho meses de embarazo y podría aconsejarla.

Luego de la charla con Carina se sintió más relajada. Le había dicho que la llegada de un bebé siempre era una buena noticia, más allá de las circunstancias, y que si las cosas se ponían mal con sus padres, podría ir para San Rafael, que su hermano y ella estarían felices de tenerla con ellos.

Por la noche recibía el llamado de Ramiro. Ella hubiera apostado que le reprocharía lo sucedido, pero en cambio lo notó emocionado y volvió a reiterarle la invitación que horas antes le hiciera Carina. Le deseó suerte para cuando hablara con sus padres, y le dijo que no dejara de llamarlo por cualquier cosa que necesitara.

Con el apoyo incondicional que recibió de ellos, se sintió más fuerte para afrontar la charla con Rafael y Ana Clara, que había planificado para luego de realizarse la ecografía.

Un paro del transporte aéreo en Panamá complicó los planes de volar inmediatamente. Dos veces les reprogramaron el vuelo, por lo que se quedaron en casa de María diez días más de lo que Khaled hubiera querido.

Finalmente viajaron dos días antes de Nochebuena. Llegaron a San Pablo por la noche, donde esperarían cinco horas en el aeropuerto para finalmente tomar el avión que los trasladaría a Buenos Aires. Allí estaría esperándolos Nizar Al-Abbar, que los llevaría a su vivienda, una casaquinta en Del Viso, un paraje algo alejado de la ciudad.

Los nervios de Khaled eran notorios. Por fin, después de un mes y medio fuera del país, regresaba al que consideraba su hogar, porque era el hogar de Selma.

Fátima en cambio, estaba tranquila. Solo quería hallar la oportunidad de encontrarse con Ingrid, la argentina que había hecho posible su realidad actual. Y por supuesto devolverle el dinero que ella le había dado desinteresadamente, y que sabía le había hecho acortar en mucho la planificación de su viaje.

* * *

Veintitrés de diciembre. Nunca lo olvidaría. Se hizo la ecografía a las diez de la mañana. Fue sola. Ingrid no había podido acompañarla. La sensación que tuvo fue indescriptible. La doctora que la atendió le mostró una manchita en la pantalla y le contó que medía once milímetros y que tenía la mayoría de sus órganos en pleno desarrollo. El momento más increíble fue cuando encendió el parlante... ¡Estaba escuchando latir su corazoncito! Las lágrimas brotaron de sus ojos claros, algo ya habitual en su comportamiento, pero no por ello menos intenso. La doctora siguió contándole.

—Todos sus rasgos principales ya están definidos. Como tenés ojos claros, si el padre también los tiene, indefectiblemente los tendrá claros, en cambio si...

Pero Selma ya no la escuchaba. Vinieron a su mente los espectaculares ojos verdes de Nadir, e imaginó a su pequeño o pequeña con los mismos ojos. Se le hizo un nudo en la garganta y no pudo hacerle ninguna pregunta a la médica.

—Está todo perfectamente. De todos modos, tu obstetra te lo va a confirmar

en la próxima visita cuando le lleves el resto de los estudios.

Salió del consultorio con una felicidad infinita. Jamás se imaginó sentir así. Nunca había pensado en los bebés como ahora. Mientras regresaba, se fijaba en cada mujer embarazada o madre con cochecito. ¿Siempre había habido tantas?

Su mente vagaba por estos pensamientos cuando el chofer del taxi la interrumpió para comunicarle que tomaría la autopista y luego la Avenida General Paz, así evitarían en tránsito intenso de la ciudad. A Selma le daba igual.

En un momento del viaje, le pareció ver a Nadir en un auto que pasó junto al taxi. ¿Podía ser posible? Manejaba otro hombre, él iba a su lado, y en la parte trasera viajaba una mujer. No, no podía ser él. Estaba sugestionada por lo que acababa de vivenciar. Y pensó cómo le hubiera gustado contarle de la ecografía, de su hijo, de tantas cosas... Pero no estaba allí. ¿Regresaría algún día? Ingrid le decía que tal vez hubiera tenido algún inconveniente en el extranjero, y estaría tratando de solucionarlo... ¿Y si no podía volver? No sabía su apellido, ni su lugar de trabajo. ¿Cómo localizarlo? A su casa no había regresado aún, eso era un hecho. Parecía una situación novelesca. Pero lamentablemente pasaba en la realidad, en su triste y penosa realidad. El automóvil desapareció entre el tráfico, y con él los fantasmas de la imaginación de Selma.

* * *

Hubiera querido detenerse en su casa. Ir en busca de Selma. Olvidarse de una vez por todas de seguir cumpliendo órdenes y mandatos. De permanecer en la línea de lo planificado. Pero Nizar no se lo permitió. Por el momento estaban bajo su vigilancia y cuidado, y se establecerían en su casa en las afueras de la ciudad. Debían procurar asegurarse de que ya no había peligro alguno. Tomarían las cosas con calma. Pero Khaled no necesitaba de aquella calma. Él solo necesitaba a Selma.

De pronto vio a una chica que pareció mirarlo desde un taxi. Iba sola, sentada en la parte trasera. Los vidrios polarizados del auto no lo dejaron ver con precisión, pero le dio la sensación de que se parecía a ella. ¡Estaba volviéndose loco! ¿Qué iba a hacer Selma a esa hora por aquella carretera?

Temía terminar trastornado si no tenía pronto un encuentro con ella. Tenía que verla, hablarle, tocar su piel translúcida, mirarla a través de sus ojos color del cielo. No le importarían sus reproches, sus gritos, el odio que podría tenerle. Los soportaría estoicamente. Le disculparía todo, incluso si deseara golpearlo. Ella no sabía nada, tenía todo el derecho a detestarlo, a no querer verlo más. Pero él le explicaría. Le contaría toda la verdad. Le hablaría de su tío Kamal y de Fátima. Le diría lo difícil y horrible que fue para él haber tenido que mentirle. Le pediría perdón de todas las formas posibles. Lloraría, imploraría, suplicaría. Porque la amaba como nunca había creído poder hacerlo. Porque Selma lo era todo para él.

* * *

Llegó a casa de sus padres. No había querido pasar por la suya para no amedrentarse. Tenía que afrontar la situación. La felicidad que había experimentado esa mañana comenzaba a esfumarse.

Entró sin llamar, pues aún conservaba las llaves de la casa. Su madre cocinaba. Su padre había solicitado el día libre en el trabajo, pues esa misma noche viajarían a San Rafael para pasar la Navidad con su hijo.

–¡Hija! No te esperábamos hasta la tarde –dijo Rafael.

–Tengo que hablarles.

–No nos vengas con un martes trece que ya tenemos todo listo para el viaje de esta noche –aseveró Ana Clara.

–¿Qué? ¡Ah! Sí, el viaje. No... es otra cosa –ni había reparado en ello.

–¡Hablá entonces! Qué misteriosa –refutó la madre.

Selma sacó un sobre de su bolso y lo puso sobre la mesa. Ana Clara dejó de revolver la olla y fue a ver. Pero Rafael se adelantó, tomó el sobre blanco y lo abrió. Sacó una especie de carpetita, que también abrió. Vio fotos en blanco y negro de un estudio médico, al parecer una ecografía.

–¿Qué es eso? –le preguntó Ana Clara.

–Estoy embarazada –soltó sin más preámbulos, y se dejó caer en una silla.

–¿Qué? ¿Cómo es posible? ¿Qué estás diciendo? –gritó su madre.

–¿Acaso volviste a ver a Gabriel? –atinó a decir el padre.

–¡No! ¿Cómo se te ocurre? No es de Gabriel.

–¿Y entonces? ¿Podrías ser más específica? –la madre perdía la paciencia.

–¿Acaso es importante quién es el padre? –contestó Selma nerviosa.

–¡Importante! ¡Importante dice! –Ana Clara estaba roja y alzaba la voz.

–¡Basta Ana Clara! Calmémonos todos un poco –intervino Rafael.

–Yo estoy calmada –dijo Selma con ínfulas.

–No estás colaborando Selma –respondió su padre con tono severo.

Selma bajó la cabeza. Debía decirles quién era el padre del bebé. Aunque no lo viera de nuevo, debían saberlo.

–Es de Nadir.

–¿Quién? –preguntó la madre.

–¿Nadir, *tu amigo* de la mudanza? –repreguntó el padre.

–Sí. *Mi* amigo de la mudanza –replicó Selma.

–Bueno, veo que dejó de ser rápidamente tu amigo. ¿Y dónde está ahora? Hace un tiempo nos comentaste que estaba de viaje –dijo Rafael, y ahora era él quien elevaba la voz.

–No sé.

–¿Cómo que no sabés? –Ana Clara ya perdía los estribos–. ¿Me querés decir que ese chico no sabe de esta... situación?

–Esta *situación* como le decís vos, se llama hijo. Voy a tener un bebé y ustedes serán los abuelos, les guste o no.

–Ya tendremos un nieto. Tu hermano va a ser padre pronto en una familia conformada.

–¡Ana Clara! No embarres la cancha. Por favor no discutamos. Hay que ver cómo resolvemos este problema.

–¿Qué querés resolver papá? Acá no hay nada que resolver. Y si tanto les preocupa que sea madre soltera, es problema suyo.

Selma se levantó de pronto, le arrebató la ecografía a su padre, que aún la

conservaba en la mano derecha, y se fue. Mientras salía a la calle les gritó.

–¡Olvídense del viaje! No pienso ir. ¡Y olvídense que tienen una hija!

Desapareció de su vista dejando a ambos devastados.

Selma no había pensado en nada. Su amiga Ingrid la llamó por la noche para saludarla. En la mañana viajaría con su familia a Miramar para pasar las fiestas navideñas con su abuela y el resto de la parentela, como hacía desde pequeña.

¿Y ella qué haría? Descartada la posibilidad del viaje a San Rafael, solo le quedaba pasar la Navidad sola. No le importaba. En ese momento todo era confuso, pero las cosas mejorarían. Tenían que mejorar. Había alguien más que dependía de ella en ese momento. Y con ese pensamiento se quedó dormida.

* * *

Se miraron. Se abrazaron. Se besaron. Un beso profundo, sediento. Manos que acariciaban, que tocaban, que sentían. Prendas que caían quedando esparcidas por la habitación. «Nos pueden ver», dijo él. «Ya no me importa», respondió ella sonriente. Era lo más bello que sus ojos habían visto jamás. Su piel de Blancanieves mostraba delgados caminos azules en el cuello, en los párpados, detrás de las orejas. Comenzó a besar esos senderos con ansias. Amaba esa piel casi transparente. Amaba el aroma que despedía. Recorrió cada una de esas sendas azuladas, deteniéndose especialmente en las de las ingles, despertando quejidos de placer en su amada. Sus besos la transitaban con premura, y ella se dejaba explorar con éxtasis. La sentía suya, entregada a su amor perpetuo con pasión encendida. Y la amó, la amó hasta la extenuación de ambos. De una y mil maneras. La amó hasta que, tendidos y agotados, ella tomó su mano cariñosamente, y la posó sobre su vientre. Lo miró sonriente. Y el mundo se detuvo. Una felicidad completa se apoderó de su ser. Una plenitud jamás imaginada lo embargó y las lágrimas regaron ese vientre que recién ahora notaba apenas abultado. Ella reía, él lloraba de emoción. Y se fundieron en un abrazo profundo, de amor infinito, un abrazo de tres.

Khaled despertó con los ojos húmedos, y una sensación extraña en el pecho. No se imaginaba que a unos kilómetros de distancia, Selma había experimentado algo similar.

* * *

Selma miraba por el ventanal de su cuarto. La gente pasaba apurada. Unos con paquetes, otros con bolsas y botellas en la mano. Estaba oscureciendo y las personas se aprontaban para la celebración de la Nochebuena.

Sintió como que se ahogaba así que decidió bajar a la vereda y tomar un poco de aire. En la planta baja se cruzó con su nuevo vecino, un chico muy simpático que se había mudado hacía un par de semanas.

–¿Todavía por acá? –preguntó intrigado al verla allí.

–No voy a ningún lado. Me quedo en casa. Mi familia viajó a San Rafael a pasarla con mi hermano y mi cuñada. Pero yo decidí quedarme.

–Hacés bien. A veces las reuniones familiares son algo patéticas –dijo, tratando de ser amable.

Ella no coincidía. Amaba las reuniones con la familia. Sobre todo en Navidad. Pero esta vez hubiera sido humillante. Así que solo le respondió para salir del paso.

–Sí, la verdad que sí. ¿Y vos?

–Yo también me quedo. Mi familia vive en Córdoba Capital, pero viajo para Año Nuevo. Además, acabo de salir de guardia –y se señaló el mono de color verde claro.

–¿Sos médico?

–Estoy haciendo la residencia de pediatría.

–Estarás agotado. Esas guardias son infinitas.

–Uno se acostumbra.

–Buenas noches entonces, y ¡feliz Navidad! –le dijo Selma con una sonrisa.

–¡Igualmente! –exclamó pensando en lo agradable que era su vecina.

Se estaba yendo cuando volvió sobre sus pasos.

–¿No querés venir a cenar a casa? Tengo unas pastas para cocinar... así al

menos no la pasamos solos.

Selma estaba a punto de decir que no... pero qué más daba.

–Está bien. Yo llevo la bebida.

Subieron juntos en el ascensor y quedaron en encontrarse una hora más tarde en la casa de él, el 2° A.

–Perdón, ¿cómo te llamás? Suelo saber el nombre de las personas con las que cenaré.

–¡Jajaja! Lo siento, nunca me había presentado. Me llamo Manuel. Vos sos Selma, ¿no?

–Sí. Al menos uno de los dos sabía el nombre del otro –y se alejó riendo.

Selma se fue directo hacia el armario. No se pondría el vestido sin mangas que pensaba llevar a lo de su hermano. Tampoco el vestido nuevo que nunca estrenaría con Nadir. Usaría algo simple. Un jean y una blusa. Clásico e informal. No tenía que presumir. Ni lo deseaba tampoco.

A las diez tocaba el timbre en el apartamento de al lado. Él también tenía puesto un jean, con una camiseta polo de color blanco. Era apuesto y hablaba con ese acento cordobés tan particular. Llevaba el pelo algo largo y alborotado. Le recordaba a un actor, el de la saga *Matrix*... ¿Cuál era su nombre? Se lo diría durante la cena.

–Llegaste justo a tiempo. Las pastas están listas. Espero que no seas alérgica al tomate porque ya les puse la salsa –dijo haciendo una mueca suplicante.

–No, para nada. El tomate está muy bien. Y me encantan las pastas.

Entró a la casa. Era más grande que la suya. La cocina estaba aparte, y la sala tenía el espacio del living separado del comedor.

–Traje vino. Yo no puedo tomar pero abrílo vos. De verdad no me molesta. Para mí traje agua mineral.

–¿Sos abstemia? –dijo elevando la voz pues ya se había metido en la cocina a terminar de emplatar.

–¡Jajaja! ¡No! Pero estoy tomando una medicación –mintió.

–Muy bien –dijo ingresando en el comedor con los platos servidos–. Agua será para la señorita.

Y riendo, fueron a la mesa.

* * *

No aguantó más. Ver los preparativos para la cena lo estaban enloqueciendo. Como eran sirios católicos, festejaban la Navidad como cualquier cristiano. Nizar no tenía familia pero había invitado a unos amigos para pasarla en su casa.

Sin que lo vieran, tomó las llaves del coche de Al-Abbar y se escabulló por la puerta trasera de la casaquinta. Se dirigió hacia el automóvil y se subió. Era un avión comparado con el suyo. Por suerte tenía GPS incorporado, porque aunque su sentido de la ubicación era excelente, se hallaba en una zona que no conocía y le hubiera costado llegar a destino. Sabía que tenía un largo trayecto hasta lo de Selma, así que apretó el acelerador.

Al llegar por fin a Villa Devoto, se aventuró primero hacia la casa de los padres de Selma, suponiendo que estarían festejando allí. Recordaba un comentario de ella acerca de las hermosas fiestas navideñas en su hogar. El chalet estaba a oscuras y las persianas bajas. Era evidente que allí no había nadie. Selma le había contado que tanto su mamá como su papá eran hijos únicos, y que ya no tenía a sus abuelos. Era raro entonces que no estuvieran allí. Sin pensarlo, se dirigió hacia la casa de Selma, suponiendo que hubieran optado por celebrar en su nueva casa. El corazón le latía con fuerza.

Cuando llegó, vio la ventana del living abierta, aunque las luces estaban apagadas. Tocó el timbre y esperó. Nada. Lo intentó un par de veces pero no obtuvo respuesta.

En un momento, y aprovechando que Selma se levantó de la mesa para ir al cuarto de baño, Manuel salió al balcón. En esto también se diferenciaba respecto al apartamento de ella, que tenía ventanales con barandilla, sin balcón. Al salir, oyó a través de la ventana abierta de Selma el sonido del timbre de su departamento. Se asomó discretamente y vio a un joven más o menos de su edad, de pelo corto y contextura grande. Las luces y sombras de la noche no lo dejaban distinguir mucho más, aunque sí podía percibir su insistencia con el timbre. Luego de unos minutos se retiró, y vio un auto de alta gama arrancar a toda velocidad.

En ese instante, Selma salía del cuarto de baño con mala cara.

–Perdón, no me siento muy bien. Creo que me voy a tener que ir.

–Soy médico. Decime qué sentís a ver cómo puedo remediarlo.

–No creo que puedas hacer nada. Estoy embarazada –dijo sin preámbulos.

–¡Ah! ¡Oh! Entonces lo de la medicación, y el vino... ya entiendo.

–Lo lamento, no quise inmiscuirte en mis problemas. Pero como ves, no pude ocultártelo por mucho tiempo.

–No tenés que disculparte. Vení, vamos. Te acompaño hasta tu casa.

Tomó la llave de su apartamento y la condujo hasta allí. De un arrebato había tomado su maletín de médico, así que al entrar la hizo recostarse en su cama y le midió la presión. La tenía bastante baja.

–Estando embarazada es mejor que no sigas usando esos pantalones. No es bueno que tengas el abdomen tan comprimido.

–Lo que usted diga doctor. De todas formas, de un momento a otro dejarán de quedarme.

–Te dejo descansar. En cuanto pasen las náuseas, es importante que tomes agua. Y ponete ropa cómoda. Mañana paso a ver cómo estás. Ahora tratá de dormir.

Manuel salió de la habitación pensativo. Nada le diría del joven que vio tocando el timbre en su casa. Si Selma se hallaba sola en Navidad estando embarazada, nada bueno podía provenir de él.

–Cerraré así nomás. Hay traba de seguridad –escuchó decirle desde el dormitorio–. ¡Y me estoy cambiando para que no me retes!

Manuel rio.

–¡Feliz Navidad! Que descanses.

Y cerró la puerta, tranquilo de haber hecho lo correcto.

Al día siguiente, Selma recibía el llamado de su hermano.

–Ellos se van esta noche. Venite para acá, yo te pago el pasaje.

–No es por el pasaje.

–¿Y entonces? ¿Dónde vas a estar mejor que acá? Además Carina estaría feliz.

–Bueno, está bien. Pero no quiero cruzarme con ellos. ¿Por qué se vuelven antes? ¿No se iban a quedar hasta el domingo?

–Dicen que no están de ánimo, que solo vinieron para que no nos ofendamos. Viste cómo son los viejos...

–Sí, exacto. Por eso no quisiera cruzármelos.

–Consiguieron cambiar el pasaje. Salen a las ocho. Ya me meto en internet para ver si consigo algo para vos.

–Seguro es más fácil que vaya en bus, no creo que haya ningún aéreo disponible.

–Pero en ruta son unas cuantas horas.

–No te preocupes, no tenés idea lo que estoy durmiendo. Ni lo voy a sentir.

–Bueno, igual dejame que primero averigüe un poco, tal vez deba llamar por teléfono para ver si alguien hizo alguna cancelación de la que te puedas aprovechar.

–Dale.

Por la tarde recibía un nuevo llamado de Ramiro avisándole que consiguió un pasaje de avión. Viajaría muy temprano en la mañana del sábado.

Ya al anochecer, la visitó su vecino Manuel, quien insistió en volver a tomarle la presión arterial.

–Está todo en orden. Descansar te hizo bien.

–Mañana me voy a lo de mi hermano en San Rafael. Supongo que me quedaré hasta el Año Nuevo.

–¡Excelente! Te van a venir bien unas pequeñas vacaciones y que te mimen un poco.

–Lo sé. Igual también voy a trabajar, me llevo la *notebook* para no retrasarme tanto.

–Acordate de hidratarte bien y comer liviano. Dentro de unas semanas ni vas a recordar estos malestares.

–Eso espero. La estoy pasando bastante mal.

Manuel le sonrió. ¡Qué hermosa era Selma! Su sonrisa sincera, su mirada cristalina, esos rasgos delicados enmarcados por el cabello negro. Sería fácil enamorarse de ella. Pero claro, estaba el asunto del bebé, demasiado complicado. ¡Maldito tipo el que la embarazó y la dejó sola! Aunque ella no lo había mencionado, era obvio que no estaban juntos.

Se despidieron hasta su regreso. A Selma le caía muy bien su vecino. Era amable y no la cuestionaba por su situación. En cambio sus padres... ¿Qué haría con ellos? ¿Cambiarían de actitud en algún momento? Decidió acostarse. Había tomado un té de tilo y le estaba haciendo efecto. Además debía

levantarse temprano para viajar. Ya había reservado el taxi que la llevaría hasta Aeroparque.

Khaled despertó con la cabeza que le explotaba. Había dormido todo el día después de haberse embriagado como nunca había hecho.

Llegó a la casa quinta de Nizar unos minutos antes de las doce de la noche. El amigo de su padre nada le reprochó. Ni siquiera que le hubiera sacado el automóvil sin permiso.

–Te perdiste la cena, estuvo estupenda –le comentó Fátima cariñosa.

Él no respondió. Se sirvió una copa de las que estaban listas para el brindis navideño y la terminó de un solo trago. Se sirvió otra, y otra más. Al cabo de una hora había perdido la cuenta de cuántas llevaba.

El amanecer lo encontró tirado boca abajo en el césped a unos metros de la casa. Solo se oía el trinar de los pájaros. Trató de levantarse pero no pudo. Notó que tenía la ropa totalmente mojada. El rocío de la madrugada había hecho su trabajo. A duras penas logró incorporarse, y llegó a su cuarto prácticamente arrastrándose. Se tiró en la cama así como estaba, todo sucio y mojado, y a pesar de que sintió frío no se movió.

Así despertó por la noche. Con un mareo profundo y un dolor de cabeza atroz, se metió en la ducha. Sentía náuseas a pesar de tener el estómago vacío. Se vistió y fue a la cocina. Allí lo esperaban Nizar y Fátima. Lo miraron expectantes, pero sin decir nada.

En la mesa había una taza de té y galletas. Se sentó y tomó un poco. La náusea regresó así que desistió de continuar. Se levantó. No podía mirarlos a la cara, por lo que regresó a su cuarto en silencio, cambió las sábanas y se recostó.

Las imágenes de Selma se sucedían una tras otra. Se dio cuenta de que siempre la recordaba sonriendo. ¡Cómo ansiaba tenerla a su lado! Estrecharla entre sus brazos, susurrarle al oído y escuchar su risita tímida como respuesta. Volvería al día siguiente. Necesitaba encontrarse con ella y darle todas las explicaciones. Le contaría la verdad, nada le importaba más que Selma, absolutamente nada.

Esa noche volvería a soñarla.

* * *

Despertó acalorada, agitada. Había vuelto a soñar con Nadir. Ya había soñado con él en varias ocasiones, pero los sueños de las últimas noches habían sido diferentes. Eran vívidos, intensos, casi reales. Podía sentir el contacto con su piel, acariciar su cabello revuelto y entrelazar la mano con la suya. Olía el aroma de su cuello y percibía el aliento tibio sobre su boca. Sus ojos de esmeralda posados sobre ella. ¡Lo sentía tan cercano, tan suyo!

Y luego despertar. Volver de aquella irrealidad perfecta, casi mágica para sentir un vacío profundo y doloroso. Derramaba tantas lágrimas que se le mojaba la almohada. Ingrid le había dicho que no llorara porque le iba a hacer mal al bebé. Pero no podía evitarlo. La angustia era tan grande que si no lloraba creía que moriría. Llorar le hacía bien, porque luego del llanto profundo lograba serenar su espíritu.

Miró el reloj, debía levantarse, aunque hubiera preferido quedarse en la cama todo el día. Tal vez si cerraba los ojos volverían esas imágenes idílicas de ella y Nadir, y regresaran los besos, las caricias... ¡No! No debía seguir engañándose. Pero tampoco podía dejar las cosas como estaban. Sin importar las razones de él para no dar señales de vida, ella estaba esperando un hijo suyo y Nadir tenía derecho a saberlo. No lo obligaría a nada, dejaría que fuera su decisión. Pero él tenía que estar al tanto.

Decidió que le escribiría una carta. Si aún no había regresado, algún día lo haría. Supuestamente sus cosas seguían en el apartamento. ¿Y su auto? No había reparado antes en ello.

Se vistió rápido y se dispuso a escribir la misiva. La maleta estaba hecha y solo restaba esperar al taxi.

Cerró el sobre en el mismo momento en que sonaba el timbre.

Al subir le dio las indicaciones al taxista para realizar una parada previa al destino previsto, el aeropuerto.

Cuando llegó, la vecina de Nadir, una señora mayor muy amable con quien ya había hablado antes, se encontraba barriendo la vereda.

–Hola señora, ¿cómo está?

–Hola querida –la miró y se quedó pensando–. Creo que te recuerdo. Viniste hace un tiempo a preguntar por el chico que vive en el departamento del fondo, ¿no es así?

–Sí, era yo. ¿Ha sabido algo de Nadir?

–Nada de nada. Es toda una intriga –y bajando la voz agregó–. Al parecer el viaje se demoró mucho más de lo previsto. Él me había dicho que no me preocupara, pero se están acumulando las cuentas para pagar. Incluso hace unos días vino el señor que le alquila la cochera a preguntar por él.

–Ya veo.

–¿Quieres dejarme tu teléfono? Yo podría avisarte si sé de algo.

–Oh, no. No se preocupe. Aunque le voy a pedir un favor. Le voy a dejar un sobre. Pero no lo deslice debajo de su puerta, necesito que se lo entregue en la mano. ¿Haría eso por mí?

–¡Por supuesto querida! Lo voy a guardar bien, y el día que regrese se lo entrego.

–Le agradezco mucho.

–¡Ah! Una cosita. Yo viajo al mediodía hacia Corrientes. Voy a pasar unos días con mi hija y me quedo hasta el Año Nuevo, ¿sabés? Digo, por el sobre.

–No se preocupe, si vuelve mientras usted no está, se lo dará a su regreso.

–Ah, eso sí. Quedate tranquila m'hija, quedate tranquila.

–Bueno, ¡gracias por todo! –hizo un pausa para que le dijera su nombre.

–Ofelia.

–¿Sabe Ofelia? Yo también viajo. Ahora mismo estoy yendo a ver a mi hermano que vive en San Rafael.

–Que tengas un buen viaje entonces.

–¡Usted también!

Se metió rápidamente en el taxi, ya se había demorado más de la cuenta con la charla.

* * *

Despertó luego de un sueño vívido. Intenso. Otro más de los tantos que venía teniendo los últimos días. Había sido tan real que creía que si estiraba

el brazo la tocaría. Pero no. Estaba solo allí, y su soledad le pesaba tanto que le causaba dolor físico. Estaba resuelto. Iría primero a buscar su auto, para lo cual debería viajar en ómnibus hasta la ciudad. Luego pasaría por la casa de Selma. Era sábado así que tenía que estar allí. Y si no estaba iría a lo de sus padres. A alguien tendría que encontrar.

Luego de un viaje interminable al calor del mediodía, llegó a la cochera. Soportó con estoicismo los reproches del dueño y para mitigar su enojo, además de pagarle el mes adeudado, le abonó el actual y uno por adelantado. El hombre quedó conforme con aquella acción y lo dejó en paz.

Se dirigió a casa de Selma. Desde la calle observó que había colocado cortinas y estaban cerradas. Tocó el timbre varias veces pero nadie atendió. «Otra vez lo mismo», pensó con gran desilusión.

Decidió ir a lo de sus padres como había pensado. Al llegar se detuvo en la puerta dubitativo. Sí. La buscaría allí. No tenía más opción, y le urgía encontrarla, quería explicarle, necesitaba que comprendiera sus motivos. Llamó y esperó impaciente. Al cabo de un momento que se le hizo eterno, abrió Rafael.

—¿Sí?

Le dio la sensación de que no lo reconoció.

—Hola señor, soy Nadir, el amigo de Selma.

Rafael casi trastabilla con el pequeño escalón delante de la puerta. Caminó lentamente por el sendero del jardín que separaba la casa de la vereda. Parecía estar midiendo la intemperancia de Nadir. Pero este actuó con toda la paciencia de la que era capaz. Todo dependía de esa conversación.

—Nadir —repitió adrede—. ¿Qué te trae por acá?

—Estoy buscando a su hija. Acabo de regresar de viaje y no puedo encontrarla en su casa. Extravié mi teléfono y...

Pero Rafael no dejó que siguiera hablando.

—Es que no vas a poder encontrarla. Se fue por un tiempo a vivir con una amiga al sur del país.

—¿Cómo dice? Es que...

—Te voy a ahorrar palabras. Ellas nos puso en sobre aviso de que podrías aparecer por aquí, y nos dejó encargado que te digamos que no la busques, no la llares y que, principalmente, no vuelvas.

Cada palabra de Rafael era una estaca que se clavaba en su corazón. Él

continuó.

–Así que creo que ya no tenemos más nada de qué hablar.

Se dio media vuelta y regresó por el sendero hasta perderse en el interior de la casa.

–¿Quién era? –le preguntó Ana Clara desde el patio.

–Alguien que vendía plumeros.

–¿Plumeros?

–Sí. Plumeros, escobas, todo eso. ¿No querías, no?

–No querido.

Nadir ingresó al auto. ¿Qué haría? Decidió ir hasta su casa.

Entró recordando la vez que había ido con Selma, un día antes de marcharse. El último día que estuvieron juntos. Tomó la llave que había dejado oculta sobre el vano de la puerta. Al ingresar, el olor a encierro fue notable. Abrió de par en par la única ventana del ambiente. Lo primero que vio fue la foto de Selma sobre la mesa, aquella que le había robado el día de la mudanza. Su imagen lo sobrecogió. Cómo se arrepintió en su ausencia de no haberla llevado... pero era peligroso, si algo salía mal esa fotografía podía meterla en un problema. Fue sensato dejarla en su casa. Ahora que estaba de vuelta le compraría un portarretrato y la tendrá siempre a la vista.

Se tendió en la cama a meditar. ¿Qué haría de ahora en más? ¿Cómo encontraría a Selma? Estaba claro que de los padres no recibiría ayuda. ¿Sería cierto todo lo que Rafael le había dicho? Que no quisiera verlo no era novedad. Ya se lo había figurado. Y por esa misma razón necesitaba encontrarse con ella para que lo escuchara. Para que lo oyera decirle que la amaba y que todo lo ocurrido había sido inevitable. De pronto se le ocurrió que Selma no lograría comprender lo difícil de su situación. Tal vez no lo perdonaría. De todos modos, primero debía hallarla. Si había logrado encontrar a Fátima, descubrir el paradero de Selma tenía que ser menos complejo. Aunque esta vez no contaría con la ayuda de los informantes de su tío Kamal. Ahora se hallaba completamente solo.

Fátima estaba decidida a devolverle hasta el último centavo de lo que Ingrid le había dado tan desinteresadamente. Tanto Khaled como Nizar estaban de acuerdo con ello. Como Khaled ya no contaba con el dinero de Kamal, Al-Abbar se haría cargo.

Nizar Al-Abbar era un empresario textil adinerado y no tenía inconvenientes en aportar la suma de dinero necesaria para saldar la deuda. El hombre se había encariñado con los jóvenes, y sentía que era algo que estaba devolviendo a su viejo amigo Ibrahim, quien lo había ayudado en tiempos difíciles, mucho antes de su trágica muerte junto a su mujer. Por otra parte, Khaled ya no recibía un centavo de la organización. Luego de una extensa charla con su tío, por fin lograron llegar a un acuerdo y Khaled se saldría por completo. La causa principal de que hubiera estado ligado a la misma era Fátima. Pero ella por fin estaba a salvo, y él quería desistir de seguir participando. La verdad era que detestaba el mundo de las intrigas, las mentiras, las confabulaciones. Deseaba desaparecer completamente de todo aquello. Y por eso se convertiría para siempre en Nadir. Kamal lo arreglaría. Le enviaría los papeles que necesitaba para lograrlo. Y Fátima también cambiaría su identidad, por Sara. Nizar se ofreció a darle el apellido, la haría pasar por una hija que estaría reconociendo de adulta, y conocía a las personas adecuadas para tramitar los papeles en forma legal, pero sin complicaciones. Entonces ella sería Sara Al-Abbar. Y Khaled... él aún no sabía qué apellido vendría anexado al nombre de Nadir.

* * *

Selma llegó a San Rafael con un clima extremadamente caluroso. No se sentía bien, había sufrido horrores en el corto vuelo hacia la ciudad mendocina, y lo único que deseaba al llegar a casa de su hermano era descansar.

Tanto Ramiro como Carina notaron el agobio en el semblante de Selma por lo que la dejaron reposar tranquila en el cuarto de huéspedes. Ya tendrían tiempo para ponerse al día acerca de los sucesos ocurridos en los últimos días.

El descanso fue reparador. Había vuelto el color a sus mejillas e incluso sentía un poco de apetito, situación rara de por sí últimamente.

Era la tarde, y mientras su hermano y su cuñada tomaban mate, Selma disfrutaba de un té helado.

Dejaron que ella hablara primero. No deseaban atosigarla con preguntas, aunque tenían muchas. Si bien Selma era muy amiga de Carina, y su hermano una especie de confesor desde que ella era pequeña, se sentía cohibida. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para iniciar la conversación.

–Estoy destruida –comenzó sin rollos–. Nada salió como esperaba.

Ambos la miraban expectantes.

–Pasó todo tan rápido –continuó–. Nos conocimos, y casi inmediatamente nos enamoramos. Bueno, al menos a mí me sucedió eso –y al decir esto las primeras lágrimas comenzaron a asomar.

–No te angusties –intentó calmarla Ramiro, mientras Carina se acercaba a abrazarla.

–Todavía no lo entiendo. Es como si se lo hubiera tragado la tierra.

–¿Pero él lo sabe? –inquirió Carina.

–¿Saber qué? ¿Lo del bebé? No, no lo sabe. Se ausentó antes de que me enterara.

–¿Te dijo cuándo volvería? –consultó Ramiro.

–En principio serían dos semanas, que podrían extenderse un poco más. Pero ya pasó un mes y medio...

–¿Y cómo sabés que no regresó? –inquirió Carina.

–Porque esta mañana estuve en su casa. Le dejé una carta con su vecina. Ella me confirmó que nadie había regresado al departamento.

–Le habrá pasado algo...–dijo Carina pensando en voz alta.

–Por eso no sé qué pensar. Y no tengo cómo averiguar nada. Desconozco donde trabaja, y no tiene familia en Argentina. ¡Ni siquiera sé su apellido!

Carina le dirigió una mirada a su esposo, y ambos se entendieron sin decir palabra alguna. Sin duda allí había algo muy raro. La irresponsabilidad de

Selma al enredarse con alguien de quien nada sabía era de no creer. Pero nada le dirían a ella. En su estado vulnerable, cualquier comentario desafortunado podría desencadenar en algo negativo para su salud o la del hijo que llevaba en su vientre.

–Es todo muy complicado. Pero es necesario que estés tranquila. Sería riesgoso en esta etapa de tu embarazo que te exaltes. Hiciste muy bien en venir, el aire de acá te va a sentar maravillosamente –Carina quería transmitirle algo de paz, porque el llanto de Selma iba en aumento.

–Mañana tenemos planificado ir hasta el Cañón del Atuel, y hacer un lindo picnic a orillas del río, como aquella vez cuando éramos chicos, ¿te acordás? –dijo Ramiro mirando a su hermana con afecto.

–Sí, lo recuerdo bien –contestó Selma enjugándose las lágrimas.

Un anochecer tardío caía sobre la ciudad cuyana, adornando el cielo con un sinfín de estrellas. Selma miraba esa bóveda azul inundada de puntos brillantes, y pensaba que nunca había visto un cielo tan pavorosamente estrellado.

«Amor mío, ¿dónde estás?».

* * *

Khaled había regresado a la casaquinta de Nizar. Estaba recostado en una reposera mirando el cielo estrellado. ¿Qué haría sin Selma? Le dolía el pecho y le costaba respirar. Los nervios se le acumulaban en la boca del estómago y le causaban una lenta tortura. No dormía, no comía, no vivía.

Fátima lo sacó de su ensimismamiento. Se había comunicado por mail con Ingrid. Ella regresaría de la Costa Atlántica luego de pasar la Navidad con su familia, y había acordado encontrarse con Fátima al día siguiente. Le había dado una alegría inmensa saber de ella.

–¿Vas a poder llevarme mañana a ver a Ingrid?

–Sí, ya tengo mi auto.

–¡Como si fuera eso un impedimento! Eres experto en llevarte coches sin permiso.

–No fastidies.

–Lo siento. Entonces, ¿me llevas?

–Sí, sí. Te llevo. Pero no tengo ganas de conocerla, lo lamento. Estoy en un mal momento. Yo...

–Lo sé, no te preocupes. Ya tendrás oportunidad de hacerlo.

Fátima lo dejó nuevamente con el único acompañamiento del cantar de los grillos. Y sus pensamientos volvieron a Selma.

«Amor mío, ¿dónde estás?».

El día se presentaba magnífico. Una repentina tormenta nocturna había hecho bajar la temperatura y una brisa fresca traía aromas de hierbas.

Salieron temprano de la ciudad y recorrieron los casi cuarenta kilómetros que distaban hasta el Cañón del Atuel. Llegaron al río, circundado por una frondosa vegetación. Ruidoso, bello, intrépido. El río Atuel se dejaba admirar a la vera de la ruta con sus cristalinas aguas y su caudal infinito.

Siguieron el tramo que los llevaba a la represa, pasando por un increíble túnel que atravesaba la montaña hasta toparse con aquel majestuoso espejo de agua color esmeralda, el Embalse Valle Grande. Habían dejado atrás el barullo de las aguas que bajaban veloces por los rápidos, y ahora todo era calma. Selma lo recordaba tal cual, imponente y sereno.

Luego de las obligadas fotos, avanzaron un poco más hasta llegar al inicio del recorrido del cañón. El camino se hizo de ripio, y aminoraron la marcha. Allí estaban, las inmensas formaciones rocosas de colores ocres, esculpidas durante miles de años por la acción de los fenómenos naturales. Algunas llevaban nombres propios debido a su apariencia. Los hermanos trataban de recordarlos para mostrárselos a Carina.

–Ahí están los Jardines Colgantes –dijo Selma emocionada.

–Y ahí El Mendigo –continuó Ramiro más adelante.

Los peñascos pasaban frente a sus ojos maravillándolos con su rareza, a Carina por primera vez.

El camino sinuoso, con sus curvas a veces suaves y otras pronunciadas, invitaba a recorrerlo despacio y alternar entre los disparos con la cámara fotográfica y el contacto visual directo. El día, con un cielo diáfano y azul, colaboraba para enmarcar esa maravilla natural.

Finalizaron el recorrido en otro dique, El Nihuil, donde hicieron un alto para comer y divertirse contándole a Carina anécdotas de la infancia, y aquel pequeño accidente que tuvo Ramiro en el río Atuel cuando habían realizado la misma excursión junto a sus padres, muchos años atrás.

–Tuvieron una infancia muy feliz –comentó Carina risueña, imaginando a su marido en una de aquellas peripecias.

–La verdad es que la pasábamos muy bien –le respondió Ramiro, mirando con ternura a su hermana.

Selma se limitó a sonreír. Pensaba que mientras ellos eran niños felices, su amado Nadir pasaba la peor de las pesadillas tras la tragedia de sus padres, y eso la entristeció. Decidió recostarse a dormir bajo un árbol, mientras Ramiro y Carina juntaban los restos del picnic.

–Creo que le hizo bien esta excusión –comentó el hermano en voz baja.

–Sí, la vi distendida, hasta contenta por momentos. Se me había ocurrido...

–Decirle que se quede con nosotros.

–¿Acaso me leíste la mente? –se sorprendió Carina.

–Es que yo también lo pensé. Si no supiera que Selma es muy amiga tuya nunca te lo hubiera mencionado.

–Lo sé –Carina se puso de puntillas para besarle suavemente en los labios.

Para Ramiro, ella siempre estaba primero, porque Carina y su hijo eran ahora su familia y su prioridad. Su hermana y sus padres venían después, como correspondía.

–Me gustaría que se quedara. Esta historia con ese chico no me gusta nada, y sería mejor que estuviera acá con nosotros. Además tus papás...

–Ni me hables de esos retrógradas. En algún momento deberán entrar en razones. Pero mientras tanto si se queda en casa se va a sentir acompañada, comprendida. La verdad es que no la juzgo. Yo me enamoré perdidamente el primer día que te vi... y mirá que terminaste siendo una bruja ¡eh! –Ramiro la abrazó por detrás con ternura, apoyando sus manos en la panzona de su mujer.

–Esta bruja te va a dar una brujita dentro de muy poco, y ahí sí te quiero ver –contestó divertida.

Se quedaron un rato así, disfrutando de la felicidad que les brindaba la vida, pensando cada uno por su lado, y coincidiendo, en que ojalá Selma también lograra ser feliz a pesar de las circunstancias.

* * *

Llegaron a la casa de Ingrid en el barrio de Belgrano. Como era imposible estacionar, Khaled dejó a Fátima en la puerta del edificio y dijo que la recogería una hora más tarde.

Fátima tocó el timbre nerviosa. La voz amistosa y conocida que atendió la tranquilizó. «Ingrid», pensó con agradecimiento.

Se abrazaron apenas se vieron. Una emoción profunda las invadió a ambas.

–Nunca creí que te volvería a ver –dijo Ingrid acongojada.

–Tenía que buscarte para agradecerte. Si no fuera por ti no sé dónde podría encontrarme ahora.

–Subamos. Tenés que contarme todo lo que pasó desde que nos separamos.

Mientras Ingrid preparaba café, Fátima recorría los escasos metros cuadrados del departamento. Se detuvo a observar la única fotografía que había en el lugar. Era de Ingrid con otra chica, una amiga, hermana o pareja tal vez. Se veían las dos muy sonrientes.

–Es de la graduación de mi mejor amiga– escuchó decirle a Ingrid desde el otro lado.

Se sentaron en el pequeño living a tomar el café. Los siguientes cuarenta y cinco minutos fueron un monólogo de Fátima con intervenciones sonoras de Ingrid. No quiso omitir detalles ni ocultarle información. Había sido sincera con Ingrid en Grecia y lo sería de nuevo ahora.

Quedaron en mantenerse en contacto luego del viaje que retomaría Ingrid en pocos días. Cuando su adinerada familia se enteró de lo que su hija había hecho por la chica siria, ocasionándole un drástico retorno por falta de dinero, la premiaron por lo que entendieron fue un gran acto altruista. Así que su padre le obsequió un nuevo viaje. Recorrería Sudamérica, desde Perú hacia el Norte, pasando por Ecuador, Colombia, Venezuela y tal vez algo de Brasil. El recorrido le demandaría entre seis y ocho meses, y no lo planificaría demasiado. Se quedaría en los lugares que le gustaban, avanzaría según lo que le deparara cada destino. Un viaje a la antigua, sin internet, teléfono ni GPS. Solo mapas de papel y consejos de los lugareños. Serían solo ella y su mochila.

«Estás loca» había dicho su madre al escuchar su elección luego de que

Ingrid abriera el sobre que le dejaran al pie del árbol de Navidad, y leyera sorprendida «Elegí el viaje de tus sueños».

Ingrid era así, no poseía un ápice del glamour de su familia rica. Incluso lo denotaba con su pequeño apartamento. «¿Para qué más?», había contestado cuando su padre le dijo que podría comprarle algo más grande.

Ahora se ausentaría por unos cuantos meses para cumplir su sueño de viajar sin horarios, destinos prefijados ni itinerarios armados. Pensó en Selma, sola y embarazada, y sintió algo de culpa por no quedarse y ser su apoyo. Pero debía aprovechar la oportunidad. Al finalizar la travesía, haría frente a sus responsabilidades y buscaría un trabajo para dedicarse a su profesión.

No se mantendría en contacto con nadie porque iba a prescindir de la tecnología. Algún que otro llamado le haría a sus padres para dar señales de vida, pero solo eso. Así que se despidió de Fátima prometiendo reencontrarse a su regreso, pero excusándose de que no tendría novedades de ella por unos cuantos meses.

Cuando regresó al departamento, encontró un sobre encima de la cama. Lo abrió y descubrió una enorme suma de dinero. Junto al fajo de billetes había una nota que decía «infinitas gracias».

«Todo vuelve», pensó sonriente, y decidiendo de inmediato que donaría aquel dinero a la causa de los refugiados sirios.

Selma disfrutaba los días junto a su hermano y su cuñada. La panza de esta había crecido al punto de parecer explotar. Pero aún faltaban unas semanas para el nacimiento.

Ayudaba en los preparativos de la habitación de la bebita ante la inminente llegada, y se imaginaba a ella misma haciendo lo mismo en solo algunos meses.

–Qué lindo está quedando todo –comentó Selma.

–¿Verdad que sí? –respondió Carina ilusionada.

–Y finalmente... ¿se decidieron por un nombre?

–No, seguimos discutiendo. Tu hermano insiste en seguir la tradición de la familia y ponerle un nombre que empiece con «ra». Tu abuelo era Ramón, tu padre es Rafael, y él Ramiro. Aunque tu mamá me confesó que la siguió solo porque el nombre le encantaba.

–¿Y qué opciones hay con «ra»?

–¡Raimunda!

–¡No! Pobre sobrina mía.

–¡Jajaja! Hay varios, pero la mayoría muy raros. No me gustan los nombres extravagantes. El único que conocía de la lista es Raquel.

–Ni se te ocurra ponerle así. Conozco una maldita perra llamada Raquel. Olvidate.

–Bueno, entonces estamos como antes.

–Si querés te ayudo a convencer al terco de Ramiro. Podemos decirle que la tradición cuenta solamente para los hombres de la familia, así que deberá esperar a tener un hijo varón.

–Serías de gran ayuda.

Y ambas terminaron envueltas en risas cómplices.

Al rato, cuando terminaban de acomodar la ropita ya lavada en los cajones, Carina preguntó.

–¿Y vos tenés un presentimiento de si es nena o varón? Ojalá sea nena, las primas serían inseparables.

–Acordate que yo vivo en Buenos Aires. No se verían lo suficiente.

–¿No pensarías en la posibilidad de venirte para acá? Lo estuvimos conversando con Rami.

–¿Mudarme a San Rafael? Me costó mucho tener al fin mi casa allá... No sé, no lo creo posible.

–Como ayer nos contaste que tu amiga se va de viaje por varios meses... Tus papás están en una tesitura de enojo incomprensible, y no sabemos si se les pasará enseguida. Allá no habría nadie para que te dé una mano.

–Lo sé, sí. Estaría bastante sola. Pero tengo mi trabajo.

–Tu trabajo se puede hacer desde cualquier parte. No necesitás estar en Buenos Aires. A lo sumo deberías viajar cada tanto... No me parece una idea descabellada.

–¿Y el departamento? ¡Tengo contrato de alquiler por dos años!

–Mientras dure el embarazo podrías vivir acá. La habitación de huéspedes es cómoda, y no tendrías gastos. Así que mantener el apartamento de Villa Devoto no sería problema. Después veríamos.

Selma se quedó pensando.

La realidad era que sus padres ni querían verla, y al revés tampoco. Su amiga estaría lejos. Se había despedido de ella el día anterior, porque estaba pronta a partir. Otra vez Ingrid la abandonaba. Al parecer todos lo hacían. Le dieron ganas de llorar, para variar. Pero no, debía ser fuerte. Lo haría por el ser que crecía en su interior.

* * *

La noche de Año Nuevo no auguraba alegría para Khaled. No quería festejar. No tenía nada para festejar.

Fátima le había dicho que sí tenían motivos. Estaban juntos de nuevo. Y eso debía ser motivo suficiente para festejar. Pero él solo deseaba estar con Selma, y se sentía muy egoísta por ello. Por supuesto que era feliz por Fátima, por haberla hallado sana y salva a pesar de los tristes meses que pasó en la celda de Damasco. Su culpa por no sentir lo mismo que Fátima lo agobiaba.

Algún día ella lo comprendería y lo perdonaría. Pero en este momento era el hombre más desdichado del planeta.

Nizar tampoco estaba de ánimo. El Año Nuevo era difícil para él porque le recordaba a su esposa muerta. Ella cumplía los años el 31 de diciembre y así como en una época había sido un acontecimiento alegre, ahora era una fecha muy triste.

Por todo esto, habían acordado pasarla ellos tres solos. Fátima preparó una cena sencilla y comieron en la soledad de la casaquinta. Habían colocado la mesa sobre el césped puesto que la noche era maravillosa. A la hora del brindis, Al-Abbar abrió una botella de fina champaña. Los tres alzaron las copas, cada uno inmerso en sus propios pensamientos.

Khaled imaginó a Selma, y el deseo que estaba pidiendo de volver a verla se tornó tan fuerte como un torbellino. Un vendaval de sensaciones se apoderó de su cuerpo y de su mente, transportándolo a otro sitio, a otro tiempo. Hasta le pareció oír su voz dulce hablándole al oído. El «te extraño tanto» que creyó escuchar le produjo una corriente eléctrica que lo recorrió por completo.

«Te voy a encontrar», sentenció con profunda convicción.

Para Selma era un Año Nuevo atípico. Siempre se había tratado de un festejo multitudinario en casa de sus padres. Nunca había menos de cincuenta o sesenta personas. Amigos y vecinos acudían a celebrar la noche vieja y ella siempre había sido parte de aquello. Esta vez era completamente diferente. Solo ellos tres en el patio de la casa, cenando en la intimidad.

A la hora del brindis lo hicieron con limonada. Las mujeres no podían ingerir alcohol y Ramiro no quiso descorchar una botella para él solo. Cada uno dijo su deseo para sus adentros. Selma sabía que Carina y su hermano pensarían en la hija que pronto llegaría. Ella también deseaba brindar por su bebé, pero una necesidad que venía de lo más recóndito de su ser la hizo pensar en Nadir. Extrañarlo tanto la sofocaba. Sabía que no debía evocarlos porque cuando lo hacía la panza se le ponía dura. Pero su añoranza por verlo, tocarlo, sentirlo otra vez suyo era más potente.

Cerró los ojos y lo vio. Sonreía con su cara perfecta y sus ojos como farolitos verdes. ¡Cómo extrañaba sentirse rodeada por sus brazos fuertes! Percibir su calor, su piel rozándola, haciéndole erizar los pelos de la nuca. «Te extraño tanto», pensó con intensidad, y una corriente eléctrica la recorrió de punta a punta, y le hizo abrir los ojos.

—¡Qué deseo más largo! —dijo Ramiro y la abrazó—. Feliz Año Nuevo

hermanita.

–Igualmente –alcanzó a decir Selma con la voz estrangulada.

Carina también la abrazó, le dio un beso en la mejilla, y le dijo al oído.

–Todo va a salir bien, estoy segura.

–Gracias –y Selma ya no pudo decir más.

Un sinfín de fuegos artificiales estallaba en el cielo de San Rafael, y acallaba el llanto mudo de Selma.

TERCERA PARTE
Verdades reveladas

*“No te rindas, por favor no cedas,
Aunque el frío queme,
Aunque el miedo muerda,
Aunque el sol se ponga y se acalle el viento,
Aún hay fuego en tu alma,
Aún hay vida en tus sueños.
Porque cada día es un comienzo nuevo.
Porque esta es la hora y el mejor momento.
Porque no estás solo, porque yo te quiero.”*

MARIO BENEDETTI

El día siguiente al Año Nuevo, Ofelia, la vecina de Nadir a quien Selma había confiado su carta, se despedía de su hija y sus nietas para regresar a la Ciudad de Buenos Aires. Pero saliendo de la provincia de Corrientes, el ómnibus en el que viajaba sufriría un grave accidente, y Ofelia se encontraría entre las víctimas fatales.

Un día después de aquel terrible hecho, Khaled regresaba a su casa de Villa Devoto, y lo hacía junto a Fátima.

Si bien ella se buscaría su propio departamento, al principio debería quedarse allí hasta encontrar el lugar apropiado. Nizar Al-Abbar les había conseguido empleo a ambos. A ella en una de sus fábricas textiles y a él en una empresa de telecomunicaciones, a través de un conocido. En verdad Khaled debía tener primero una entrevista, pero Nizar decía que era un mero trámite formal, estaba convencido de que el trabajo ya era suyo. Después de todo, el engaño a Selma sobre su empleo se transformaba finalmente en realidad.

Ingresaron al departamento y Khaled le dio las indicaciones a Fátima.

–El lugar es muy pequeño, nos acomodaremos como podamos. Esa puerta es el cuarto de baño, y aquí la única ventana –anunció mientras abría los postigos y luego la hoja de vidrio para dejar ingresar el aire.

Fátima se asomó y vio un patio lleno de plantas. Malvones, suculentas y alegrías del hogar poblaban las macetas de diversos tamaños y formas que dominaban la escena, y escondidos tras un ficus enorme, se asomaban una mesita redonda y dos sillones de hierro pintados de blanco.

–¡Qué lindo! –exclamó Fátima.

–Sí, tengo suerte. Al menos veo algo de verde gracias a mi vecina que cuida mucho de sus plantas. Además hace unos pastelillos riquísimos. Se llama Nora. Y en la casa de adelante vive la señora Ofelia, que siempre me presta libros. Es una mujer adorable, y muy amable. Ya te presentaré a ambas –dijo Khaled, que tardaría unos días en enterarse de la tragedia.

Y antes de que Fátima pudiera agregar nada, continuó.

–Ah, y aquí todos me conocen como Nadir. Así que de ahora en más soy

Nadir, ¿de acuerdo?

–Sí, y yo Sara. Debemos acostumbrarnos a nuestros nuevos nombres de ahora en más.

–Perfecto. Voy a tener que conseguir un colchón. Tal vez le pidamos uno prestado a Nizar. Puedes dormir allí –y señaló el sofá –. Al abrirse se convierte en una cama bastante cómoda.

–No te preocupes por mí. No tienes idea en los lugares en los que he dormido.

–Ni quiero pensarlo –dijo mientras se metía en el cuarto de baño.

Al salir agregó.

–Toallas tengo aquí –y señaló el ropero.

Pero Fátima, mejor dicho Sara, estaba absorta mirando la foto en el portarretrato y no le prestaba atención.

–¡Ey! Te dije que...

–Esta foto... –empezó a decir Sara con voz queda.

–Apenas regresé compré el portarretrato, porque la tenía suelta. Es lo único que tengo de ella. La tomé sin permiso de su casa. Selma es la...

–Es Ingrid.

–¿¡Qué dijiste!?

–¡Ingrid! ¡La que me rescató y por ella estoy aquí! ¡Es Ingrid!

–¿¡De qué demonios estás hablando!?

–En la foto –dijo tomando el portarretrato en sus manos–. La chica bajita al lado de la de pelo largo. Esta es Ingrid.

–¿Estás segura? Puede ser alguien que se le parece.

–Ella tiene esta misma foto en su casa.

A Nadir se le aflojaron las piernas y tuvo que sentarse. Sara continuó.

–Cuando fui a visitar a Ingrid, observé con detenimiento una fotografía en su apartamento, me llamó la atención porque era la única que había. Ella notó mi curiosidad y me dijo que era de la graduación de su mejor amiga.

Nadir no sabía si reír o llorar. Tal vez haría ambas cosas. Increíblemente estaba dando con el paradero de Selma. *Su amada* Selma. Solo había que llamar a Ingrid.

–La encontré. ¡La encontré! La encontréeeeeee... –gritaba mientras pegaba

saltos y abrazaba a Sara con fuerza.

–Espera un momento –Sara no se animaba a decirle–. Nadir, hay algo que debes saber.

–¿Qué? –Sus ojos asustados la miraron y un gesto desencajado se apoderó del rostro –.¡Qué! ¡Habla ya!

–Ingrid se fue de viaje. Partió hace un par de días y no regresará por lo menos en seis meses.

–Pero podemos contactarla, ¿verdad? Dime que puedes hablar con ella de alguna forma.

–No. Lamentablemente no puedo. Me contó que haría un viaje a la antigua, sin ningún tipo de tecnología. Solo con su mochila y sus mapas en papel.

–¡Mierda! –Nadir golpeó su puño en la mesa y Sara creyó que se partiría al medio.

La loca alegría que por un breve instante lo había desbordado, se estaba transformando en una decepción profunda.

–Tranquilízate. Al menos la hallaste.

–¿La hallé? ¿Hablas en serio? Encontré a una amiga suya que va a estar literalmente desaparecida por un mínimo de seis meses. ¡Seis meses! ¿A eso puedes llamarle hallazgo? Esto es demencial.

Nadir caminaba de un lado al otro de la habitación, totalmente desenfrenado.

–Cálmate. Ya mismo le escribiré un mail. Si tenemos suerte, en una de esas se conecta en algún sitio y lo lee.

–Sí haz eso. Yo volveré al edificio de Selma y hablaré con el encargado. Es un hombre amable y puede ser que me dé alguna información.

El desconsuelo lo ahogaba en un océano de tristeza. ¿Por qué todo le salía mal? Se estaba dando cuenta que si ese día en que Sara visitó a Ingrid, él hubiera accedido a acompañarla, hubiera visto la foto y todo habría sido diferente. Pero su ingratitud con Sara lo condenó. Su maldito egoísmo. Se sentía un ser vil y desagradecido. Había obrado mal con Sara al no brindarle su apoyo; había obrado mal con Selma, mintiéndole. Se merecía lo que le estaba sucediendo. Se merecía que Selma se olvidara de él.

No tenía idea de lo que haría. Necesitaba concentrarse para poder trazar un plan de búsqueda. En tiempos pasados había desarrollado habilidades de análisis de información a partir de indicios y pistas dispares. Pero el

problema era que ahora no tenía pistas. Tenía una certeza con la amiga de Selma, pero tardaría al menos seis meses en obtener la información, y por supuesto que no estaba dispuesto a esperar tanto tiempo. Ningún otro rastro en su haber. Debería utilizar toda la experiencia obtenida en la búsqueda de Sara para abordar este nuevo desafío, el cual afrontaría en soledad. Empezaría con el encargado del edificio, tenía que sacarle algún dato a ese buen hombre. Pero primero tenía que conseguirle un lugar para vivir a Sara. Él necesitaba su espacio para trabajar tranquilo, y ella lamentablemente se transformaría en un estorbo. Hablaría con sus vecinas para que le dieran una mano. Las señoras siempre estaban al tanto de todo lo que ocurría en el barrio, y era posible que surgiera algún dato de una habitación o pequeño apartamento en alquiler. Encima de todo estaba lo de su nuevo empleo, eso le quitaría mucho tiempo para iniciar la búsqueda de Selma, pero necesitaba el trabajo para subsistir. No podía depender eternamente de la generosidad de Nizar.

Le dolía la cabeza. Tenía demasiadas cosas dando vueltas en su mente y estaba agotado. Necesitaba descansar un poco y acomodar las ideas. Que Sara hiciese lo que quisiera. Él se ducharía y se acostaría... sobre las baldosas de la habitación.

26

Debía regresar a Buenos Aires para una reunión de trabajo.

–El gerente de marketing me está pidiendo que realice una presentación de mi diseño para el gerente general de la compañía. Del resultado dependerá que me integren a nuevos proyectos.

–¡Eso es muy bueno! Tu trabajo es excelente, les vas a encantar –contestó Ramiro entusiasmado.

–No dudo de mi trabajo, dudo de mí misma. Últimamente estoy tan...

–¡Espléndida! Estos días alejada de la gran ciudad obraron maravillosamente en vos. Andá tranquila a Buenos Aires a hacer lo que tengas que hacer, y después podés regresar acá, con nosotros. Estamos felices de que estés en nuestra casa –alegó Carina con una enorme sonrisa.

–El aire de San Rafael le hizo bien a mi hermanita, y mi hermanita le hizo bien a mi esposa.

–Gracias, de verdad lo aprecio mucho. Lo voy a pensar. La verdad es que acá pude trabajar más relajada. Y lo más importante es que tuve una excelente compañía. Allá me hubiera sentido tan sola... –y al decir esto abrazó a ambos.

–Bueno, entonces ya sabés. Viajá, hacé la mejor presentación de tu vida, y si te parece adecuado, podés volver con nosotros –dijo Ramiro con determinación.

Selma sonrió. Estar con ellos sin duda le hacía bien. Pensaría seriamente la propuesta.

* * *

Dos días después, Selma regresaba a su casa.

El viaje en ómnibus ni lo había sentido, fue de noche y durmió prácticamente todo el trayecto.

Cuando por fin llegó a la puerta del edificio, buscó y rebuscó las llaves en su bolso pero no estaban allí. Habrían quedado en casa de su hermano. Sus padres tenían una copia, pero jamás se rebajaría a ir por su ayuda. No se habían dignado a llamarla ni una sola vez y aunque estaba segura de que habían hablado con Ramiro, su hermano jamás se lo mencionó. Mejor así.

Pensó en buscar ayuda con Roberto, el encargado. Pero al llamarlo, bajó su esposa para anunciarle que al día siguiente se marchaban. Él había tenido un accidente al caer por las escaleras debido a un repentino mareo. Se hallaba internado con varias fracturas y debían operarlo. Lo esperaba una larga recuperación y no podría trabajar por mucho tiempo, si es que podía alguna vez volver a realizar trabajos pesados. La aseguradora se estaba encargando de todos los gastos pero el consorcio se veía en la obligación de tomar un nuevo encargado. Le contaba todo esto entre sollozos en el hall del edificio. Selma trató de consolarla y prometió ir a visitarlo. Ni siquiera se atrevió a mencionar su inconveniente con las llaves. Era una nimiedad al lado de lo que acababa de oír.

Se despidió de la señora, y se quedó parada pensando en qué hacer. Entonces se le ocurrió acudir a su vecino Manuel. Ojalá estuviera en la casa.

Como ya se hallaba dentro del edificio, subió a tocar el timbre de su puerta, rezando para que la atendiera. Pero sus plegarias fueron vanas. Al parecer no había nadie.

Decidió esperar en el palier. Dejó la pequeña maleta al costado y usó su bolso como almohadón. El pasillo conservaba el fresco en contraposición con el calor exterior, así que estaría bien. Solo esperaba que Manuel no estuviera de guardia ese fin de semana.

Al rato, se había quedado profundamente dormida.

Despertó con una palmadita en el hombro. Manuel la miraba sorprendido.

–¡Hola! ¡Qué hacés acá?

–Olvidé mis llaves en San Rafael. No me quedaba cómodo regresar a buscarlas –bromeó.

–¡Uy! Qué mal –la miró con desazón.

–¿Podrías llamar a un cerrajero?

–¡Por supuesto! Vení, pasá. Estarás agotada –Manuel abrió la puerta rápidamente.

–Sí, pero el viaje fue mucho mejor de lo esperado. Estoy en mi etapa de dormir mucho. Bueno, lo acabás de comprobar –le dijo riendo.

–Ni que lo digas. Tuviste suerte de que no estuviera de guardia –le decía mientras le servía algo fresco de beber.

–Eso es lo que más temía. ¿Conocés a algún cerrajero?

–Tengo un teléfono de uno de la zona. Hoy es sábado y te aseguro que te va a salir caro.

–Otra no me queda. Lo más probable es que tengan que cambiar la cerradura, ¿no?

–Si necesitás tener las llaves, seguramente. Si tuvieras otro juego dentro de tu casa, tal vez con abrir la puerta sería suficiente.

–Acordate que tengo cierre de seguridad.

–Entonces mejor que lo diga el experto. Ya lo llamo.

Dos horas más tarde Selma tenía cerradura nueva y una cuenta a pagar del cerrajero bastante abultada. Por suerte le permitió pasar a pagarle el lunes por el local de cerrajería, pues en ese momento no contaba con todo el efectivo.

–Me pasa por distraída. Siempre reviso tres veces si tengo la billetera, los documentos, el pasaje y ¡las llaves! No puedo entender cómo se me pasó esta vez.

–Tendrás la cabeza en otra parte –quiso sonsacarla.

–Es posible... Pero bueno, acá estoy, por fin, en casa.

–Te dejo descansar. Avisame si necesitás algo. Me imagino que tendrás la alacena vacía.

–Siempre existe un *delivery* salvador.

–Es cierto. Mi vida se basa en eso. Bueno, igual, lo que necesites, me avisás.

–Gracias, ya hiciste demasiado. Te arruiné la tarde del sábado.

–Para nada. Al llegar me hubiera acostado a mirar la tele, un plan no muy prometedor –dijo, y le guiñó el ojo.

Selma sonrió. Qué lindo era.

–Gracias de nuevo. Nos vemos.

El domingo lo pasó preparando su presentación del día martes. Mucho *delivery* y el aire acondicionado a pleno. Terminó la jornada cansadísima.

Se puso a pensar en lo que se pondría para la reunión. Los pantalones ya le ajustaban demasiado en la cintura así que era probable que tuviera que ir de compras al día siguiente. En la empresa no sabían de su embarazo y ella nada diría. Aunque si lo notaban tampoco le importaría.

El lunes salió temprano para aprovechar el poco de fresco que acompañaba a las mañanas de enero.

Los negocios abrirían al menos una hora más tarde así que decidió ir a desayunar. Además, no tenía víveres en su casa.

Se dirigió a la calle comercial más cercana en el barrio vecino de Villa del Parque. Tomaría un rico desayuno en la confitería que quedaba a una calle de la estación de tren, donde tenían todo tipo de delicias, y luego intentaría buscar ropa adecuada tanto para la ocasión como para su estado.

Se sentó en una mesita junto al vidrio, mirando a contramano de los vehículos que circulaban por la calle. Luego de pedir un café con leche y una porción de tarta de manzana, se dedicó a observar a los transeúntes.

Al cabo de un rato, y mientras el camarero le servía el suculento desayuno, le pareció ver en la vereda de enfrente el automóvil de Nadir. Estaba dudando de si era o no, cuando lo vio descender. El corazón le dio un vuelco. Nadir se apresuró a ir del lado del acompañante y abrió la puerta. Bajó una chica, delgada y de contextura pequeña, con largos y oscuros cabellos. Le sonreía y él le devolvía la sonrisa, su magnífica sonrisa. La tomó del brazo hasta subir el cordón. Cruzaron la calle en la esquina, y se quedaron allí un buen rato, era la parada de ómnibus.

Selma observaba todo como en una película, incapaz de moverse o de hacer algo. Le temblaban las manos. La boca se le había secado y el corazón parecía salirsele del cuerpo. Los movimientos de Nadir habían sido los mismos que había empleado con ella. La caballerosidad, el instinto de protección al tomarle el brazo... comportamientos que la habían encantado y que ahora de repente los repelía.

Llegó un autobús y se despidieron con un abrazo. No llegó a divisar si también hubo un beso. Solo vio como ambos se tomaron de los brazos. Nadir se quedó allí hasta que el vehículo partió, y regresó a su coche.

Era la oportunidad para abordarlo. Sabía que era ahora o nunca. Pero no pudo ni quiso moverse. Su cuerpo permaneció inmóvil, inerte, mirando a través del vidrio de la confitería.

Nadir subió al auto y partió. Ese era el fin. Aquella imagen de su partida fue como una revelación para ella. De pronto había tomado una determinación inapelable. Tendría a su hijo sola. Su hijo sería de ella y de nadie más. Era la decisión más difícil y trascendental de su existencia. Pero también la única opción. Ella le había dado una oportunidad al dejarle la carta, pero por lo visto él no había deseado contactarla a su regreso, y ya tenía una reemplazante. ¿Cómo se explicaba sino que una mujer bajara de su coche un lunes por la mañana? Qué tonta ilusa había sido al pensar tanto en él. Al suponer que algún día se reencontrarían y que todo volvería a ser como antes.

Ya nada la haría cambiar de opinión. En definitiva todos los hombres eran iguales y terminaban por mostrar la hilacha. ¿Debía colocar en la misma bolsa a su padre y a su hermano? Quién sabe. Tal vez ellos también engañaran a sus esposas. Ya no podía confiar en ninguno. Nunca más lo haría. De pronto descubriría que el corazón se le volvía de piedra. Su estómago también, porque no podía ingerir ni un bocado del desayuno después de aquel suceso.

Dejó la paga sobre la mesa y se fue. Ya no tenía intenciones de comprar nada. Se las arreglaría con lo que tuviera. Subió a un taxi y regresó a su casa. Su vida era todo un desastre pero debía seguir adelante. Haría la presentación de su trabajo al día siguiente, armaría una maleta grande con las cosas importantes y se marcharía a casa de su hermano. No quería cruzarse con Nadir y su nueva novia en el barrio. Nadir dejaría de existir en ese preciso instante. Sin llantos, sin gritos, sin angustia. Nadir acababa de convertirse en un extraño para ella y pasaba a formar parte de su pasado.

Haberle explicado a Sara dónde tomar el autobús lo dejaba más tranquilo. Era su primer día de trabajo y quería que todo le saliera bien. Necesitaba que ella se insertara en la sociedad como cualquier persona normal. Le haría bien a su psiquis lastimada y él podría dedicarle tiempo a la búsqueda de Selma. Pero primero tendría la bendita entrevista laboral que le había concertado Nizar con un conocido suyo.

Un par de horas más tarde, salía de la reunión.

Para su sorpresa, lo habían tomado inmediatamente. Debía hacer unos trámites ese mismo día, incluidos unos exámenes médicos, y al día siguiente presentarse en la oficina de Recursos Humanos para un curso de ingresantes. Todo ello le resultaba un dolor de cabeza pero necesitaba el dinero. De ahora en más debía subsistir como cualquier persona. Él no tenía problema con eso, era muy hacendoso. Pero no le gustaba mucho el asunto de trabajar en relación de dependencia, cumplir horarios y reglas preestablecidas. Era demasiado libre y prefería toda la vida un trabajo autónomo. Pero por lo pronto debía tomarlo. Le serviría para reacomodarse, y como a Sara, para reinsertarse en la sociedad y ser alguien normal. Aunque él lo único que deseara fuera hallar a Selma.

* * *

A pesar de tener la mente obnubilada y sentirse dispersa, la presentación fue todo un éxito. Se vistió de manera sencilla. La camisola floreada le confería un toque alegre y disimulaba el pantalón desabrochado. Había optado por zapatos bajos ya que los tacones ahora le hacían doler la cintura. En definitiva, había quedado linda, con un atuendo divertido que le ayudó a ocultar su pesadumbre.

Todos quedaron encantados con sus ideas innovadoras y la aprobación del proyecto fue unánime.

Tuvo que contar, aunque vagamente y sin dar explicaciones precisas,

sobre su decisión de vivir alejada de Buenos Aires. Pero nadie lo objetó. Con la tecnología actual era sencillo comunicarse. Solo le pidieron que pudiera realizar presentaciones esporádicas de los nuevos trabajos que le fueran solicitando, del mismo estilo de la que habían presenciado, era el único requisito.

Así que con el impulso positivo de la reunión, se decidió a sacar el pasaje para volver a San Rafael. Ya nada la ataba a quedarse en la ciudad.

Al día siguiente se dirigía a la terminal de ómnibus de Retiro, con una enorme maleta, para abordar el bus que la llevaría de regreso a la casa de su hermano. Esta vez sin fecha de retorno.

* * *

Llegó al edificio de Selma unos minutos antes de la ocho de la noche. Esperaba encontrar al encargado en la puerta como era habitual en ese horario. Y lo encontró. Pero no era quien esperaba. Había otro encargado en lugar de aquel hombre amable que los había recibido el día de la mudanza de Selma, y del cual no recordaba el nombre.

–¿Caballero?

–Buenas noches, este... es que suponía encontrarme aquí con otra persona. El encargado...

–Sí, Roberto. Sufrió un accidente y ya no trabaja en el edificio. Soy su reemplazo.

–Oh, cuánto siento oír eso. Yo esperaba que me ayudara a ubicar a alguien que vivía aquí. Perdí su número de teléfono y...

–Lo lamento. Recién ayer me mudé y hoy es mi primer día de trabajo. Sinceramente aún no conozco a los vecinos. No veo cómo podría ayudar.

–Por supuesto, comprendo. No lo molesto más, gracias de todas formas.

–No es nada, a sus órdenes.

La desazón de Nadir era inmensa. Con la posibilidad de obtener alguna pista del encargado completamente desvanecida, se le estaban acabando las ideas. Aunque tratara de abordar de alguna manera al repartidor de correspondencia de la casa de sus padres, e incluso lograra sobornarlo para obtener su apellido, nada lograría. Selma no utilizaba las redes sociales, así

que no creía que sirviera de mucho. De todos modos saber su nombre completo podía serle útil en algún momento. Trataría de ver la forma de cumplir con ese cometido. Por el momento estaba devastado.

* * *

El regreso a San Rafael fue sin pena ni gloria. Bueno, en realidad lo de «sin pena» no era literal. Su aflicción era tan grande que ya se le habían acabado las lágrimas.

Para colmo Carina no se había sentido bien y le habían recomendado reposo. Así que Selma prefirió no molestarla con su angustioso descubrimiento. Y su hermano se encontraba con demasiado trabajo, puesto que mucho personal se hallaba de vacaciones en la bodega, y los que quedaban hacían el trabajo de todos. Llegaba tarde en la noche y ni siquiera cenaba.

La situación en la casa le daba mucho tiempo para trabajar en sus proyectos, pero también para pensar. Había creído que vivir lejos de Buenos Aires le traería la paz que tanto anhelaba, pero se había equivocado. Una horda de indignación, celos y tristeza la atacaba por las noches y le costaba mucho dormir. Solo llegaba el sosiego cuando se concentraba en el bebé que crecía dentro de su vientre. Luego recordaba que su hijo no tendría padre y la horda atacaba de nuevo.

Si solo pudiera hablar con Ingrid... pero ella estaba perdida en algún lugar recóndito del continente. Si aunque más no fuera pudiera comunicarse con ella a través de los mails... Pero si Ingrid decía que no utilizaría la tecnología, así sería. Cuando algo se le metía en la cabeza era terminante. ¡Aunque debería haber hecho una excepción por su amiga! Así lo creía Selma y era algo más por lo cual entristecerse. De todos modos, le escribió un correo, aunque más no fuera para descargarse.

En esas semanas de auto-compadecerse, llegó a pensar más de una vez en regresar a Buenos Aires, ir a buscar a Nadir y desquitarse con él. Gritarle, insultarlo, exponerlo. Pero pronto se sacaba esa idea loca de la cabeza al suponer, con razón, que un atropello semejante podía significar un daño para el bebé.

En poco tiempo debía realizar una nueva consulta médica y tenía que seleccionar un obstetra de la ciudad de San Rafael. Seguramente le harían una

nueva ecografía.

¿Cómo sería su hijo? Fantaseaba imaginándolo jugar en la plaza, yendo con su pequeña mochila al jardín de infantes tomado de su mano, o simplemente durmiendo con él en su regazo. Tenía que pensar en un nombre. ¡Qué tarea difícil! Lo haría una vez que supiera el sexo.

Ramiro y Carina ya se habían decidido. Por suerte su hermano había dejado olvidada la tradición de los nombres que comenzaran con «ra». Se llamaría Clara, y nacería de un momento a otro. El reposo de su cuñada había logrado extender la espera por unos días más. La beba era pequeña y los médicos preferían que siguiera engordando dentro de la panza hasta que el embarazo llegara a término. Carina solo se levantaba de la cama para ir al baño. Incluso trabajaba acostada con la *notebook*. Pero gracias a ese esfuerzo su sobrina nacería con un buen peso y con cuarenta semanas cumplidas en la panza de su mamá.

Finalmente, un jueves por la mañana, Ramiro y Carina la convertían en una tía feliz. Desde que se enteró de la condición de su cuñada, había anhelado compartir con ellos ese momento. Y allí estaba ella, viendo con una sonrisa pava a esa indefensa criaturita que se aferraba de la teta de su madre como si en ello se le fuera la vida.

Una lágrima recorrió su mejilla. Después de mucho tiempo sentía felicidad en su corazón roto. Se vio a ella misma unos meses más tarde en aquella situación y las lágrimas fluyeron con más fuerza.

La pequeña Clara era una belleza. No lo decía porque era su tía, sino que la beba era realmente un primor. Además no lloraba nunca. Cuando quería comer, profería apenas unos quejidos. Tenerla en la casa era una bendición. Carina dejaba que Selma practicara con ella y ambas disfrutaban de la tarea de aprender a ser madres.

Por suerte, y gracias a una estrategia orquestada por su hermano, había logrado evadir a sus padres. Ya fuera por un mensaje de texto, una llamada o incluso una seña por parte de Ramiro, se había librado del indeseado encuentro con Rafael y Ana Clara. Su madre se hallaba eufórica de que hubieran nombrado a la niña con su segundo nombre, sin imaginarse que en realidad Carina lo había elegido por una escritora que adoraba. El asunto fue que no se vieron en el sanatorio, como tampoco los días posteriores en casa de su hermano. Selma suponía que ni siquiera habían preguntado por ella, pero lo cierto era que se habían preocupado por su salud cuando Ramiro les confesó

que pese a su estado no había engordado ni un gramo. Así y todo, los pantalones no le cerraban y Carina le había prestado su ropa de los primeros meses de embarazo. Ana Clara había sonreído con este comentario.

¿Cuánto duraría la obstinación de ambos? Según Rafael, Selma había roto con todos los preceptos familiares, y su situación era cuestionable para cualquier familia bien constituida. Ramiro no lograba comprender la prehistórica mente de su padre. Pero prefirió no armar una escena con su pequeña recién nacida a pocos metros de allí. Así que respiró hondo y pensó que él y Carina suplirían el afecto que sus padres le estaban negando a Selma en ese momento.

28

Los meses pasaron, el otoño llegaba a su ocaso y la panza de Selma se había hecho enorme y pesada. A pesar de ello solo había engordado unos pocos kilogramos, lo que preocupaba a Carina, ya que ella había aumentado quince kilos en su embarazo, kilos que por suerte iba perdiendo con el correr de los meses.

Clarita era el centro de atención absoluto de la casa. Sonreía a quien le hiciera una morisqueta y se notaba que disfrutaba en el tranquilo entorno familiar. Carina añoraba a sus padres, ambos fallecidos, pensando cuánto hubieran disfrutado de su nieta.

—¿En qué pensás? —inquirió Selma desde el otro lado de la sala.

—En nada en particular —respondió Carina para no nombrarle la palabra «abuelos».

—Esta semana la panza está bastante revolucionada.

—Y va a ser cada vez peor —dijo Carina con una sonrisa—. ¿Cuándo es la nueva ecografía?

—Este viernes.

—Tal vez ahora sí podamos enterarnos de si es nena o varón.

—Sí, ojalá. La última vez se dio vuelta y no pudimos ver nada. Estoy bastante ansiosa.

—Yo también. Quiero regalarle algo que de un color que corresponda con

el sexo.

–Es un bebé, no entiende de colores. Además, ¿qué si le pongo una batita rosada y es un varón? ¿Acaso Ramiro no usa camisas de ese color?

–Tenés razón. Es una tontería que nos imponemos los adultos. Pero si es varón, ¡le voy a regalar un conjunto celeste! –contestó Carina.

Y ambas se echaron a reír.

El tiempo transcurrido había templado el temperamento de Selma. Rara vez lloraba o se deprimía con el recuerdo de Nadir. Sentía de pronto que lo estaba superando.

Con el trabajo se encontraba muy a gusto. Había logrado que aceptaran realizar video-conferencias por lo que no tuvo necesidad de regresar a Buenos Aires. Pagaba los impuestos, servicios y alquiler de su departamento por internet, y se hallaba al día con las cuentas.

Chateaba a menudo con su vecino Manuel, quien incluso la había visitado unos meses atrás al haber elegido como destino de vacaciones, recorrer la provincia de Mendoza. La había reprendido por su peso, y se había ofrecido a ser el pediatra oficial del bebé en caso de que regresara a Buenos Aires. Selma, en broma, le había contestado que ni loca lo dejaría practicar con su hijo.

El tema del regreso era algo que Selma auto-censuraba. Por un lado deseaba instalarse con su bebé en el departamento que alquilaba, pero temía por Nadir y también por sus padres. No deseaba cruzarse con ninguno de ellos. Tal vez Nadir ya no viviría en el barrio. Tal vez todo se arreglara con sus padres luego del nacimiento. Pero por lo pronto trataba de mantener esos temas bajo llave aunque sabía que muy pronto tendría que tomar una decisión. Y la misma llegó antes de lo esperado.

–Tengo una propuesta para hacerles –dijo Ramiro una noche mientras cenaban.

Carina y Selma se miraron intrigadas.

–Sé que aún no decidiste lo que vas a hacer –prosiguió mirando a su hermana– pero tal vez esto ayude a que lo hagas. Me ofrecieron una estancia alemana al viñedo. Es de la familia del dueño de la bodega. Hace años que la cuidan unos caseros pero nadie vive allí. Me dijeron que podría pagarla de a poco, siempre y cuando reembolsara un anticipo. Nosotros tenemos una base importante con el dinero de nuestro departamento de Buenos Aires, que por fin

logramos vender el mes pasado. Estaríamos pagando mensualmente prácticamente lo mismo que el alquiler de esta casa.

–Pero, ¿y si está muy deteriorada y necesita arreglos? –se intrigó Carina.

–La fui a ver hoy, y por eso les estoy contando esto. La casa está impecable, solo le falta una mano de pintura y un mínimo arreglo de electricidad. En una semana estaría lista si se comenzaran los trabajos mañana mismo.

–No entiendo qué tengo que ver yo en esta decisión –intervino Selma.

–En que es un caserón enorme y podrías seguir quedándote con nosotros una vez que nazca el bebé.

–¡Sí! ¡Sí! –aplaudió Carina, apoyando completamente la moción de su esposo.

Él no mentiría con el estado de la casa y la idea de vivir en la campiña era algo que la entusiasmaba sobremanera. Y lo mejor de todo era que resolvían el problema de Selma de tener que mudarse. El cuarto de huéspedes, si bien era cómodo, era pequeño. No cabría la cuna para el bebé.

–No sé, yo... Me da vergüenza seguir con ustedes, entrometiéndome en su vida familiar.

–¡Pero qué tonterías decís Selma! Yo estoy feliz de que estés acá con nosotros. Sos una gran compañía para mí, y un gran apoyo también –añadió Carina cariñosamente.

–¿Entonces? ¿Me dicen que sí? –preguntó Ramiro.

–¡Por supuesto! –respondió Carina al instante.

Ambos dirigieron sus miradas expectantes hacia Selma. Ella también los miró, a una y a otro alternadamente. Luego de una pausa que pareció eterna, por fin expresó.

–Está bien. Me mudo con ustedes. Nos mudamos con ustedes –corrigió, agarrándose la panza.

La alegría que reinó en el comedor fue gigantesca. Tanto que los gritos y risas despertaron a Clarita. Pero no importó. Había que festejar.

* * *

La estancia era espectacular. Una hectárea de verde, con álamos y árboles

frutales. Quedaba junto al viñedo, y más allá, la bodega donde Ramiro era el gerente.

Selma se asombró de que todo fuera tan verde, hasta que su hermano le explicó del complejo sistema de riego y cómo llegaba el agua desde la acequia.

La casona era enorme, mucho más de lo que había imaginado. Tenía ocho habitaciones, una gran sala de estar con chimenea y un comedor para doce comensales junto a la inmensa cocina, donde también había espacio para utilizarlo como comedor diario, con una mesa cuadrada donde entrarían ocho personas cómodamente. El mobiliario de la cocina era de roble oscuro, incluida la mesa y los bancos alrededor de ella. Los muebles de la sala y el living, eran de nogal. Solo las habitaciones se hallaban completamente libres de enseres, y tres de ellas recibirían el amueblamiento de la casa actual.

Las mujeres se hallaban pasmadas con tanta grandiosidad.

—¡Y eso que todavía no vieron el quincho! —dijo Ramiro a las carcajadas, observando divertido las expresiones de las dos.

Detrás del caserón, separada de este por un camino de lajas y rodeada por un cerco de un metro de altura, una piscina rectangular de unos quince metros de largo las dejaba sin aliento. A su izquierda, y siguiendo por el mismo camino, se veía una gran construcción vidriada. Era el quincho anunciado por Ramiro.

Tal magnificencia las había dejado impactadas, hasta que por fin Carina, con Clarita en brazos, opinó con una duda.

—¿Estamos en condiciones de darnos semejante lujo?

—Aunque no lo creas, no es tan cara. Acá se manejan otros valores, muy diferentes a los de la capital. Una propiedad así en Buenos Aires sería imposible de comprar.

—Pero está al lado de ese magnífico viñedo.

—Por eso mismo su valor es menor. No mucha gente está dispuesta a convivir con decenas de peones deambulando a unos pasos. En época de cosecha esto se vuelve algo bullicioso.

—¡Me encanta la vendimia! —declaró Carina entusiasmada.

—Y a mí. Además, puedo ir caminando al trabajo. ¿Ves allá? Es la bodega, y más atrás quedan las oficinas. Desde acá son menos de quinientos metros. Un placer.

–A mí también me parece encantador tener el viñedo tan cerca –acotó Selma.

–Bueno, entonces está todo dicho –respondió Ramiro mirando a ambas.

–Así es –retrucó Carina satisfecha.

La felicidad de sus rostros era irrefutable. Los niños crecerían en un lugar único, rodeados de naturaleza. Y cuando fueran un poco más grandes podrían tener todas las mascotas que quisieran.

De a poco, la alegría retornaba a la vida de Selma.

Los días de Nadir pasaban como tornado.

Trabajaba con frenesí durante el día. Les había caído bien a sus superiores, pues era muy inteligente y no se quejaba del trabajo. Esto podía traerle rivalidades con sus compañeros, pero era solitario y algo retraído, por lo que no lo molestaban ni él a los otros. Era el «bicho raro» de la compañía, aunque como eso no generaba inconvenientes para la convivencia en el lugar de trabajo, nadie hacía reparos.

Llegaba tarde a su casa y ponía toda su dedicación en trazar planes. Si bien había conseguido obtener el apellido de Selma, no le sirvió de mucho. Muchas «Selma Rodríguez» aparecían en su búsqueda por la web. Pero ella no tenía perfiles en las redes sociales. Siempre terminaba donde había empezado, y eso le generaba una angustia que se trasladaba físicamente a su cuerpo. A veces le dolía la cabeza, tanto que parecía que iba a estallarle. Otras veces era el estómago. Se sentía descompuesto incluso sin haber probado bocado.

Semanas atrás se le había dado por beber. Había adquirido una botella de vodka y otra de whisky. La primera quedó a la mitad. Le había caído tan mal tomar la bebida un sábado por la noche, que el lunes siguiente debió ausentarse en el trabajo. Aquello no era lo suyo, así que desechó la otra mitad, y la botella sin abrir se la obsequió al hijo de su vecina Nora (la del patio repleto de plantas).

La trágica muerte de su otra vecina, Ofelia, le había sentado horrible. Él aún conservaba un par de libros de ella. El hecho se lo había comunicado la propia hija, quien viajó a Buenos Aires para retirar los comestibles de la casa y desconectar el refrigerador. Dejaría el resto de las cosas y volvería más adelante con su esposo para desmantelarlo todo. La muerte de su madre había sido una conmoción para la familia y no se sentía en condiciones de decidir sobre el destino de sus pertenencias.

Regresaron meses más tarde, un frío sábado de junio. Nadir aún no se levantaba. Si bien eran cerca de las diez de la mañana, el día gris y su estado

casi depresivo operaron en él para que siguiera en la cama.

Sonó el timbre y tardó en reaccionar. Volvió a escucharlo y se incorporó de un salto. Se puso un pantalón de *jogging* y abrió la puerta.

–Hola, no sé si se acuerda de mí. Soy la hija de su vecina Ofelia.

–Sí, por supuesto. La dueña de los libros –respondió Nadir con voz somnolienta.

–¿Cómo dice?

–Es que su madre me prestaba libros, y siembre me aclaraba que eran de su hija –dijo evocándola–. Era una gran persona, yo la apreciaba mucho. La otra vez cuando vino, no pudimos conversar mucho.

–Sí, le debo una disculpa, estaba como bloqueada. Pero el tiempo sana las heridas, ¿sabe? –Él lo sabía más que nadie–. Vine con mi esposo para organizar las cosas de mi madre, donaremos la mayoría.

–Tengo dos libros que nunca pude devolverle. Espere un momento y se los alcanzo.

–Si lo desea puede quedárselos. Justamente estaba acomodando en una caja los que tenía mi madre, para llevarlos a la biblioteca pública, y encontré esto en uno de los libros. Creo que es para usted –dijo, extendiéndole un sobre–. No imagino por qué lo tenía ella.

Nadir lo miró. En el frente decía su nombre, escrito con una letra redonda y prolija.

–Estaba dentro de este libro, sobresalía bastante y por eso lo vi.

–El amor en los tiempos del cólera –leyó Nadir en la tapa del viejo ejemplar.

–Sí. Tal vez usted comprenda mejor qué significa. Ya no podremos averiguarlo –dijo la mujer con voz queda.

–Su mamá siempre me decía que debía leer ese libro. Pero yo siempre preferí otros, aunque ella insistía. Se ve que iba a dármele con... esto –dijo agitando el misterioso sobre.

–¿Por qué no se lo habrá entregado?

–Estuve fuera del país un largo tiempo. Estaría esperando mi regreso.

–No reconozco la letra. Pero al menos recordé que usted era Nadir, sino... En fin, ya se enterará de qué se trata. Puede quedarse con el libro, y con los otros que iba a devolverme también. Creo que mi madre así lo hubiera

querido.

–Gracias, es muy amable. Conservaré este si me lo permite. Los otros se los devuelvo –y le entregó los dos ejemplares.

–¡Por supuesto! Cualquier cosa, estaremos aquí hasta el lunes.

–Muchas gracias, y... realmente lamento mucho lo de su madre.

La hija de Ofelia asintió con la cabeza, y se retiró. Nadir no cerró la puerta hasta que la mujer llegó al rellano de la escalera.

Una vez dentro de la casa, trató de discernir lo ocurrido. No pudo; estaba estupefacto. El asunto lo había dejado en shock. Se sentó en la cama y miró el sobre escrito con letra grande y extrema prolijidad.

Nadir

Lo abrió y sacó la carilla de papel que contenía. El corazón le dio un vuelco. Sus ojos se habían dirigido directamente hacia la firma, «Selma».

En un acto involuntario, se llevó la carta al pecho estrujándola por completo. Creyó que no podía respirar. La vista se le nubló, y le temblaba el cuerpo entero.

Trató de serenarse. Respiró hondo. Dos veces. Alisó como pudo el papel arrugado y leyó:

26 de Diciembre

Hola Nadir,

Hace tiempo que te fuiste y no sé nada de vos. No sé qué te habrá pasado, pero ruego que estés bien (al parecer tu teléfono no funciona).

Te mentiría si te dijera que no te extrañé locamente. Lo sigo haciendo. Tal vez estas palabras suenen tontas para vos, pero es lo que siento.

No sé si el tiempo y la distancia que nos separan habrán obrado en contra, y ya no deseas encontrarte conmigo, pero necesito hablar con vos.

Me estoy yendo a pasar un tiempo con mi hermano y su esposa. Ellos viven en San Rafael, Mendoza, como creo haberte mencionado. Abajo te dejo la dirección y el teléfono de la casa. Igualmente ya tenés mi número de celular.

Te pido que no vayas a lo de mis padres, tuve una gran discusión con ellos y no creo que sea una buena idea. No te recibirían bien.

Espero volver a verte. De verdad necesito que hablemos. Ojalá vuelvas pronto.

Te extraño,

Selma.

Al pie de la carta había una dirección y un número telefónico. Sin siquiera pensarlo un momento, llamó. Dejó que sonara hasta que se cortó y lo intentó nuevamente. Nada.

Se dejó caer hacia atrás en la cama, aún con el papel en la mano. Trató de bajar la excitación que lo gobernaba, y se desarmó. El llanto que inició fue ambiguo. En parte era de felicidad, en parte de emoción. Pero nada tenía que ver esta vez con la tristeza. Después de todo, ella lo había estado esperando con ansias.

Algo más sereno, se puso a meditar. La carta estaba fechada un mes y medio después de su partida. Se la notaba inquieta en sus palabras, pero no enojada, sino más bien con preocupación, y algo triste. Temía que él no la quisiera volver a ver. Pobre Selma. Ella también había sufrido.

Entonces surgieron los interrogantes, todos juntos y a borbotones. ¿Qué le habría ocurrido? El tono de lo escrito se contradecía con lo que le había dicho Rafael. Él había asegurado que ella no quería verlo. ¿Por qué le mentiría con tal descaro? ¿Por qué tuvo que irse con su hermano? ¿Y por qué querría hablar con él? Lo decía en dos oportunidades. ¿Estaría enferma? Muchas cosas no le cerraban. ¿Acaso Rafael habría calumniado a Selma debido al enojo latente con ella? Habían pasado seis meses desde que escribió la carta, y no había regresado ni a su casa ni a la de sus padres. Lo sabía porque vigilaba ambas. Había algo allí que no cuadraba.

Tomó la *notebook* y buscó transportes a San Rafael. Al parecer, el

ómnibus era la opción más económica, pero el traslado duraba doce horas. El viaje en avión salía el doble en dinero, pero el vuelo duraba menos de dos horas. Y para él, en ese momento, el tiempo era oro en polvo, así que no lo dudó y se decidió por el aéreo. Increíblemente halló un vuelo para esa misma tarde, y el regreso sería el domingo a la noche. Perfecto, no debía buscar excusa para ausentarse de su trabajo el lunes. Aunque si hallaba a Selma como lo esperaba, dudaba que el trabajo le importara. Así que optó por no comprar el pasaje de regreso, y vería lo que le deparaba el destino.

Su corazón estaba desbocado. En solo unas horas estaría tocando timbre a la puerta de donde se encontraba Selma. ¡Finalmente la había encontrado!

Guardó un par de prendas en una mochila y salió hacia Aeroparque. Todavía no podía creerlo. Por culpa de una tragedia, la señora Ofelia se había llevado el conocimiento de la carta de Selma a su tumba. E increíblemente, su hija la había rescatado del olvido permanente. Se daba cuenta de que si Ofelia estuviera viva, él se hubiera reencontrado con su amada muchísimo tiempo atrás, y probablemente estarían juntos y felices.

A veces el destino les jugaba malas pasadas a las personas, nada podía hacerse al respecto. Pero luego daba un giro inesperado y brindaba otra oportunidad. Como su reloj de arena.

La mudanza se haría en un santiamén. Ramiro había contratado un servicio especial que incluía el embalaje de todos los objetos de la casa, hasta la vajilla. Lo hizo pensando que su esposa Carina no podría hacer mucho con la pequeña Clarita, y su hermana con su enorme panza tampoco. Así que las mujeres se dedicaron a organizar y empacar la ropa. De todo lo demás se encargaría la empresa.

Cuando Selma sacó del ropero la valija, había hallado en un cerramiento interior de la misma, envuelto en una bufanda, el reloj de arena obsequio de Nadir. En un arrebato lo había tomado de la repisa antes de viajar a San Rafael, aquel día fatídico en que se había jurado no querer saber más de él. Pero ahí estaba, ese delicado objeto, con tantos significados pasados y presentes. Lo tomó en sus manos y sintió una energía especial que manaba de él. No sabía muy bien qué era aquello, pero supo que debía conservarlo.

Tenía realmente muy pocas pertenencias. Completó la misma maleta que se había llevado de Buenos Aires con algunas prendas de ella y unas cuantas cosillas que había comprado para el bebé. Así que finalizó rápidamente y se dedicó a embalar las cosas de su pequeña sobrina. Carina, mientras tanto, hacía lo propio con su ropa y la de Ramiro.

En unas pocas horas de trabajo todo estaba listo para la mudanza del día siguiente. Las cajas rotuladas se apilaban en los pasillos y en las habitaciones; los armarios abiertos mostraban sus estantes vacíos y las perchas desnudas.

Y el gran día llegó por fin. Un largo camión de mudanzas se estacionó a las siete de la mañana en la puerta de la casa, ocupando todo el frente y parte de la calle del vecino.

Un batallón de muchachos experimentados bajó con rapidez decenas de canastos y cajas, que poco a poco irían colmando de objetos, adornos y artefactos. Trabajaban prolijamente, rotulando los contenidos. «Cocina», «dormitorio principal», «cuarto del bebé», eran algunas de las leyendas.

La casa se vació increíblemente antes del mediodía, y la caravana compuesta por el camión y los coches de Ramiro y Carina se dirigió hacia el

nuevo hogar.

El trabajo de desembalar no estaba incluido, por lo que las pilas de cajas y canastos se fueron acumulando en los diversos ambientes del caserón. Entre los tres irían desempacando las cosas poco a poco.

A pesar de no realizar tareas demasiado pesadas, el ir y venir por la casa, limpiar estantes, guardar objetos y correr cajas de lugar obraron negativamente en el embarazo de Selma. Dos días después de la mudanza rompería la fuente y la llevarían de urgencia a la clínica de maternidad.

–Faltan seis semanas de gestación, pero una vez que la bolsa de aguas se rompe, el bebé se encuentra expuesto y la única opción es avanzar hacia el parto –dijo el médico obstetra con tono serio.

–¿Entonces va a ser prematuro? –preguntó Selma con la voz quebrada.

–Sí. Pero no hay que preocuparse, el peso del bebé es bueno según los indicadores de la ecografía que acabamos de hacer. Los latidos son constantes, y no vemos complicaciones. Esta noche se quedará internada y mañana por la mañana iniciaremos la inducción del parto. Se ha eliminado todo el líquido amniótico por lo que será algo más incómodo para el bebé.

–¿Y eso qué significa? –la cara asustada de Selma lo decía todo.

–Que le costará acomodarse en el canal de parto, así que lo maniobramos para ayudarlo. Para usted también será un poco incómodo.

–¿Qué tan incómodo?

–Ya lo veremos cuando llegue el momento.

Selma estaba aterrada. Su semblante pálido y sus ojos llorosos no lo disimulaban. Es que nada la había preparado para aquel momento. Hacía solo unos días se había enterado de que sería un varón, y todavía estaba procesando aquella información. ¡Ni siquiera había iniciado el curso de parto!

El doctor notó el terror en su rostro y trató de tranquilizarla.

–En un rato le presentaré a la partera. Ella la asistirá en todo lo que necesite. Debe relajarse, es una mujer muy experimentada y le quitará todas las dudas.

Selma no estaba muy segura de aquello, pero asintió con la cabeza.

La partera era una mujer simpática y regordeta, de unos cincuenta años de edad. Pero eso lo sacó ella como conclusión porque Marta, así se llamaba, le contó que llevaba casi treinta de hacer ese trabajo. Si fuera a juzgarse por su

rostro, que no mostraba arruga alguna, podría haberla supuesto mucho más joven.

–¿Y? –dijo Carina al entrar a la habitación.

–No sé, estoy asustada –le respondió Selma con un mohín.

–Hablé unos minutos con Marta, es encantadora. Yo no tuve esa suerte con mi partera.

–Sí, en verdad es un amor, pero no logro quitarme los nervios. Solo quiero que mi bebé esté bien.

–Tratá de descansar como te dijo el médico. Y no llores. Todo va a salir perfecto.

Se abrazaron. Selma intentó controlar el llanto pero fue imposible. En ese momento, ingresaban al cuarto el obstetra y Marta detrás. Ella fue quien habló.

–A ver, esa mami llorona. Que no se me ponga así porque su hijo necesita de una mamá fuerte.

«Su hijo». Esas dos palabras fueron como una inyección de energía para Selma. Cesó inmediatamente de llorar, se secó las lágrimas del rostro con un pañuelo de papel que le alcanzó Carina, y suspiró. Fue un suspiro largo y profundo, cargado de muchas cosas que tenía guardadas. Cosas que deseaba alejar de su mente.

* * *

El parto fue largo y difícil. Selma terminó completamente agotada, pero la felicidad que sentía era infinita.

Su hijo era una pasita de uva, arrugadito y oscuro. Cuando Selma hizo esa observación, tanto su hermano como Carina rieron con ganas.

–Es mínimo. Pero gracias al cielo no tiene complicaciones respiratorias –suspiró Selma.

–Hablé con el médico jefe de neonatología –dijo Ramiro con seriedad pero sin dejo de preocupación–. Estará unos días en observación debido a que es prematuro. Necesita aumentar de peso. Pero por haber nacido de treinta y dos semanas, los dos kilos y medio son una gran ventaja. Según me comentó el médico, hubiera sido un bebé de gran tamaño de haber llegado el embarazo a término.

–No fue buena idea habernos mudado ahora –se lamentó Carina, con Clarita de casi cinco meses en sus brazos.

–No se culpen por eso. No hubiera tenido sentido esperar. Con el bebé recién nacido hubiera sido complicado también. Además, quién sabe si no me hubiera pasado lo mismo estando en la otra casa.

Llegó la enfermera para llevar a Selma con su hijo. Por cuestiones de asepsia lo mantenían en un cuarto esterilizado y la madre debía cubrirse por completo para ingresar.

–¿Él está bien? –preguntó algo asustada mientras la enfermera le colocaba el corro y el barbijo.

–Perfectamente. Estas son normas de seguridad para no ingresar gérmenes a la habitación de tu bebé.

Cuando Selma lo vio, el corazón le dio un vuelco. Tan pequeñito e indefenso... Tenía una sonda en la nariz y estaba conectado con un aparato a través de varios cables.

–¿Por qué lo tienen así? –se impacientó.

–Rutina. Le estamos administrando oxígeno para que no se esfuerce en respirar. Los pulmones todavía están algo inmaduros y se agota con facilidad. Queremos que guarde las energías para alimentarse. Le darás de amamantar, pero nosotros debemos suministrarle un complemento para ayudarlo a subir de peso.

–Está bien. ¿Sabrá tomar de mi leche?

–Al principio le costará un poco. Debemos ayudarlo para que aprenda a hacerlo, a pesar de lo pequeñín que es.

Las lágrimas corrían por las mejillas de Selma. Lágrimas de una emoción que le embargaba el alma. Esa criaturita le pertenecía, y solo la tenía a ella. Los sentimientos que fluían en su interior no cabían, querían diseminarse como una fuente.

Sacaron al niño de la incubadora y lo colocaron en sus brazos.

–Nahuel, sos igualito a tu papá –le susurró al oído.

La enfermera la ayudó a colocarlo para el amamantamiento. Con tantos cables y la sonda era complicado. Cuando lo acercaron, el pequeño apoyó una manita en el pecho de su madre y comenzó a succionar.

–¡Ah! ¡Pero si esta miniatura es todo un campeón! –exclamó la enfermera.

Mientras, Selma reía y lloraba al mismo tiempo.

Los nervios y la ansiedad lo acecharon, antes, durante y luego de llegar al aeropuerto. Temía por la reacción de Selma, que entendía sería totalmente justificada.

Durante todas las horas transcurridas desde el descubrimiento del sobre, había intentado ensayar explicaciones, disculpas, y hasta súplicas. Pero nada venía a su mente ahora que se hallaba en el taxi rumbo a la dirección señalada en la carta.

Cuando llegó a la casa notó un movimiento peculiar. Un muchacho sacaba unas grandes bolsas y una señora limpiaba uno de los ventanales que daban al pequeño jardín delantero.

–Espere aquí por favor –le dijo Nadir al taxista, que estacionó el coche en la vereda de enfrente.

Se acercó cauteloso a la señora, ya que el joven había ingresado al interior de la casa.

–Buenas tardes, estoy buscando a la familia Rodríguez.

–No sabría decirle señor. Me mandaron de la inmobiliaria a limpiar –dijo señalando el cartel con la leyenda «se alquila» colgado en el balcón del primer piso de la vivienda.

–¿Pero aquí ya no vive nadie?

–La casa está desocupada. ¿Busca alquilarla? Llame a ese número –y volvió a indicar el cartel.

–Le agradezco –Nadir no insistió al ver que no podría sacarle más información a la mujer.

Su desazón estaba a punto de transformarse en enojo, cuando vio salir al chico nuevamente, cargando más bolsas, que estaban repletas de pasto.

–Discúlpame, ¿puedo hacerte una pregunta?

–Sí, diga nomás.

–¿Conocías a la familia que vivía aquí?

–No, no tuve el gusto. Pero debe haberse ido hace muy poco porque el jardín de atrás todavía estaba arreglado, solo tuve que cortar un poco el césped. Pero no hace falta que lo diga, mire lo bien que está el de acá –dijo, señalando el cantero del frente.

–Bueno, gracias por su ayuda.

–No hay por qué. Llame a la inmobiliaria, ellos sabrán informarle.

–Sí, claro.

El muchacho hizo un movimiento con la cabeza en señal de saludo y siguió con sus cosas.

Nadir pensó en tocarle el timbre a algún vecino, pero lo más probable era que no lo quisieran atender. Así que supuso que lo mejor sería el llamado a la inmobiliaria, además al parecer todos insistían en ese punto.

No le quedaría otra que esperar hasta el lunes, pues a esa hora ya no habría nadie que lo atendiera. Subió al taxi y le pidió al chofer que le recomendara un hotel. Partieron de inmediato hacia el centro de San Rafael.

En ese momento, alguien más llegaba a la casa.

–Hola, soy el inquilino que se mudó en la semana, vengo a buscar unas cajas que quedaron en la baulera –dijo Ramiro.

–Ah, sí, pase por favor, me avisaron en la inmobiliaria que vendría – contestó la mujer, terminando en ese momento la limpieza del ventanal.

–¿Le puedo preguntar quién era el muchacho que se acaba de ir en un taxi? Mientras daba la vuelta para estacionar mi auto lo vi conversando con usted.

–Alguien que quería alquilar la propiedad. Le indiqué que llamara al número que figura en el cartel.

–Primer día en alquiler y ya hay interesados... ¡Qué increíble!

–¿Vio? Es que es un lindo barrio.

–Disculpe, no la entretengo más. Entro por las cosas y me voy enseguida.

–Cómo no, pase.

Ya instalado en el cuarto del Hotel San Martín, Nadir dejó salir toda su furia acumulada, mezclada con resabios de nervios y por sobre todo, angustia. Lloró. Lloró como no creía recordar haber llorado jamás. Sus lágrimas saladas le bañaban el rostro, caían por el cuello y mojaban el borde de su camiseta. Le temblaban los labios y le ardían los ojos. Tenía los nudillos blancos de mantener los puños apretados. Era el llanto de un ser que estaba

quebrado, hasta que la desesperación le cedió lugar al desasosiego.

¿Qué hacía allí? ¿No sería hora de rendirse? Si al parecer el mundo se confabulaba para ponerse en su contra, para que nada le saliera bien. ¿Así terminaba todo? ¿Solo así? Había estado realmente cerca de encontrarla, y la ilusión se la habían borrado de un plumazo. Parecía una gran burla del destino.

* * *

Después de pasar el domingo encerrado en el cuarto del hotel, el lunes se despertó con una sola cosa en su mente. Hablar con los de la inmobiliaria.

¿A qué hora abrirían? ¿A las nueve? ¿A las diez? Llamó nueve y cuarto, pero lo atendió el contestador automático que le indicaba el horario de atención. Diez y dos minutos llamaba nuevamente, pero otra vez saltó el contestador. «Maldición», pensó irritado. Finalmente consiguió hablar con alguien a las diez y cuarto.

–Aquino Propiedades, buenos días –atendió una voz femenina.

–Hola, quisiera consultar por una casa en alquiler de la calle Blas Parera al mil trescientos.

–Sí, como no, aguárdeme un instante... Sí, aquí está. Es una amplia propiedad, de ciento ochenta metros cuadrados cubiertos, un gran jardín...

Nadir la interrumpió antes de tener que oír la amplia descripción de la propiedad que iba a realizar la empleada.

–Necesito saber acerca de la familia que allí alquilaba, de apellido Rodríguez. Se mudaron hace poco.

–Lo siento, pero no puedo brindarle ninguna información.

–Por favor, el sábado fui a visitar a la familia, vine desde muy lejos y ya no viven allí. Necesito saber su nueva dirección, o su número telefónico.

–Lo lamento, pero le repito que no puedo ayudarlo. Es política de la empresa.

–Se lo suplico, viajé en avión hasta aquí, necesito ubicar a la familia –la voz de Nadir sonaba desesperada.

–Solo le diré que la propiedad no estaba alquilada por la familia Rodríguez que usted menciona, sino por una empresa vitivinícola. Es todo lo que diré.

–Está bien, lo comprendo. Gracias. Adiós.

Las cosas no podían ser más deprimentes. Realmente ya no sabía si estaba más angustiado, desahuciado o desmoralizado. Había llegado a un nivel tal de desolación que no creía poder seguir con aquello. ¿Tenía sentido continuar con la búsqueda? Estaba quebrado emocionalmente, y agotado también. Habían pasado más de siete meses de la última vez que vio a Selma. Solo tenía una foto de ella y un puñado de recuerdos divertidos, románticos, fogosos. Pero nada más.

Empezaba a plantearse si no era todo un espejismo, una mera ilusión producto de su soledad, y ya era tiempo de soltarlo y dejarlo ir.

Debía abandonar el cuarto del hotel antes del mediodía. Consiguió un vuelo para esa tarde, llamó al trabajo para avisar que estaba descompuesto y guardó las pocas pertenencias en la mochila.

Salió del hotel sin rumbo. Debía matar el tiempo hasta que se hiciera la hora de ir al aeropuerto. El día era frío pero había un sol radiante. Decidió que caminaría un poco para despejar su mente atribulada. Como se hallaba en pleno centro, pasearía un poco, y si encontraba una plaza se sentaría allí a meditar.

Recorría las calles observando con asombro las acequias, especies de canales angostos por donde corría el agua. Le pareció algo verdaderamente peligroso para un transeúnte distraído, y sobre todo para los niños. Pero al parecer a los lugareños no parecía afectarles aquel «accidente» en las calles.

Caminó al menos dos horas, alejándose bastante de los autos y las personas. Se le había ocurrido hacer un listado de las bodegas de la localidad, y comenzar a cruzar la información con el nombre del hermano de Selma. Tal vez así podría dar con el lugar donde trabajaba y entonces contactarse con él. Era algo disparatado, pero una nueva esperanza nacía en su corazón desolado.

Transitaba por una calle ancha, arbolada y desierta. Aparentemente todos tomaban su siesta a esa hora. Meditaba sobre esa extraña costumbre de dormir por la tarde, ajena a las grandes urbes cuando, al doblar la esquina, una camioneta blanca lo interceptó subiéndose a la vereda. La puerta corrediza de la furgoneta se abrió, dos hombres saltaron de ella y lo tomaron de los brazos ingresándolo a la misma. Nadir apenas tuvo tiempo de reaccionar sobre lo que ocurría, cuando un olor intenso penetró su nariz y todo se volvió oscuro.

Despertó horas más tarde, en un pequeño cuarto. Estaba recostado en una cama sin sábanas, pero había una cobija enrollada a sus pies. Una pequeña ventana enrejada cerca del techo dejaba entrar algunos rayos del sol del atardecer.

El tiempo pasó, la noche se adueñó del ambiente y nadie apareció. Tampoco se oían ruidos o voces, solo el murmullo de los grillos, por lo que

supuso que se hallaba en algún lugar descampado. Le dolía la cabeza y le venía una y otra vez un sabor amargo a la boca. A pesar del tiempo que ya llevaba allí, no tenía hambre ni sed. Con el pensamiento embotado pero puesto en sus captores, se quedó profundamente dormido.

No fue sino hasta el día siguiente, que con los primeros claros ingresando por la misérrima ventana del cuarto, ya bien despierto y con todos los sentidos funcionando, se descubrió un pequeño hematoma en el pliegue del codo, y un punto cicatrizado casi imperceptible. ¿Le habían inyectado algo? De repente sintió una imperiosa necesidad de orinar, pero ¿dónde lo haría? Descubrió un recipiente debajo de la cama, que no había visto el día anterior, ¿habría estado allí siempre? Dudaba de muchas cosas y no estaba seguro de casi nada, solo sabía que era la mañana de su segundo día allí. Un martes. Habían pasado unas dieciocho horas desde su secuestro, y moría de hambre.

¿Qué querían de él? ¿Lo habrían seguido desde Buenos Aires? ¿Cómo no había notado nada extraño? Él estaba entrenado para detectar esas cosas. Sin duda se relacionaba con sus pretéritas conexiones con el ELS^[3]. Pero habían pasado varios meses desde su desactivación definitiva. Ya no formaba parte de las fuerzas en las que lo había involucrado su tío Kamal con el fin de hallar a Sara (no había vuelto a nombrarla con su antiguo nombre). ¿Con qué fin lo habían buscado y encerrado? ¿Para qué lo querían?

Las horas pasaban y nadie aparecía. Tampoco podía distinguir sonido alguno. Debía estar en el medio de la nada.

Al atardecer escuchó un ruido de motor. Agudizó el oído y oyó el golpe de una puerta de un vehículo, luego otro golpe más. Eso significaba que al menos dos personas habían llegado al lugar. Siguió atentamente los sonidos que se sucedieron. Voces lejanas ininteligibles. Un chirrido, como de un portón que se corría. Un golpe seco. Nuevamente voces, esta vez más cercanas por lo que pudo distinguir que hablaban en árabe, aunque no llegaba a comprender todas las palabras. De nuevo el silencio. Y de pronto, oyó una llave en la cerradura de una puerta y unos pasos cercanos. Golpearon a su puerta.

–Khaled, cuenta hasta sesenta y abre –le dijo una voz gruesa en árabe.

Esta vez, otro chirrido de llaves, pero en la puerta de su celda.

Hizo lo que le dijeron. Al cabo del minuto, abrió. Un pasillo de un metro de ancho y aproximadamente dos de largo separaba su puerta de otra. En el suelo encontró una bandeja con un sándwich sobre un plato de plástico y un vaso, también plástico, con agua.

«Al menos no me van a hacer morir de hambre», pensó, e inmediatamente vino a su mente que el hombre lo había llamado por su verdadero nombre.

No podían ser del Ejército Islámico. Ellos no tenían células en Sudamérica. Además, si sabían quién era, no lo hubieran tratado tan decorosamente. En algún momento tendrían que hablarle, decirle algo.

Los días pasaron, y éstos se hicieron semanas. Nadie le hablaba, solo lo alimentaban dos veces al día y le proporcionaban artículos para el aseo personal y el de su ropa, y una vasija con agua. Había aprendido a asearse en una jofaina, aunque recordaba épocas peores vividas junto a su tío en Siria, donde aquello hubiera sido considerado un lujo. Gracias a que tenía consigo la mochila del viaje, podía mudarse completamente de ropa y lavar como podía el resto.

Para no enloquecer en la soledad del pequeño cuarto, se había trazado ciertas rutinas. Se ejercitaba físicamente dos veces al día. Eso mantenía sus músculos activos. Luego de solicitarlo unas cuantas veces, le habían facilitado lápiz y papel. Escribía largas cartas a Selma. Misivas llenas de sentimientos, cargadas de emoción, de anhelo, de angustia. Temía no volver a verla. Había estado muy cerca de encontrarla, y eso lo trastornaba.

Esa noche la había soñado. Se había despertado sudado, excitado. La tenía entre sus brazos, desnuda, con su largo cabello negro haciéndole cosquillas en los bíceps. Se movían al unísono, rodeados por la neblina. ¿Dónde se hallaban? ¿Aquello era la orilla del mar? Oía ruido de agua, pero la bruma lo cubría todo. Solo la veía a Selma, sonriente, gozando junto a él. Su piel sedosa y blanca era como un postre delicioso al que no podía resistirse. Se deseaban, se amaban. Sus ojos claros como el océano lo miraban con expresión juguetona. Le pedían más. Y él le daba todo lo que quería. Era suya y él era completamente de ella. La pasión los consumía en un beso profundo, abrumador.

El golpe seco lo despertó. Se avergonzó al notar su erección. Se sentó en la cama, todavía conmocionado por lo vívido del sueño. Y se dio cuenta de que se hallaba en otro lugar. Estaba completamente a oscuras pero sabía que lo habían trasladado. El olor de aquel habitáculo era diferente, y escuchaba ruido de agua, de un río tal vez. ¿Se habría colado aquel sonido en su experiencia onírica? Era posible. Trató de oír algo más, pero solo percibía el potente sonido del agua. Y el sueño lo envolvió nuevamente.

Se hallaba en medio del caos. Se oían gritos, el llanto de un bebé, y el

sonar de las sirenas. Corría entre la multitud, en dirección opuesta. Y la vio. En el umbral de una puerta. Había humo y fuego detrás de ella. El bebé que lloraba estaba en sus brazos, pero Selma no se movía. Él trataba de gritar su nombre, pero nada salía de su garganta, que le ardía, le quemaba. De pronto el techo de la casa donde ella se encontraba inmóvil cedió, y toda la edificación sucumbió, enterrando a Selma y al bebé que llevaba en su regazo. Él quiso correr pero sus pies estaban anclados al piso, y veía como todo desaparecía a su alrededor. Se quedaba solo. En la oscuridad absoluta.

Hacía tres meses que Selma y Nahuel habían regresado de la clínica. A ella le habían dado el alta apenas dos días después del nacimiento de su hijo, pero Nahuel permaneció internado en Neonatología veinticinco largos días. Todo venía bien, pero a los diez días de nacer tuvo una descompensación pulmonar que hizo desestabilizar la salud emocional de Selma, y mantuvo en vilo a toda la familia. Sus padres viajaron en cuanto se enteraron del nacimiento, y Ana Clara se quedó allí para acompañar a su hija en aquellos tensos momentos, mientras que Rafael iba y venía los fines de semana. Atrás habían quedado todos los reproches cuando lo que estaba en juego era la salud, e incluso la vida, de su nieto.

Por suerte, gracias a los tratamientos adecuados que impartieron al pequeño, logró superar los escollos y finalmente salió adelante. Eso sin mencionar las infinitas horas de rezos de la abuela Ana Clara, y hasta la visita a la iglesia de Rafael, un agnóstico declarado, en uno de sus viajes. Un extraño misticismo se adueñó de él al declarar los fundamentos por los cuales debía su comportamiento. Por un lado, que no era casualidad que ambos nietos nacieran en su ciudad homónima. Y por el otro, que caminando por las calles meditabundo, un particular domingo en que su nieto había empeorado, había llegado sin proponérselo a la puerta de una iglesia que tenía el mismo nombre que aquella donde se había casado treinta años atrás, en el barrio de Villa Devoto de Buenos Aires. Que por eso se había visto impelido a ingresar a aquella parroquia San Antonio de Padua de la ciudad de San Rafael, donde permaneció varias horas en oración. Estaba convencido de que esa experiencia religiosa había tenido que ver en la sanación de su nieto.

Pero todo aquello ya había quedado atrás. Nahuel crecía sano y solo se alimentaba de la leche de su mamá. Selma lo consentía permanentemente y el pequeño pasaba muchas horas en sus brazos, sin que a ella le traumatizara en absoluto el hecho de malcriarlo, como insistía Ana Clara que estaba haciendo. Incluso a veces lo tenía sobre su falda cuando trabajaba en la computadora, y hasta llegó a mantener teleconferencias mientras le daba el pecho.

Se acercaba el aniversario de su primer encuentro con Nadir. Ella quería creer que lo recordaba porque también cumpliría un año trabajando para la firma que se había transformado por lejos en su principal proveedora de ingresos.

Como era trabajadora autónoma, no había podido tomarse una licencia de tres meses o más como hubiera querido, como hacían las mujeres que trabajaban en relación de dependencia. Pero como podía acomodar sus horarios y se había dado el lujo de contratar a alguien para que la secundara en temas menores, sobre todo en lo referido al mantenimiento de las páginas web, lo manejaba bastante bien. Además, amaba su trabajo, y como le decía a su cuñada Carina, le hacía mantener activas las neuronas.

–¿Sabés Cari? Amo atender a mi hijo y dedicarme de lleno a él, pero no sé qué haría si no tuviera esas horas para dedicarle a mi trabajo. A veces este sentimiento me da algo de culpa.

–No, ¿por qué decís eso? No te sientas mal. El tener una vocación es una bendición.

Carina trabajaba en forma *free lance* para dos editoriales, como correctora literaria. Y tampoco había abandonado sus trabajo cuando nació Clarita.

–Gracias, no sabés lo bien que me hace sentir eso. Si fuera mi mamá, diría que soy una desalmada. Ella dejó de trabajar cuando nació Rami.

–Eran otras épocas, y eso se estilaba más. Hoy en día la mujer trabaja tanto o más que el hombre. Y hay que estar orgullosa de cualquier elección. Todas las posturas son loables, tanto de la que se queda en casa como de la que decide seguir con su profesión. Bueno, a veces no es por convicción sino por necesidad. Cuando es por obligación es cuando más duele.

–Igual me lo tomo con calma, mientras lo pueda manejar lo voy a hacer. Ya viste que Nahuel está más a upa que en su corralito.

–Sí, mi sobrino es un malcriado. ¡Jajaja! ¡Y a mucha honra!

Las interrumpió el llanto de un bebé.

–¿No ves? Es hora de la teta... ¡Soy su esclava! –Selma se alejó en busca de su hijo, riendo a carcajadas.

* * *

–Es hora de que hables con tu tío –escuchó que le decían en árabe.

Nadir despertó con un reflector en su rostro. No veía nada. La luz le perforaba la vista. Aquella voz venía de atrás, por lo que apenas divisaba una sombra.

–Delante de ti hay una cámara. Necesitamos que hables y que digas que tu salud está en perfectas condiciones. Esto lo recibirá tu tío Kamal y facilitará el intercambio. Si cooperas pronto quedarás libre.

–¿Quiénes son ustedes? –la voz le salió ronca después de meses de no hablar con nadie.

–No somos el enemigo. El destino nos enfrentó pero todos luchamos por una Siria libre.

«El Frente Islámico», pensó Nadir. Debían ser ellos. Recordó a su tío hablarle acerca de las internas entre el ELS y aquella facción armada en la lucha contra el Estado Islámico y también contra las fuerzas gubernamentales.

La voz siguió hablando.

–Todos odiamos por igual a Bashar Al-Asad. Maldigo el momento en que nuestras fuerzas se enfrentaron por la mezquindad de algunos. Ahora nos exponemos a estas cosas y perdemos fuerzas contra el verdadero enemigo.

Nadir quería decirle que él no tenía nada que ver con todo eso. Que le importaban un bledo Bashar, el ELS, el Frente Islámico y el mismísimo Estado Islámico. Él solo quería ser un hombre común viviendo una vida común en un país alejado de aquel conflicto armado sin solución aparente. Pero no podía, no lo entenderían y lo tratarían de traidor a la nación. Sencillamente arruinaría las cosas. Así que se limitó a asentir, dispuesto a colaborar.

–Dime qué quieres que diga exactamente, y lo haré.

–Que te encuentras bien y que si entregan a estos hombres –un papel con tres nombres cayó a sus manos– serás libre.

–¿Qué garantías tengo?

–Nizar Al-Abbar es tu garantía.

Nadir hizo lo que le dijeron. Con garantías o sin ellas, nada podía hacer. Lo tenían encerrado hacía demasiado tiempo, y su cordura pendía de un hilo. Solo quería vivir para ver, aunque fuera solo una vez más, el rostro de Selma.

Luego de la grabación del video, todo sucedió como entre sueños. No sabía si lo drogaban con la comida, si había enfermado o si ya empezaba a enloquecer. Ya no pudo o no supo precisar cuánto tiempo había pasado desde

que lo raptaran en aquella callecita de las afueras de San Rafael. Tampoco logró calcular el tiempo transcurrido desde que había grabado el video. Lo cierto era que esa mañana había amanecido atado de pies y manos, recostado sobre unos fardos de heno en lo que parecía ser un cobertizo para caballos.

Oyó voces y el portón de chapa se abrió. Nizar apareció corriendo y vociferando. Lo acompañaba alguien más.

–¡Nadir! ¡Nadir! ¿Estás bien muchacho?

Nadir estaba algo aturdido y no conseguía vocalizar.

–Vine con mi amigo, es de extrema confianza. No te preocupes. Tu tío está esperando novedades. Aguarda.

Al-Abbar salió por un par de minutos. Se lo escuchó hablar con alguien.

–Está telefoneando a Kamal –dijo el hombre.

–¿Usted conoce a mi tío? –habló por fin Nadir.

–Oh, no. Solo de nombre. Veo que te han tratado de una manera decente.

–Podría decirse...el asunto es que me mantuvieron encerrado, ¿por cuánto tiempo?

–Creo que fueron cuatro meses, tiempo suficiente como para enloquecer a cualquiera. Pero voy a dejar que Nizar te dé los detalles de lo sucedido en este tiempo.

Cuando Al-Abbar regresó de hablar con Kamal, le dio un gran abrazo. Reconoció verlo mucho más delgado pero no lo notaba desmejorado ni con signos de violencia.

Le contó que el ELS había tomado rehenes de la organización Frente Islámico, lo que Nadir había supuesto correctamente. La gente del movimiento decidió que si secuestraban al sobrino de Kamal, podrían realizar un intercambio razonable. Fueron cuatro meses de largas tratativas hasta lograr un acuerdo entre las partes.

–Kamal quería que fuera un intercambio uno a uno. Eso demoró un poco las cosas.

–Maldito. Y yo mientras pudriéndome en un calabozo.

–Están en guerra Nadir.

–Su lucha no es mi lucha. Se lo dejé bien claro a mi tío. Cuando acepté unirme a las filas del ELS fue solo para poder encontrar a Sara.

–Veo que ya has asimilado las nuevas identidades.

–Eso formaba parte de la vida que queríamos recuperar y tratar de dejar todo lo malo atrás. Pero veo que no se va a acabar nunca –dijo con desaprensión.

–La gente del Frente Islámico desaparecerá del escenario. No volverán a molestarte, ni a ti ni a Sara. Eso formó parte de la negociación y fue lo que determinó que el ELS liberara a tres valiosos rehenes. Habían atrapado a personas muy importantes del Frente Islámico, y las liberaron por tu bienestar y el de Sara.

–¿Sara está bien? –preguntó con un dejo de esperanza que se vislumbró con un brillo en su mirada.

–Sí, aunque tremendamente preocupada por ti.

–Y yo lo estaba por ella. Temía que le hubieran hecho lo mismo, esta vez no lo habría resistido.

–Tranquilo, ahora lleva mi apellido. Tengo inmunidad en casi todos los círculos. No puedo hablar de ello, pero en el pasado hice algo de lo que muchos me están eternamente agradecidos –habló Nizar con tono enigmático.

–Bien, no indagaré. Volvamos a casa. Necesito ver la luz del sol.

Salieron, y Nadir se asombró de que se encontraran en un campo detrás de unos viñedos.

–¿Estaba en una plantación? Hubiera jurado que me hallaba cerca de un río. Durante largo tiempo oí el ruido constante del agua.

–Es posible. A pocos kilómetros está el río Atuel. Te habrán trasladado aquí para la entrega.

–¿Qué día es hoy?

–Hoy es 11 de noviembre.

A Nadir se le estrujó el corazón. Se cumplía un año de aquel día en que conoció la felicidad junto a Selma.

Durante la ausencia de Nadir muchas cosas habían sucedido.

Sara, al tanto del secuestro a través de Nizar, tuvo que avisar a la compañía donde trabajaba Nadir que él no regresaría. Inventó un repentino viaje al extranjero debido a la enfermedad terminal de un ser querido. Nadie de la empresa indagó más y dieron por extinguida la relación laboral cuando le enviaron el telegrama de desvinculación correspondiente.

Por supuesto que el tema de su desaparición era un secreto y no se había dado aviso a la policía.

Nizar Al-Abbar era la conexión entre los secuestradores y Kamal Ibrahim en Siria. Todo se hacía bajo estrictas normas de confidencialidad. Las llamadas se realizaban desde teléfonos con tarjetas prepagas que luego se desechaban, y hasta habían utilizado el correo común en un par de ocasiones en lugar de los clásicos mails.

Todo ese tratamiento generaba que la situación se manejara con bastante lentitud, y si bien estaban convencidos de que Nadir se encontraba físicamente bien, no dejaba de inquietarle a Sara su estado mental. Ella había vivido una situación similar y había sido bastante traumática. Aunque confiaba en la fortaleza de Nadir para salir adelante.

A las pocas semanas que sucediera la desaparición de Nadir, Sara había recibido un mail de Ingrid donde le informaba que en un par de días estaría de regreso en Buenos Aires. Se hallaba en Caracas pronta a abordar el avión que la traería de vuelta. Quería que organizaran un encuentro porque acababa de leer el correo que ella le había enviado meses atrás y la había intrigado sobremanera. Sara, por su parte, no sabía qué hacer, con Nadir desaparecido no podía concretar aquel acercamiento.

Finalmente, aconsejada por Nizar, le contestó que se hallaba trabajando temporalmente en la ciudad de Mar del Plata, y que no se preocupara por su misterioso mensaje, no era nada y seguramente ella lo habría malinterpretado.

«Qué raro», fue el pensamiento de Ingrid. Había notado urgencia en aquel mail. Tal vez hubiera necesitado referencias para alguna solicitud de empleo,

pero por lo visto ya lo había conseguido. Sin embargo, le contestó con un nuevo correo diciéndole que su abuela vivía en la ciudad de Miramar, aledaña a Mar del Plata, y que si decidía ir a visitarle podrían verse.

«Qué mala suerte, entre tantas ciudades para elegir, Nizar opta por una a la que a Ingrid le queda cómodo llegar. ¡No digo yo que la mentira siempre tiene patas cortas!», había pensado Sara al recibir el correo electrónico. Pero por suerte el tiempo pasó y no tuvo más novedades de Ingrid.

Cuando por fin todo terminó y se reunió con Nadir a su regreso de la terrible experiencia sufrida en San Rafael, lo primero que él preguntó fue, precisamente, por Ingrid.

–Volvió hace un tiempo. Pero tuve que mentirle porque no podía verla contigo desaparecido –dijo Sara.

–¡Pero no es posible! ¡Qué les pasa a todos! Necesito reunirme con ella. ¡Urgente! –Nadir parecía a punto de estallar.

Sara miró suplicante a Nizar para que saliera en su defensa.

–Calma muchacho –intervino Al-Abbar–. Primero debes descansar y reponerte. No estás en condiciones ni físicas ni mentales para largarte ahora mismo con este asunto. Recapacita un poco sobre todo lo que has pasado.

Aunque Nadir estaba colérico, Nizar tenía razón. Debía serenarse. Tomar distancia de lo sucedido y analizar con calma los próximos pasos. No saldría indemne de tantos meses de cautiverio y él lo sabía perfectamente. Necesitaba darle un poco de paz a su mente convulsionada.

* * *

Tiempo después, cuando las aguas se serenaron, y Nadir se sintió en condiciones de actuar, le pidió a Sara que concertara una reunión con Ingrid. Por supuesto que él participaría de la misma. No ahorraría palabras con ella y le contaría toda la verdad. Absolutamente toda. Creía que esa sería la única manera de que la amiga de Selma confiara en él y le permitiera llegar a ella. Además, Ingrid ya conocía una parte de la historia, la de Sara. Solo esperaba que no fuera demasiado tarde para completar el relato.

Se encontrarían en el departamento que alquilaba Sara. La cita era a las siete de la tarde de aquel caluroso día de diciembre. Nadir esperaba ansioso en la habitación contigua a la sala. Cuando el timbre sonó, comenzó a tener

palpitaciones y tuvo que realizar un ejercicio de respiración para serenarse. Aquel entrenamiento lo conocía hacía mucho tiempo pero lo había vuelto a poner en práctica durante su captura, lo que le había evitado los ataques de pánico. A pesar de ello, luego de aquel horroroso encierro, había comenzado a experimentar aquellas palpitaciones cuando algo lo ponía muy nervioso. Una secuela que tardaría en erradicar.

Ingrid entró haciendo comentarios alegres por el tardío reencuentro.

Luego de que Sara le sirviera un refresco, y que comentaran algunas nimiedades sobre la casa, fue directo al grano.

–Ingrid, hay muchas cosas que tenemos que contarte.

–¿Tenemos? ¿Quiénes?

–Tú sabes toda mi historia, y una vez prometiste no contar los detalles.

–Y eso hice exactamente. Solo le comenté a pocas personas que te había conocido en las calles de Atenas, y que eras refugiada siria. Jamás mencioné pormenores de tu relato.

–Quería pedirte que lo que vayas a escuchar ahora también quede en la más absoluta reserva.

Ingrid asintió con la cabeza.

–Para empezar, deberías saber que ahora mi nombre es Sara. Sara Al-Abbar. El apellido me lo dio el hombre que me ayudó después de ti. Ahora sería como mi padre.

–Sí, por supuesto que recuerdo quién es.

–Bueno, mi cambio de identidad se debió principalmente a intentar evadir a las personas que me habían capturado.

–Aquello fue tremendo, no sé cómo saliste adelante.

–Yo estoy bien, recuperándome día a día y tratando de iniciar una vida normal.

–Es la mejor decisión que hayas tomado. Pero hace un rato me hablaste de alguien más.

En ese momento, Nadir ingresó a la escena. Ingrid se quedó obnubilada con la descomunal belleza de ese hombre. Era como un príncipe salido de Las Mil y Una Noches.

–Hola, yo soy el hermano de Sara.

Se sentó junto a Ingrid y comenzó un relato ininterrumpido que le llevó

más de una hora. Le habló de su tío Kamal y de por qué habían raptado a Fátima, ahora Sara. Le contó de cómo había sido introducido en el Ejército Libre Sirio. Le dijo que su verdadero nombre era Khaled y le explicó cómo había llegado a Buenos Aires. Hizo una pausa para hablarle de sus padres diplomáticos, muertos en un atentado apenas llegados a Siria. Habían viajado desde Argentina, luego de trabajar en la embajada por ocho años, y su rumbo final era la embajada siria en Francia.

Hasta allí era un panorama desolador, pero Ingrid no comprendía por qué el hermano de Fátima, o Sara, le relataba todo aquello.

–Verás, estando en Buenos Aires en mi misión de recabar cierta información para hallar a mi hermana, conocí a... Selma.

–¡Nadir! –gritó Ingrid como poseída al caer en la cuenta de a quién tenía enfrente suyo.

Y al saltar de la silla ésta cayó al suelo. Lo miraba con ojos desorbitados. ¡Pero si era tal cual se lo había descrito su amiga! ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Aún no sabía si tirársele encima para llenarlo de puñetazos o mantener la calma aguardando la explicación que tenía para ella.

–Por favor Ingrid, te suplico que dejes hablar a mi hermano.

Nadir logró continuar. Relató con sus propias palabras la parte de la historia que Ingrid conocía a través de Selma. Todo lo que sucedió en los pocos días que estuvo con ella, del amor que había nacido a pesar de que él tratara de evitarlo.

Ingrid vio cómo se le iluminaban esos inverosímiles ojos verdes al hablar de su amiga. La voz le temblaba y parecía un pollo mojado, a pesar de su imponente contextura.

Finalizó con la horrible mentira que tuvo que decirle a Selma para viajar a recuperar a Sara, y del terrible desencuentro que ello les ocasionó.

–Pero ¿por qué no la llamaste?

–Nizar Al-Abbar me quitó el teléfono y lo destruyó. No debía comunicarme con nadie por la seguridad de mi hermana. Me dio uno nuevo, pero yo no tenía su número. Me tranquilizaba pensando en que le explicaría todo al regresar. Pero cuando volví, la busqué en su casa y nunca la hallé. Luego su padre me echó de la suya y me dijo que se había ido a vivir al sur con una amiga. Traté de encontrar a alguien que me dijera algo en su edificio pero tampoco logré nada.

–Ella te dejó una carta, allí tenías los datos y nunca te comunicaste –dijo Ingrid entre lágrimas.

Entonces Nadir le habló del trágico accidente de su vecina y de cómo se le reveló aquella carta muchos meses después. Que apenas enterado, llamó al teléfono que ella le había dejado escrito pero nunca atendió nadie. Así que ese mismo día viajó a la provincia de Mendoza para por fin encontrarse con ella. Pero al llegar resultó que se habían mudado, y no logró que alguien le diera información sobre su nueva ubicación. Al día siguiente le sucedía lo del secuestro, y los cuatro meses de cautiverio.

–Por Dios, tu historia es increíble.

–Pero lamentablemente cierta. Estás en todo tu derecho de pensar que miento, pero no sé qué sentido tendría.

–Lo del padre de Selma te lo creo, él y su madre se comportaron como unos verdaderos imbéciles.

–Ahí es donde me pierdo. No sé por qué su padre me mentiría. ¿Tan solo por una discusión con su hija? Selma mencionaba en su carta que no fuera a verlos.

–Prefiero que esa parte te la cuente ella misma –dijo Ingrid pensando en todo lo que Nadir no sabía de su amiga–. Igual todavía me intriga cómo lograron conectarnos a Selma y a mí.

–La foto de tu apartamento –intervino Sara–. La que estás junto a ella.

–Sí, ¿qué tiene? Nadir no estuvo allí.

–Es que Selma tiene una igual. La encontré entre sus cosas el día que la ayudé con la mudanza, y me la quedé sin su permiso. Cuando Sara vino a mi casa la vio y se sorprendió al recordar que tú tenías la misma foto –le explicó.

–Y eso pasó cuando yo estaba en mi viaje por Sudamérica –retrucó Ingrid.

–Exacto. Sara te envió un mail pero lo leíste meses después –afirmó Nadir.

–El extraño mail donde tenía gran urgencia en verme, y que había resultado no ser tal cuando me contacté con ella –contestó atando los cabos sueltos.

–Sí. No era cierto que me encontraba trabajando en Mar del Plata. Lo siento, yo también tuve que mentir. Estaban en el medio de las negociaciones por la vida de Nadir y no podía decirte nada –se disculpó Sara.

–Sí, seguro. Lo entiendo. Y ahora se me aclaran algunas cosas –le

respondió Ingrid con la mano en la barbilla.

–Entonces, ¿vas a ayudarme? –dijo Nadir con voz suplicante.

–Hay una cosa más. Selma me contó que te vio –lo increpó Ingrid.

–¿A mí? No es posible. ¿Cómo no me...?

–Me dijo que te vio... con una mujer. Ella había regresado a Buenos Aires para una presentación importante que debía hacer de su trabajo. Como no tenía víveres en su casa decidió ir a desayunar a un bar en una calle comercial cercana a su casa. Y te vio allí.

–Eso no es posible. Se habrá confundido –contestó Nadir con seguridad.

Pero Ingrid lo miró con desconfianza.

–Fue unos días después del Año Nuevo. Lo recuerdo porque estaba muy angustiada y me envió un mail. Yo ya había salido de viaje y lo leí a mi regreso varios meses más tarde. Pobre Selma...

–Desde nuestra llegada en Nochebuena nos hospedamos en casa de Nizar Al-Abbar. Luego, a principios de enero, regresamos a Villa Devoto, y Sara vivió un tiempo en casa, hasta que consiguió dónde quedarse. No recuerdo... Aguarda un momento –se inclinó y miró a su hermana –. Sara, aquella vez que te acompañé a tomar el autobús en tu primer día de trabajo, ¿dónde fue?

–A una cuadra de la estación de tren. Tomaba allí el transporte hasta que me mudé aquí. Ahora voy a otra parada.

–Te llevé con mi auto, ahora lo recuerdo mejor, y sí, era en la calle comercial de aquí cerca. Entonces es posible que nos haya visto juntos.

–Bajamos del auto y me acompañaste a esperar el autobús. Tenías mucho miedo de que me perdiera. Me diste una docena de recomendaciones – completó la información Sara.

–Selma me dijo que haría tiempo desayunando mientras esperaba a que abrieran los locales comerciales –acotó Ingrid sin mencionar el motivo por el cual necesitaba comprarse ropa nueva.

–Serían las ocho y treinta, tal vez un poco más. Y era un lunes. Lunes 11 de enero. Mi primer día de trabajo –dijo Sara con seguridad.

–Es posible, creo que ella viajó un fin de semana y vino por tres o cuatro días.

–Entonces tuvo que habernos visto a mi hermana y a mí. No cabe duda. Pero... ¿por qué no me buscó? ¿Por qué no salió a mi encuentro? Yo le hubiera

explicado... sería todo tan distinto...

–Estaba sensible por... bueno, ya sabés. No la habías llamado. Recordá que ella no sabía que su carta nunca llegó a tus manos –la defendió Ingrid.

–Eso puedo comprenderlo. Lo que no entiendo es por qué decidió irse a vivir con su hermano. Estaba feliz con su nuevo hogar –agregó Nadir–. Me falta una pieza del rompecabezas.

–Gracias a Dios yo ya lo tengo completo. No puedo ni debo decirte los motivos de Selma para irse. Es obvio que vos tuviste mucho que ver. Necesitaba olvidar.

–Claro... –respondió Nadir con profunda tristeza–. Pero yo solo vivo para encontrarla. Quiero que conozca mi verdad. No soporto mi vida sin ella. Pero mucho menos si Selma no sabe los verdaderos motivos de mi desaparición. Necesito contarle todo para que pueda decidir... Oh, a menos que esté con otra persona.

–Eso sí te lo voy a contestar, solo para darte un respiro. No está con ningún otro hombre.

«Está con uno pequeñito», dijo para sus adentros, divertida, tratando de disipar un poco el anonadamiento en el que se hallaba.

Nadir suspiró profundamente. No sabía si podría haber lidiado con la existencia de otro hombre, no se hubiera sentido con derecho a hacerlo. Y además, habría sido demoledor.

–Entonces, aún no me dices si me ayudarás.

–Claro que lo haré. Pero debemos planificarlo bien. No podés aparecerte allá así, sin más.

–Tal vez deberías estar tú –sugirió Sara.

–¿Yo? –contestó Ingrid sorprendida.

–¡Claro! Si tú estás, cuando me vea no se me echará encima con ganas de matarme –acotó Nadir.

–¿Cómo estuve a punto de hacerlo yo hace un rato? –respondió Ingrid con ironía.

–Exacto. Necesito que me escuche como me has escuchado tú.

–Bueno, a mí me frenó Fát... perdón, Sara.

–Está bien, no te preocupes –dijo Sara haciendo una seña con la cabeza.

–Y estuvo bien. Necesité que alguien en quien confiaba me moderara para

dejarte hablar. La teoría de que vayas acompañado por alguien que ella aprecie no está nada mal. El asunto es...

–Yo correría con todos los gastos –se apresuró a decir Nadir.

Su ansiedad crecía minuto a minuto.

–¡Jajaja! –rio Ingrid por primera vez desde que llegó–. Eso no es problema. El asunto es que empecé a trabajar hace poco tiempo y aunque allí son muy considerados, no puedo ausentarme así, sin más. Deberíamos esperar hasta Navidad. Nos darán a todos la semana libre debido a que las fiestas caen en fin de semana, y muchos en la empresa tienen familia en otras ciudades, incluida yo. Pero no pensaba ir a Miramar hasta el 28 de diciembre. Así que podría decirle a Selma que iré a pasar la Navidad con ella.

–Eso sería estupendo. No sé qué haré estas semanas hasta que llegue el día, pero es formidable –los ojos de Nadir brillaban como faroles.

–Dejame que practique mi representación. Mañana estarán todos reunidos armando el árbol navideño y voy a aprovechar para llamarla.

–Eres una mujer maravillosa. Ya lo sabía pero lo estoy confirmando– Sara la miraba como si fuera un hada madrina.

–Bueno, bueno. No me gusta que me adulen.

–Es un halago mucho más que merecido –respondió Nadir emocionado.

Y por primera vez en más de un año, la esperanza lo llenaba por completo.

Era 8 de diciembre y estaban reunidos para iniciar el ritual del árbol de Navidad.

Ramiro había adquirido un enorme pino artificial de dos metros de alto. Variedad alpina, le habían dicho, confeccionado con un novedoso material que lo hacía parecer real. Aunque a él podrían haberle entregado una araucaria que no sabría distinguirlos. Solamente sabía de variedades de vid. Lo demás era terreno desconocido.

Selma y Carina desenvolvían las luces y los adornos con gran entusiasmo, mientras Clarita y Nahuel las observaban intrigados desde sus sillitas.

–No sé cómo haremos para que no toquen nada –aseveró Selma preocupada al pensar en el enorme árbol repleto de adornos y lucecitas, una verdadera tentación para los nenes.

–Por lo menos todavía no caminan –rio Carina divertida–. En última instancia, los mantendremos atados hasta la Navidad.

Y ambas echaron a reír, contagiando a los niños.

–¡Selma! ¡Teléfono para vos! –gritó Ramiro desde la cocina, que no quería entrometerse en el asunto del armado del árbol. Eso se lo dejaba a las chicas.

Cuando Selma regresó a la sala, tenía la cara rebosante de alegría.

–Era Ingrid. Me dijo que vendrá a pasar la Navidad con nosotros. ¡Qué contenta estoy! Muere por conocer a Nahuel.

–Va a ser un lindo festejo. Tus padres, tu mejor amiga, nosotros por supuesto –y le guiñó un ojo–. ¿Qué más podés pedir?

Pero lo que no se imaginaba Selma era que habría mucho más.

Nadir e Ingrid sacaron los pasajes inmediatamente porque era una fecha complicada para viajar. Consiguieron vuelo para el 24 de diciembre bien temprano en la mañana. Para no incurrir en demoras, Nadir ofreció rentar un automóvil. Calculaba así que a más tardar a las nueve estarían arribando al hotel.

En la charla telefónica con Selma, esta le había dicho a Ingrid que sus padres también serían de la partida, pues jamás se perderían la primera Navidad con sus nietos. Esa situación complicaba el arribo a la casa, por lo que tuvo que ingeniárselas para idear una nueva estrategia de encuentro.

–Ya lo tengo. Le voy a decir que no deseo alojarme en la finca. Ya tienen invitados y yo prefiero quedarme en un hotel –Ingrid hablaba por teléfono con Nadir como si se conocieran de toda la vida.

–¿Y no crees que vaya a ofenderse? –se intrigó Nadir.

–Seguramente, pero otra no nos queda. Tenemos que hacerla salir de la casa a como dé lugar. Le voy a pedir que vaya a buscarme al hotel porque necesito ir a comprar algunos presentes de último momento. No querría aparecerme en Nochebuena sin regalos para todos, ¿verdad? Como ya estará su madre, podrá dejarle... eh... quiero decir... que no le importará dejar sola a su cuñada con el bebé y todos los preparativos.

–¡Es cierto! Selma me habló varias veces de su futuro sobrino. Lo había olvidado por completo.

Ingrid casi mete la pata hasta el fondo con el tema del bebé. Por suerte Nadir no se había dado cuenta. Por supuesto, no lo imaginaba ni por asomo.

En definitiva, los arreglos generales para el encuentro estaban hechos. Faltaba el hotel. Y se decidieron por el *Tower Inn*, que aunque de alto presupuesto, era céntrico y ofrecía las comodidades necesarias para propiciar un encuentro en alguno de sus varios lobby, terrazas y salones de estar.

Solo debían esperar el día, y rogar para que el plan funcionara sin complicaciones.

* * *

–Ingrid está en el *Tower*. La muy boba no quiere alojarse acá con nosotros. De repente le agarró pudor. Me dijo algo de no entrometerse con las cosas de la familia y no sé qué otra pavada por el estilo –anunció Selma en la mesa del desayuno familiar.

Estaban los tres como de costumbre, Carina y Ramiro tomando mate y Selma su café con leche.

Sus padres habían llegado en auto, muy tarde por la noche, y aún dormían.

–¡Pero si Ingrid es como de la familia! Y con todo el lugar que tenemos...–opinó Ramiro.

–Eso mismo le dije, pero además quiere ir a comprar unos regalos porque no tuvo tiempo de hacerlo en Buenos Aires. Me pidió que la fuera a buscar al hotel y la acompañara a hacer las compras. ¿Quién me presta el auto? Lo voy a llevar a Nahuel, está recién cambiado y ya comió. Será una sorpresa para Ingrid.

–Me parece que se te va a complicar con el nene. Hoy va a estar atestado de gente con las compras de último momento –dijo Carina con razón–. Dejalo acá, nosotros nos arreglamos.

–¡No! No sé a qué hora se levanten mis papás. No quiero recargarlos a ustedes, ya bastante los estoy complicando sin ayudarlos con los preparativos.

–Nos la vamos a cobrar cuando regresen, y serán cuatro manos en lugar de dos –respondió Ramiro haciendo una mueca–. Ingrid es una invitada pero no por eso se va a librar de trabajar –y rio con ganas.

–No seas cargoso –le contestó Carina a su esposo.

–Sí, sí. Olvídense. Cuando llegemos prometo que seremos siervas sumisas en la cocina –dijo Selma con una mueca–. Pero de todos modos me llevo a Nahuel.

–¡Terca como el hermano! –opinó Carina.

–Entonces usá mi camioneta, que ya tiene la silla de bebé colocada –le dijo Ramiro.

Ayudó a su hermana a cargar el cochecito en el baúl del auto mientras ella colocaba a su hijo en la sillita.

–¿Ves? Está feliz de salir a dar un paseo. No lo saco lo suficiente al pobrecito –dijo Selma acariciando la cabecita de su hijo.

–Mi sobrino es un vago y atorrante, solo quiere andar de parranda por ahí –y le dio un estruendoso beso en el cachete–. Además es el más guapo.

Nahuel aplaudía con sus manitos regordetas.

–Con toda la fiesta que le hacés, además de vago y atorrante, va a ser un consentido.

–¡Sí! ¡No lo dudes! ¡Un consentido de su tío!

Y se fue para la casa haciéndose el monigote, generando carcajadas en el pequeño.

Selma dejó la 4x4 de Ramiro a dos calles del hotel. Acomodó a Nahuel en su cochecito y caminó hasta el *Tower Inn*. Se había retrasado un poco. Conociendo a Ingrid, estaría ya esperándola en el lobby.

Y efectivamente, al traspasar las puertas automáticas, la vio.

–¡Ingrid! –gritó.

–¡Selma!

Se abrazaron emocionadas. Si bien habían hablado muchas veces por teléfono, no se veían hacía un año.

Ingrid reaccionó algo alarmada al notar al pequeño.

–¡Viniste con el bebé! –dijo atribulada.

–Selma, pero que hermoso tu hijo, que bien que lo puedo conocer... – contestó irónica, parodiando a su amiga.

–Ay, no, perdón. Es que... no quise... nada. Olvidalo. Hola bebé precioso, pero mirá que ojos fabulosos tenés, ¡qué color! ¡Y esas pestañas! Pero si este chico es un Adonis.

–Me salió bonito, ¿no es así? –Selma miraba a su hijo embobada –. Es igual al padre –acotó con melancolía y en voz más baja.

A Ingrid se le hizo un nudo en el estómago. Ya lo había notado, el pequeño era un calco de Nadir. Pero por lo pronto nada dijo.

–¿Desayunaste acá en el hotel? Porque si no podemos ir a tomar algo y después...

–Selma –Ingrid la cortó en seco–. Vení, quiero que veas algo.

La condujo hasta el segundo lobby del hotel, más tranquilo y vacío en aquel momento. Selma, intrigada, arrastraba el cochecito de su hijo.

Vio a alguien de espaldas, que al oírlas venir se dio vuelta.

A Selma le dio un vahído. Ingrid la sostuvo con fuerza para que no se fuera de bruces al suelo. Cuando volvió en sí, sintió que las piernas no le respondían y eran como flanes.

–Vení, vamos a sentarnos ahí –le dijo Ingrid y la deslizó hacia unos sillones.

Selma hizo un gesto señalando al cochecito.

–Yo me ocupo, vos tranquila.

Selma tenía la garganta seca y le temblaban las manos. No podía articular palabra alguna. Ingrid notó el estado de shock de su amiga y reaccionó.

–Me llevo al bebé. Voy a conseguirte agua –y desapareció tras un recodo.

Nadir observaba la escena sin saber bien cómo actuar. Y no se hallaba en una situación mejor que la de Selma. Transpiraba y al mismo tiempo sentía escalofríos. Una humedad permanente le nublaba la vista. Pero se animó a ser el primero en hablar.

–Hola Selma. Te encontré, por fin –soltó con emoción.

Se acercó para abrazarla pero un gesto de contracción de Selma lo hizo detener. Ella se estrujaba las manos y no lo miraba.

–Mírame por favor. No sabes lo que soñé este momento.

Selma alzó su cabeza, sus ojos ya estaban arrasados por las lágrimas.

¡Qué hermosa era! Los ojos llorosos casi transparentes, y esa nariz perfecta... Era como una muñequita frágil.

–Te cortaste el pelo –le dijo cariñoso.

Nadir alargó el brazo para acariciar la cabellera de Selma, que desde que había nacido Nahuel, la llevaba muy corta, apenas debajo de las orejas. El contacto de la mano de Nadir en su cabello fue como un bálsamo. Cerró los ojos y respiró hondo. Nadir vio que ella cedía un poco y con ambos pulgares enjugó las lágrimas que aún rodaban por sus mejillas.

–Estaba segura de que no volvería a verte. Y tampoco quería hacerlo –dijo por fin con la voz algo ronca y los ojos todavía cerrados. Creía que si no los abría podría mantener algo de compostura.

–Lo sé. Ingrid me contó todo.

«¿Todo? Entonces vino por su hijo», pensó Selma con sentimientos encontrados. Por un lado elogiaba la actitud de querer hacerse cargo, pero por el otro, el egoísmo de necesitar que la buscara a ella por ella misma, le generaba una sensación angustiada. Y esto le dio paso a los recuerdos más oscuros. Lo vio otra vez con aquella mujer, tan galante, como si hubiera sido ayer. Y de pronto una nueva barrera cayó entre ambos.

Se levantó bruscamente y caminó unos pasos.

–¿A qué viniste? –dijo con la mayor frialdad con la que era capaz en ese momento.

–A buscarte. Hace un año que te busco, Selma.

La voz de Nadir era temblorosa, implorante.

–¡No mientas! ¡Te escribí! Tenías mi número, sabías dónde vivía. En cambio yo... desapareciste sin dejar rastros –ahora Selma lloraba desconsoladamente–. Y después te vi con esa mujer... tan... tan... –. Pero no pudo seguir hablando.

Dejó caerse en el sillón, al otro lado de Nadir, como si de pronto todas sus fuerzas la hubieran abandonado.

En ese instante reaparecía Ingrid arrastrando el carrito y con una botella de agua mineral en la mano.

Nadir le hizo un gesto desesperado. Ingrid había llegado a oír el último comentario de Selma, así que, resuelta a que todo se solucionara pronto, se decidió a intervenir. Mientras, le alcanzaba la botella de agua a su amiga.

–Selma, amiga querida, por favor, te pido que le des a Nadir una oportunidad para que te explique todo, como lo hizo conmigo. Y después vas a tener la chance de contarle tu parte.

Las miradas de las amigas se cruzaron, y Selma comprendió que Ingrid nada había dicho de su hijo a Nadir.

–Dejalo hablar, sin interrupciones. Te lo pido por la amistad que tenemos.

–¿Y ustedes dos cómo se conocieron? –dijo Selma algo más calmada, pero aún con congoja en su voz.

–Eso es parte de la historia –le respondió Ingrid haciéndole señas a Nadir para que iniciara.

En ese momento Nahuel comenzó a llorar. Instintivamente Selma se levantó para ir en su búsqueda pero Ingrid se lo impidió.

–Yo me lo llevo. Ustedes necesitan un buen rato a solas –y se marchó con el pequeño sin que su amiga pudiera atinar a nada.

–¿Es el bebé de tu hermano, no? Ahora recuerdo lo feliz que estabas porque ibas a ser tía –dijo Nadir evocando el pasado, pero sin hacer cálculos de la edad del niño.

Selma en ese instante confirmaba que nada sabía Nadir de Nahuel. Y un

poco más tranquila, lo dejó hablar.

Cuando Ingrid regresó una hora más tarde, el cuadro que encontró fue totalmente diferente al que había dejado. Nadir le tomaba las manos a Selma y hablaban mirándose a los ojos.

Él había llegado a exponerle la historia completa. Y cuando Selma vio llegar a su amiga le dijo inmediatamente:

–No puedo creer que la hermana de Nadir fuera a quien ayudaste en Europa. Es completamente inverosímil.

–Toda la historia de ustedes es inverosímil. Si tuviera la aptitud necesaria para hacerlo, escribiría un libro. Y perdón por interrumpir, es que ya no logro entretenerlo con nada.

Nahuel venía chupando el teléfono celular de Ingrid. La imagen era cómica y por un instante los tres rieron. Pero aún faltaba que Selma dijera lo suyo.

En cuanto la vio, el niño comenzó a llorisquear levantando sus bracitos. Selma se acercó y lo liberó del coche. Ingrid tomó su teléfono baboso y se retiró sin decir nada.

Nadir contemplaba la situación expectante. Selma se manejaba con total desenvoltura con el pequeño. Cualquiera podría decir que...

–Vení acá gordito mío –le dijo Selma a su hijo y lo colocó en su pecho.

Nadir quedó estupefacto. Quería decir algo pero no podía. Selma lo miró a los ojos.

–No es mi sobrino. Por él me distancié de mis padres hace exactamente un año. Se llama Nahuel. Es nuestro hijo, Nadir.

Las palabras de Selma iniciaron un huracán en el interior de Nadir. Por un instante todo a su alrededor se tornó borroso, y solo veía la imagen de aquella mujer amamantando al bebé. Aquella mujer que era ni más ni menos la mujer de su vida, su amor, su todo. Y el pequeño en su regazo... ¡era su hijo! Un estremecimiento profundo lo conmocionó. «Su hijo», volvió a repetir para sus adentros.

Un nuevo amor, inconmensurable, nacía en su interior. Un torbellino arrasaba con todo su cuerpo. Una sensación jamás percibida lo invadía y lo colmaba de dicha y emoción.

–¿No vas a decir nada? –le dijo Selma con ternura.

Nadir abarcó a ambos en un abrazo, y colocando su mano sobre el

cuerpito de Nahuel, y éste, inmediatamente se aferró con fuerza a uno de sus dedos. Nadir miró maravillado a Selma, que reía y lloraba a la vez.

No, no iba a decir nada. Estaba todo dicho.

Era una Nochebuena atípica en muchos sentidos. Estaban los niños, estaba Ingrid... Solo faltaba Nadir, que no había querido interrumpir la celebración familiar, sobre todo por la conmoción que produciría en los padres de Selma.

Habían quedado en que él la pasaría a buscar con el coche rentado luego del brindis. Selma estaba segura de que Nahuel estaría dormido para esa hora, y lo dejaría bajo la vigilancia de su madre. Aunque no sería necesario. El pequeño ya dormía toda la noche, y recién lloraba temprano en la mañana cuando quería comer.

A las doce y treinta salió de la casa, secundada por Ramiro e Ingrid. Sus padres solo sabían que saldría con alguien.

–¿Estás segura? –le dijo su hermano con tono protector.

–Como no lo estuve en toda mi vida –le respondió Selma con la felicidad pintada en su rostro.

–Andá, y sé feliz. Estás radiante –Ingrid le dio un empujoncito para que partiera.

No estaba con cargo de conciencia por dejar a Nahuel. Después de todo, se iba a ver con su padre.

Selma subió al auto. La expresión de alegría y la emoción que transmitían los ojos de Nadir eran indescriptibles.

Hicieron el trayecto hasta el hotel donde él se alojaba en silencio. La tomaba de la mano y ella lo disfrutaba. Solo la soltaba cuando debía mover la palanca de cambios.

Entraron a la habitación, y unos nervios infantiles se apoderaron de ambos.

–Estoy peor que la primera vez que estuvimos juntos –confesó Selma.

–Pasó mucho tiempo, pero mi deseo sigue intacto.

Selma se ruborizó.

–Tengo algunas... marcas en mi cuerpo, producto del embarazo.

–Si son marcas que te quedaron por traer a nuestro hijo al mundo, las voy a amar tanto como te amo a ti.

Se acercó a ella y la besó. Ambos se estremecieron y la sensualidad despertó en Selma como una llamarada.

Fueron desvistiéndose el uno al otro sin dejar de besarse. Cuando quedaron completamente desnudos se dejaron caer en la cama. Solo permaneció intacto el sostén de Selma. «Ahora y por un tiempo, estos pechos tienen otro dueño», le había dicho cuando él intentó quitarlo. Nadir rio y aprobó la sanción sin chistar.

Ambos habían atravesado un prolongado periodo de abstinencia.

–He pasado una larga temporada solo imaginando sobre esto, no creo que logre controlarme –le dijo Nadir al oído mientras se unía a ella con premura.

–Estamos igual, no te preocupes –le respondió entre susurros y suspirando al sentirlo en su interior.

Y tal como lo habían vaticinado, la explosión llegó casi al instante de haberse acoplado. Un grito profundo de Selma animó a Nadir a acompañarla en el clamor. Cayeron rendidos y extasiados.

Temblando y aún abrazados, se dijeron que había sido la mejor y más rápida sesión de sexo de todos los tiempos. Situación que irían mejorando una y otra vez con el correr de las horas.

EPÍLOGO

Nahuel correteaba por entre los viñedos. Cumplía dos años y toda la familia estaba reunida en la finca. Por suerte el día acompañaba, ya que un tibio sol calentaba aquella mañana de finales de junio.

Ramiro había organizado una excursión a la plantación para que conocieran la nueva cepa que la próxima temporada daría una gran cosecha. Su destino, el novedoso vino que se comenzaría a producir en la bodega como una selección exclusiva. El nombre de este *malbec* cosecha tardía sería Secreto Compartido.

Nadir se había convertido en un hábil aprendiz de enólogo y trabajaba junto a su cuñado. Cursaba su segundo año de la carrera de Enología en la Universidad Nacional de Cuyo y era la mano derecha de Ramiro.

Las dos familias vivían en la finca, a la que le habían puesto el nombre de «Viva la vid». Un divertido juego de palabras que hacía que todos preguntaran si se había borrado una letra en el cartel de la entrada que rezaba su nombre.

Ingrid los visitaba siempre que podía. Y esta vez estaba presente, puesto que era la madrina de Nahuel y nunca se perdería un cumpleaños de su ahijado.

Ana Clara y Rafael hacía tiempo que habían limado asperezas, primero con su hija y luego con su yerno. La conmovedora historia de Nadir les había ganado la pulseada. Estaban pensando seriamente en mudarse a San Rafael el año entrante, cuando Rafael se jubilara. Pero irían a vivir a la ciudad. Sus costumbres citadinas no los alentaban a instalarse en la zona rural.

La que ya se había mudado hacía un tiempo era Sara, que consiguió trabajo en la Secretaría de Turismo a través de un contacto de Ramiro. También se había apuntado en la universidad para estudiar Hotelería.

Nadir abrazó a Selma por el hombro y ella lo tomó por la cintura. Observaban divertidos bajo el gran árbol de olivo, cómo Nahuel le robaba las aceitunas maduras que con tanta delicadeza había juntado Clarita, y esta, en lugar de llorar, se las manoteaba enojada.

—¡Muy bien Clarita! No te dejes intimidar por ese bravucón —gritó Selma orgullosa de su sobrina.

–Será mujer de armas tomar –sentenció Nadir sonriendo.

–Ojalá, y espero que la que crece aquí también lo sea –le susurró Selma colocando la mano de Nadir en su vientre.

Él la miró entre sorprendido y dichoso. La besó profundamente, y al soltarla dijo emocionado.

–¿Podemos contarlo durante el almuerzo?

–No, por ahora no. Quiero que por fin tengamos nuestro propio secreto compartido.

FIN

AGRADECIMIENTOS

A mi amiga Cecilia, mi lectora de manuscritos. A mi amiga Mariana, creadora de señaladores y souvenirs para mis lectores que son maravillosos.

A mi colega Vane Spinelli, en quien encontré a una amiga con la que puedo compartir vivencias de este difícil pero hermoso camino que es el de las letras. A mi colega Patricia Coria por recomendar siempre mis novelas. A mis colegas Sara Bonfante y Érica Vera por su generosidad.

A las reseñadoras de los blogs literarios *SpoileameÉsta* (Elu, Cintia), *Bitácora de mis pasiones* (Laura), *Lectura adictiva* (Noel) y *Desnudando libros* (Viviana), por leerme y dedicarle con tanto cariño un espacio a las reseñas de mis novelas.

A las administradoras del grupo *Espacio para autores y lectores* (Ale, Gabriela, Luciana), que siempre me tienen presente. A *Lectoras marplatenses*, con quienes compartí una maravillosa reunión en La Feliz. A cada uno de los grupos de lectura en Facebook (imposible nombrarlos a todos), gracias por darnos el lugar para poder difundir nuestras obras y brindarnos la posibilidad de conocer a tantos talentosos escritores.

Finalmente agradezco la posibilidad de seguir escribiendo, y al hacerlo generar vínculos que se extienden a través de las páginas escritas. Por medio de los libros conocí a personas maravillosas, y espero que continúe indefinidamente.

No me cansaré nunca de expresar lo feliz que me hace escribir.

Les transcribo estas reveladoras palabras publicadas por *el gran Gabo* en El olor de la guayaba, que resumen mis sentimientos respecto a ser escritora:

“Hay un momento en que todos los obstáculos se derrumban, todos los conflictos se apartan y a uno se le ocurren cosas que no había soñado... Y entonces no hay en la vida nada mejor que escribir”.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	5
PRIMERA PARTE	
El enigma de Nadir.....	7
SEGUNDA PARTE	
El secreto de Khaled ..	107
TERCERA PARTE	
Verdades reveladas ..	177
EPÍLOGO.....	261
AGRADECIMIENTOS.....	263

[1] :-)

[2] Secreto compartido (traducido del inglés *shared secret*): en criptografía, es una pieza de información conocida solo por las partes involucradas, para ser usada en una comunicación segura.

[3] Ejército Libre Sirio